

La Esfera

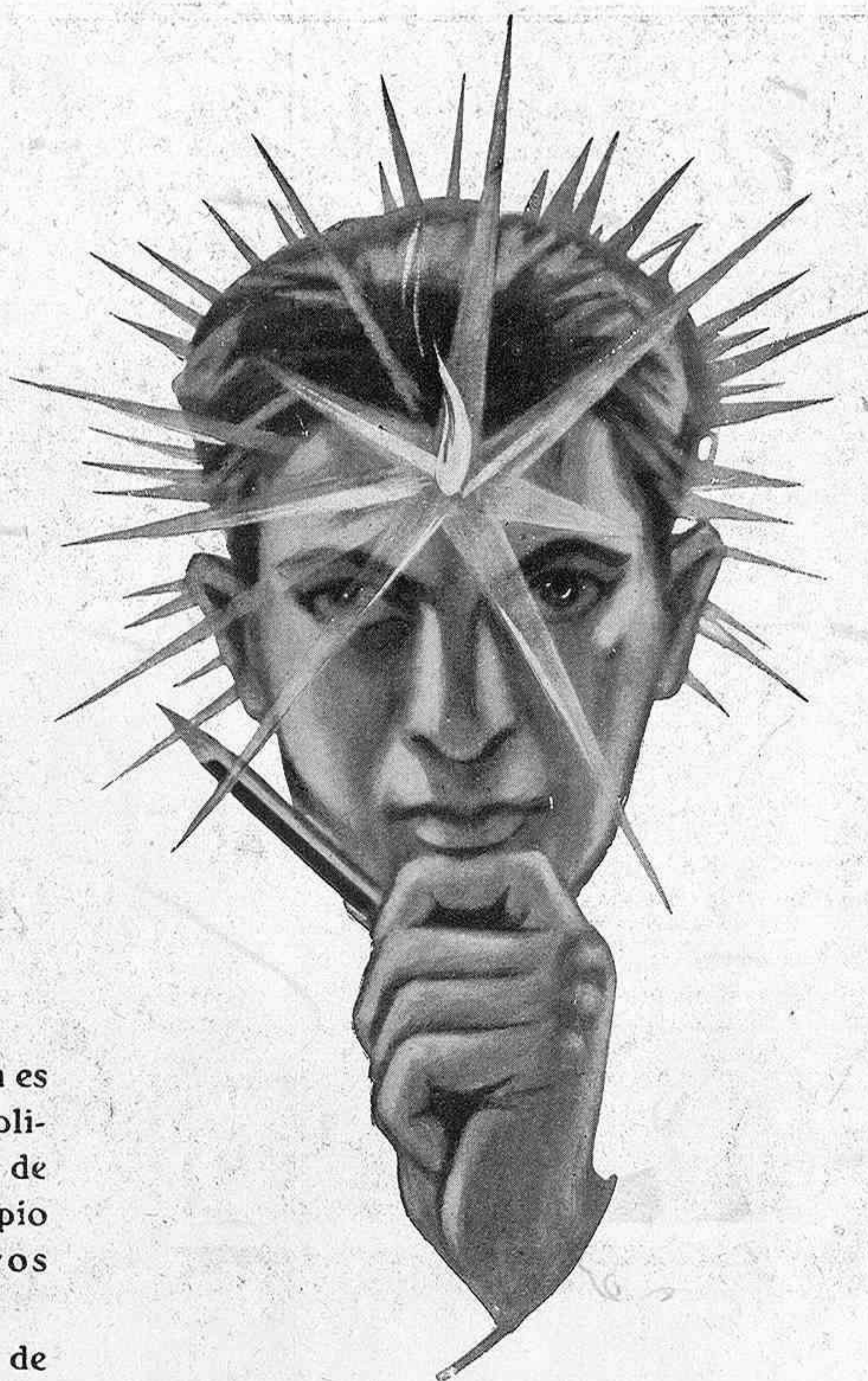
31 MAYO 1930



RETRATO DE DOÑA MARIA DE MEDICIS,
REINA DE FRANCIA, cuadro de Beaubrun

Precio: Una peseta

Pensar es Triunfar



UNA idea? Una idea es el tornillo que duplica el rendimiento de una máquina, el principio moral que abre nuevos horizontes...

Una idea es la campaña de publicidad que crea la demanda de un artículo, el cartel que concentra la atención de las muchedumbres, la marca que populariza un producto...

Cuando vea un anuncio que destaque entre los demás, fíjese: debe ir firmado así:

PUBLICITAS

LA Sección Técnica de PUBLICITAS es un organismo vivo, lleno de modernidad, fecundo en ideas. Pensaremos por usted y trazaremos el plan de campaña que usted necesita. La Sección Técnica de PUBLICITAS crea y desarrolla la publicidad que da en el blanco.

PUBLICITAS, S. A.

Organización Moderna de Publicidad

MADRID.—AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 13. TELÉFONO 16375. APARTADO 911

BARCELONA.—PLAZA DE CATALUÑA, 9. TELÉFONO 16405. APARTADO 228

La revista
más
bella,
más
interesante
y más
barata
para
el hombre,
para
la mujer,
para
el niño,
es



crónica en cuyas páginas figuran siempre los reportajes más interesantes, las informaciones más vivas, los comentarios más oportunos.

crónica recoge en sus veinticuatro grandes páginas la vida del Teatro, de la Moda, del Niño, del Trabajo, del Estudiante, de los Toros, del Deporte: todos los aspectos, en fin, de la vida actual.

En **crónica** se están publicando, con éxito enorme, las interesantísimas

MEMORIAS DE UNA «CARABINA»

relato lleno de emoción, que el público sigue á cada nuevo número con apasionada avidez.

Diga, señora, ¿se siente CANSADA?



Tome
JARABE
de

FELLOWS

Sentirse cansada sin motivo es un síntoma peligroso de debilidad. Otros síntomas son dolores de cabeza, hastío de la vida, malestar continuo. Todos ellos envejecen a usted antes de tiempo. Para recobrar la vitalidad, tome un tónico eficaz.

Tal es el Jarabe de Fellows, preparación científica que ayuda a fortalecer el organismo entero. La pureza de sus ingredientes, la perfecta uniformidad en su mezcla y su probada eficacia le han granjeado la recomendación de la ciencia médica durante más de medio siglo.

Tómelo y olvide para siempre esos achaques.

WALKEN ESTUDIO DE ARTE
:: FOTOGRAFICO ::

16, Sevilla, 16

MADRID

El vello superfluo era mi martirio HA DESAPARECIDO YA PARA SIEMPRE

¿Querrán ustedes creer que durante muchos años estuve sufriendo la agonía de ver mi cara y mi cuerpo llenos de vello?

Durante mi juventud estuve en la India, casada con un oficial del Ejército británico, y hubiera podido ser felicísima asistiendo a reuniones, bailes, partidas de «tennis» y, en general, participar de todo lo que hace la vida agradable. Y, sin embargo, tenía que encerrarme en casa, avergonzada como estaba de salir para que me vieran con mi «bigote», que sólo servía para excitar la burla ó la lástima de mis amigas. En mi desesperación, intenté todo lo que creí que podía curarme, incluso la terrible, la peligrosa aguja eléctrica. Algunas veces creí conseguir algún resultado; pero, invariablemente, los crecimientos vellosos volvían á brotar de nuevo y con mayor fuerza. Al fin perdí toda esperanza y me resigné á mi desgraciada suerte.

Un día, día glorioso, mi marido salvó la vida á un soldado indio, quien, movido por la gratitud, le confió el secreto que permite á las mujeres indias cumplir el precepto religioso de eradicarse el vello inútil de su cuerpo. Casi sin esperanza hice el ensayo; pero cuál no sería mi alegría cuando á los pocos días vi que desaparecían todas mis vellosidades. ¡Con qué ansiedad estaba esperando y temiendo verles brotar otra vez!

Al fin vi realizadas mis más queridas esperanzas; al fin me vi libre de las torturas de mi desfiguramiento.

¿Pueden extrañar que yo considere como un deber mío hacer partícipes de las ventajas de mi curación á todas las que están sufriendo lo que yo sufrí, y para que no malgasten más tiempo y dinero en menurjes sin valor, como hice yo? Así, pues, si alguna señora quiere enviarme este cupón, ó una copia de él, con su nombre y dirección, acompañado de 40 céntimos en sellos (para cubrir mis gastos de correo), le enviaré, completamente libre de gastos, una información detallada de todo lo que tiene que hacer para verse libre de una vez, y para siempre, de toda traza de esa incomodidad, por medio del maravilloso método que me curó á mi.

La comunicante deberá decir si es señora ó señorita, y dirigir su carta á FREDERICA HUDSON (Arch. F. 7.) N.º 9, Old Cavendish Street, Londres; W. 1. England.

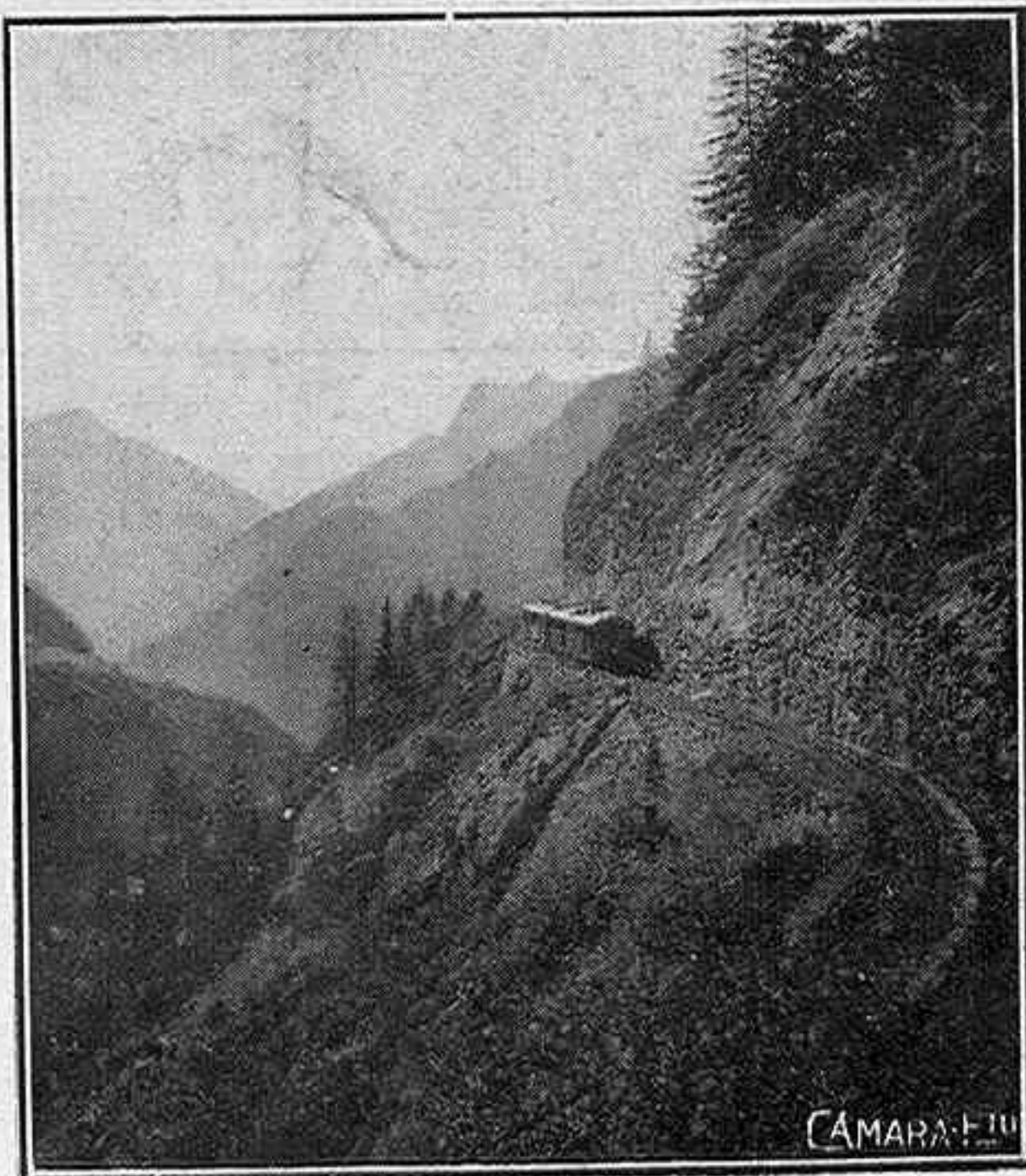
Nota importante.—La señora Hudson pertenece á una familia de posición distinguida, y es la viuda de un eminente oficial del Ejército, merecedora de la mayor confianza.



Este CUPON GRATUITO

(ó una copia de él) debe ir acompañado del nombre y señas y de 40 céntimos en sellos. «Sra. Hudson: Srvase enviarme gratuitamente la información necesaria para destruir el vello superfluo.» Señas: FREDERICA HUDSON (Arch. F. 7), No. 9, Old Cavendish Street, Londres, W. 1. England.

TELEFONOS DE PRENSA GRAFICA: 50009 Y 51017



LINEA MARTIGNY-CHAMONIX

BERNA

La bella capital al pie de los Alpes, con sus antiguos barrios y deliciosos alrededores. Meta de viaje de los turistas.

Un viaje en el **FERROCARRIL DEL LOETSCHBERG** a través de los Alpes berneses, de THOUNE o de INTERLAKEN a BRIGUE, es un placer incomparable. Prospectos en la Oficina de Información del Ferrocarril del Loetschberg, Berna.

PASAD EL VERANO EN SUIZA

Paraíso de los deportes de verano por el aire tonificante de sus montañas.

Para cuantos informes se deseen referentes a los ferrocarriles, excursiones, estaciones veraniegas, balnearios y sanatorios, deportes y diversiones, escuelas públicas o privadas, curiosidades artísticas, etc., dirigirse al

Office National Suisse du Tourisme, Zurich,

o a su sucursal en **Lausanne** y a todas las **agencias de viajes** y **oficinas de informes** de las estaciones indicadas a continuación.

INTERLAKEN

KURSAAL: Ruleta. 3 conciertos diarios. «Thé dansant» y baile. Nueva PLAYA «Goldey».

ZURICH

La metrópoli de Suiza. Punto de partida para los viajes por todo el país.

El pintoresco ferrocarril de los **DEFILADEROS DEL TRIENT** une CHAMONIX, al pie del MONT BLANC (4.810 m.), con Suiza y con los expresos del Simplon.

MONTREUX

Playa. «Tennis». «Golf». Excursiones. Línea GLION - CAUX - ROCHERS DE NAYE y Montreux-Oberland en el «Golden-Pass» por LES AVANTS, CHATEAU D'OEX y GSTAAD.

LOS GRISONES

La mayor región deportiva y alpina de Suiza, con una industria hotelera admirablemente desarrollada y vías de comunicación de primera clase a través de paisajes ricamente dotados de bellezas naturales de todo género. Parque nacional en el Bajo-Engadin.



Sus Majestades visitaron durante la excursión á Sitges la admirable casa-museo del Cau Ferrat, donde Santiago Rusiñol ha reunido magníficas colecciones de cerámicas, hierros, vidrios y pintura moderna. Nuestra fotografía representa al insigne artista acompañando á los Reyes, delante de la cocina típicamente catalana, que es uno de los pintorescos atractivos del famoso «Cado Ferreo». (Fot. Gaspar)

DE LA VIDA QUE PASA

RINDAMOS á este 17 de Mayo de 1930 todos los elogios que se nos piden y toda la exaltación que se nos demanda. Echemos á vuelo nuestras campanas retóricas, y reconozcamos que hemos vivido en aquella fecha el día más grande de la renacida Europa. Sin movilización de grandes ejércitos, sin dilapidación de millones de monedas, sin que haya habido que utilizar las nuevas armas mortíferas de que dispone nuestra civilización, han quedado creados los Estados Unidos de Europa. Es el ensueño de treinta siglos realizado con sólo haber puesto en circulación diplomática unas cuartillas escritas por M. Briand.

Ciertamente que no se concibe ahora la Federación de Europa, como la imaginaron Napoleón ó Federico de Prusia, Carlos V ó Francisco I, Teodosio ó Augusto; más llanamente, más burocráticamente imaginamos que pueden soldar mejor las voluntades de los distintos pueblos avicinados en Europa unos cuantos Pactos amigos que unos Tratados impuestos en la hora de la victoria. Ya la guerra ha quedado liquidada definitivamente. En un mismo día se ha sancionado el arreglo definitivo de las repara-

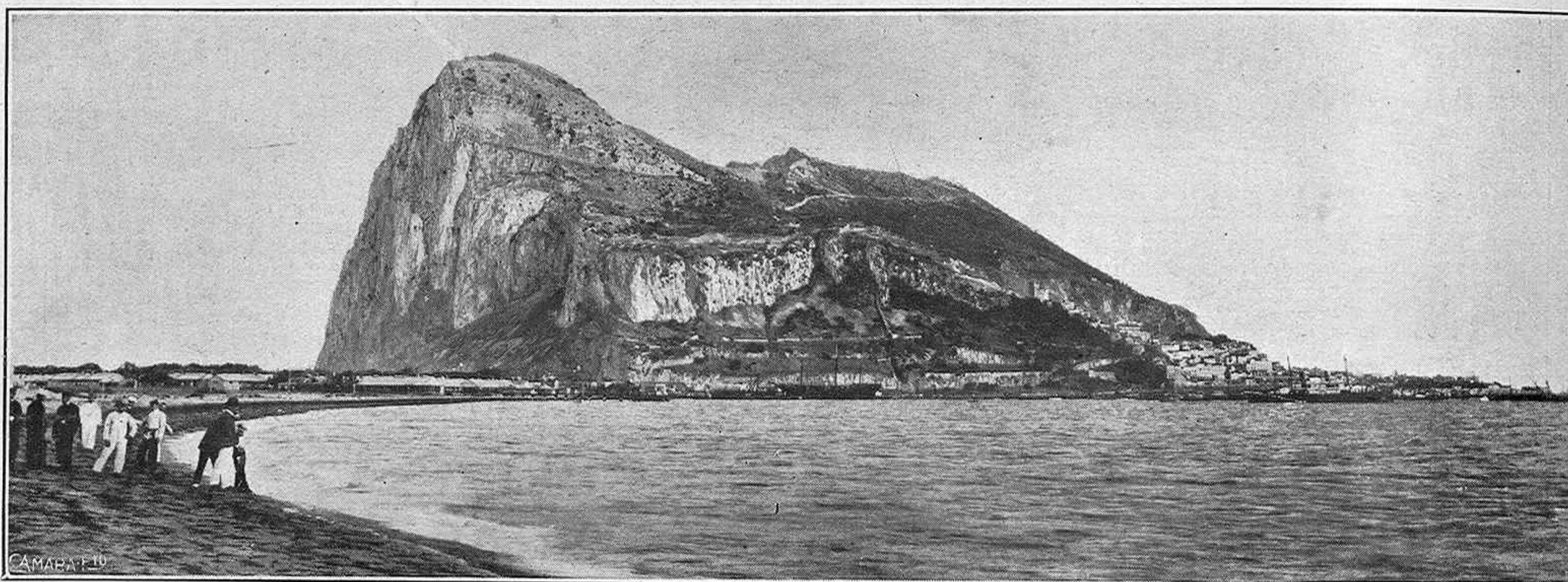
El pensamiento español en Pan-Europa

quien inspira el libro *Europa, mi patria*, en que Briand toma la iniciativa de su Federación europea. Y Gastón Riou completa su pensamiento escribiendo su segunda obra: *Unirse, ó perecer*. Pecer invadidos, dominados, absorbidos, transformados por la expansión del imperialismo yanqui.

Este estímulo, ¿será bastante poderoso para dar á la fórmula de Briand un contenido de cohesión recia, de espíritu defensivo, de disposición agresora, que haga recobrar á Europa el terreno que ya ha perdido en su relación con Norteamérica, aceptando sus empréstitos, su técnica, sus industrias, su intervención en el arreglo de las reparaciones de la guerra, reguladas sucesivamente con dos planes de concepción yanqui? Si aquel estímulo no actúa, la soñada Pan-Europa quedará reducida á ese *Memorandum* que á estas horas estudian los diplomáticos de veintisiete naciones. Casi todos ellos asistieron recientemente á una Conferencia en que no pudo llegarse á una inteligencia sobre el régimen aduanero; otros recuerdan cómo debatieron estérilmente en reuniones en que se intentaba iniciar el desarme militar ó naval. Y todos ellos escuchan aún, clamantes y retadoras, las

corporada á Europa en esta ética nueva, que nos coloca en el dilema de aceptar una Federación ó someternos á un vasallaje? Para nosotros, la idea insospechada de formar un bloque continental representa el renunciamiento al romántico ideal de un americanismo sin contenido económico? ¿O la resignación en Africa ante un aislamiento ya iniciado de nuestros territorios? ¿O las manos cruzadas ante los arreglos que ya se plantean en el Mediterráneo, sin que aspiremos á la mínima compensación á que tenemos derecho, con la anulación del Tratado de Utrech de 1713?

España no se acercó una sola vez á los demás pueblos de Europa sin que nos exigieran é impusieran sacrificios. Cuando se alzó ante Europa, por vez primera, el imperialismo yanqui fué España la víctima propicia, sin que ningún país europeo advirtiera el peligro y la amenaza que representaron aquella política y aquella victoria. Todo el problema naval que se discutió años después en Wáshington, y estos pasados días en Londres, se planteó antaño á nuestra costa en las aguas de Santiago de Cuba y de Cavite. Fué allí donde Inglaterra perdió su su-



Gibraltar, colonia inglesa en territorio español, en virtud del Tratado de Utrech de 1713

ciones y la evacuación anticipada de la tercera zona renana. Y á la vez se ha enviado á las cancillerías de veintisiete naciones el *Memorandum sobre la organización de un régimen de unión federal europea*. Lo titula así su propio autor. Y he aquí cómo se define esta Federación en breves palabras: «Se trata de armonizar los intereses europeos bajo la intervención y en el espíritu de la Sociedad de Naciones, integrando en su sistema universal un sistema limitado, y, por lo tanto, más efectivo.» En el lector ingenuo surgirá un desencanto leyendo esas palabras; en los manejadores de la política é interpretores del Derecho habrá admiración para la breve fórmula con que Briand une con ese nuevo hilván á los pueblos que espiritualmente no han hecho aún la paz. Una palabra más, un intento de comprometer un poco más á los Estados que han de aceptar esa fórmula, y el hilo sutil se rompería y no hubiéramos adelantado nada.

Luego, ¿qué resignada ficción...! Ni un recuerdo, ni una alusión á los pueblos enemigos, que con su conducta en el mundo, con sus ansias de expansión y de dominio, hicieron surgir el pensamiento de esta posible Pan-Europa. Cuando un escritor, Gastón Riou, publica su libro *Europa, mi patria*, y expone la concepción de una fusión de las nacionalidades europeas en un solo bloque, no se siente amedrentado ante la posibilidad de nuevos conflictos inter-europeos, sino ante el desplazamiento hacia Occidente del pensamiento que dirige al mundo. Es el miedo á los Estados Unidos de América

palabras con que el jefe de un Estado europeo ensalzaba la belleza de los cañones y las balas.

La dificultad mayor para que el ensueño se trueque en realidad estriba en que Europa no es una demarcación territorial limitada al Continente originario. Europa es el mundo, que ha creado con su genio civilizador. Inglaterra, Francia, Holanda, Portugal, Bélgica con sus posesiones coloniales, Italia misma, no podrían figurar en una Asociación de naciones europeas, desprendiéndose de sus intereses africanos, asiáticos, polinésicos ó americanos. Aparte esta complejidad, que crea numerosos intereses antagónicos entre los distintos países europeos, se ofrece el hecho de que Europa, más que un territorio geográfico, es un santuario espiritual de la persona humana. Es Europa quien ha definido la libertad de la conciencia y dado al hombre toda la dignidad con que hoy actúa en el mundo. Sin la diversidad de sus pueblos, de sus caracteres, de sus costumbres, aquel milagro de la civilización no hubiera podido realizarse. Todo el esfuerzo del genio civilizador europeo, desde la destrucción del Imperio romano, que intentaba la obra de unificación, ha sido mantener aquella diversidad. Y son distintas en los pueblos europeos las concepciones de la fe religiosa, del idioma, de la cultura, de la economía... ¿Cómo podrá unirse todo esto con el breve hilván de una Federación en la que quedan excluidos los intereses vitales de cada pueblo?

¿España tiene un pensamiento de acción exterior? ¿España se siente ligada á Europa, in-

premacia en los mares, y allí fué, en aquella consagración del más fuerte, donde Europa confesó y aceptó que puede un día guiarse la civilización humana sin su concurso.

La proyectada Federación de pueblos europeos, creando en la Sociedad de Naciones un bloque, asegurará, sin duda, el arbitraje y podrá hacer más difícil, ya que no impedir, la guerra. Esto es todo. El autor de *Europa, mi patria*, iniciador de esta flamante Pan-Europa, verá que este bloque, que respetará las modalidades interiores de cada nacionalidad, su organización política y económica, no es la herramienta adecuada para librar á Europa de la absorción financiera, de la invasión del dólar, de la diplomacia de intereses materiales, de la guerra en la paz, con que se va arrancando del Viejo Continente todo el patrimonio espiritual de los siglos.

La doctrina de Monroe es, al cabo, un postulado de Derecho, que puede profesarse también en Europa y ponerse en práctica aquí. Si se quiere federar á Europa y unificar á Europa, para que sea de los europeos exclusivamente, el *Memorandum* de Briand podrá determinar una afirmación histórica, á la que España debe contribuir. Si se trata sólo de asegurar los Tratados existentes é impedir su rectificación, como apetecen Italia y Alemania, el solemne documento quedará reducido á una curiosa pieza de archivo. Y cada día Europa se sentirá más débil é indefensa ante la nueva Roma, que quiere ser dueña de los mercados del mundo.

DIONISIO PEREZ

El Cardenal Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas y Miguel de Cervantes

Relaciones económicas entre ambos

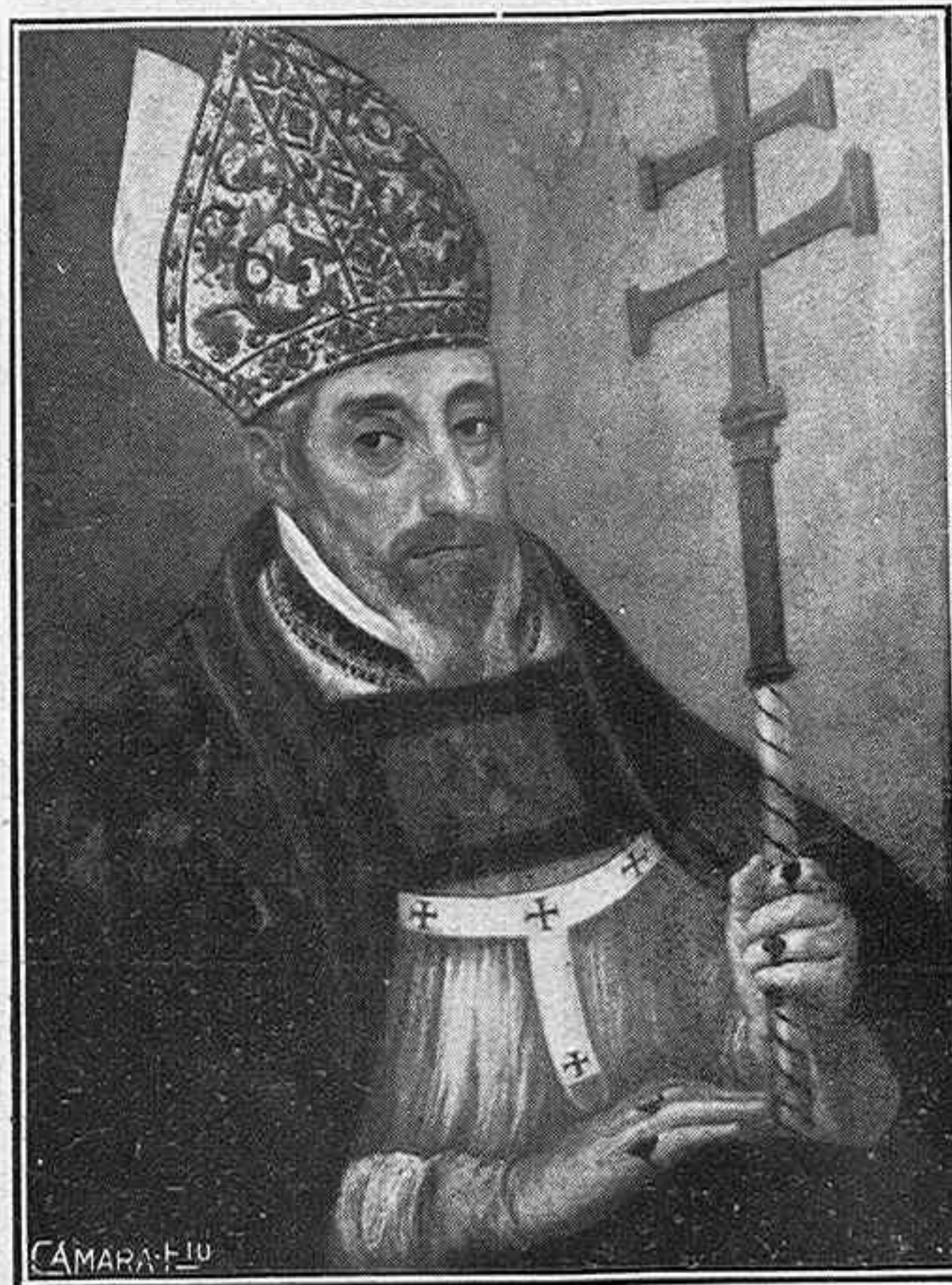
ANTE tu vista tienes, lector amable, la figura de uno de los grandes prelados de la España cinco y seiscentista, en tiempos de los Felipes II y III; es el tío del famoso duque de Lerma, del conde de Lemus, y pariente próximo de los condes de Mora y de tantos otros títulos linajudos de la más rancia estirpe castellana; el cardenal Arzobispo de Toledo Sandoval y Rojas. El tiempo, gran triturador de famas y hechos al parecer gloriosos, aún no ha conseguido, no ya aventar, pero ni siquiera rebajar en un ápice la gloria de gran señor, de Mecenas de las artes y de los artistas que en vida mereció entre sus conciudadanos por su liberalidad y corazón abierto á toda empresa generosa. Fallecido en Madrid á 7 de Diciembre de 1618, en la Casa-Palacio del duque de Lerma, y trasladado á los cinco días á su Sede Primada de Toledo, yace en la riquísima Capilla del Sagrario, por él fundada, esperando el día de la resurrección general.

Dos inscripciones sepulcrales latinas existentes en tal capilla, y referentes á tan gran prócer, relevan al escritor de entrar en mayores anotaciones sobre detalles de su vida; son fuentes históricas de que no puede prescindirse al trazar la silueta moral de este primado. En una de ellas, vertida al castellano, se dice ser «nacido y dispuesto para cosas grandes...», y luego añade que fué «piadoso sin jactancia, noble sin soberbia, principal sin vanidad, perseverante sin aspereza.» Mas, contemplando su rostro tal y como nos lo representa el pincel de Tristán en el retrato que pintó para la galería de la Sala Capitular toledana, donde se halla, parece desmentirse tan concluyente elogio, pues se advierten en él un como cierto carácter duro, desabrido..., áspero; sus facciones son graves; la nota de honda tristeza se echa de ver á primera vista...; está el cardenal pensativo..., con unos dejos de melancolía fácilmente adivinables, y, sin embargo, nada más lejos de la verdad: era dulce, afable, cortés, bueno, humano..., sólo el hecho de proteger á Cervantes ya indica cuán hermosa sería su alma.

Para determinar en lo posible hasta dónde se extiendan las relaciones económicas entre el opulento protector y el desdichado protegido, conviene dejar bien asentado que el glorioso manco, hasta su matrimonio en Esquivias, frecuentó muy poco la Imperial Ciudad, y que, en cambio, desde 12 de Diciembre de 1584, fecha de su unión sacramental con doña Catalina Palacios Vozmediano y Salazar, hasta 23 de Abril de 1616, en que fallece, no deja de hacer acto de presencia por allá de vez en vez, ora sobre asuntos familiares económicos en representación y parte de su mujer, ora sobre negocios de letras, ya que Toledo, por entonces Sede accidental de los primates en el mundillo de la farsa teatral y de los literatos más conspicuos, era plaza-mercado muy á propósito para el lucro mediante el ejercicio de las Musas. Quiere decir esto que de los cardenales anteriores á Sandoval no recibió Cervantes merced, donativo, pensión, limosna ó cosa parecida como tantos otros hidalgos pobres ó empobrecidos, eternos pedigüños ante sus eminencias reverendísimas, sino que malviviendo con lo poco suyo propio y con lo que daba de sí la no muy larga dote de su esposa, á nadie molestaba con memoriales lastimeros ó con demandas de mercedes, que eran verdaderas limosnas, encubiertas, una de las mil maneras de practicarse.

Cervantes hubo de probar fortuna en diversas ocupaciones y... nada; no prosperó en ninguna; no había nacido para rico ni siquiera para la medianía dorada; su talla económica estaba á ras de tierra: un yantar pobre, casi miserable, el condumio del vulgo más bajo, y esto,

muchas veces, aun con dificultad, era cuanto su estómago podía apetecer para substentar la vida asendereada y triste del cuerpo de que formaba parte. El numerario, escaso aun para las clases superiores, constituía para las inferiores un verdadero tormento de Tántalo. Sobre todo para los hidalgos (clase social de seminobles y de semiplebeyos: la llamada actualmente clase media, con tendencia cada vez más clara á desaparecer en la lucha entablada entre los de arriba y los de abajo) era un tremendo martirio, tanto, que las energías todas de la vida in-



«El Cardenal de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas», retrato pintado por Tristán, discípulo del «Greco»
(Fot. Rubio)

dividual se iban tras su adquisición. La literatura de la época es fiel reflejo de nuestro aserto. Ni la profesión de soldado que á tantos otros enriquecía en Africa, en Flandes ó en las Indias, mejoró á Cervantes en su fortuna; pesó, midió, anduvo de acá para allá como alcaballero; compró provisiones para la Armada Real y... nada: siempre igualmente pobre, sin blanca; aún más, ni siquiera en los negocios literarios, su verdadero ideal, ganó ni con mucho lo que esperaba. El secreto de prosperar y de vivir con holgura jamás lo descubrió, pese á su conocimiento de los hombres por experiencia bien amarga adquirido.

Colocado en tales críticas circunstancias y vislumbrando ya, poco á poco, los años de la vejez, Cervantes tiene la suerte de que ocupe la Sede Primada, desde 23 de junio de 1599, el cardenal Sandoval y Rojas, y entonces parece que mejora un tanto su lamentable situación. Decimos parece, porque no está averiguado desde cuándo el prelado toledano favorece y ampara á nuestro gran español. En la primera parte del *Quijote* y en los otros libros publicados hasta 1604 no menciona á ningún personaje como protector suyo; en cambio, en el prólogo de la segunda parte dice aquellas tan terminantes y expresivas frases de: «Estos dos príncipes (el conde de Lemos y el cardenal Sandoval y Rojas), sin que lo solicite adula-

ción mía, ni otro género de aplauso, por solo su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme...»

Ahora bien: ¿hasta dónde se extienden los conceptos de *hacerme merced y favorecerme*, que emplea Cervantes? Es dudoso, supuesto que hasta la fecha no se ha descubierto documento alguno en que aparezca el cuánto de esa merced y de ese favor; probablemente sería una de tantas pensiones, más ó menos modestas, con que el cardenal socorría á personas miserables y desgraciadas. Si hemos de creer á Herrera, es critor de la época y muy enterado de las cosas del cardenal: «no por las nuevas distribuciones (las de Alcalá) se falta á las limosnas generales y particulares, así de repartimientos en dinero, como de pan en grano á Monasterios pobres por asiento de todos los años y á otras Comunidades y personas...»

Este testimonio de Herrera, y otros que pudieran aducirse de Porreño, prueban, en efecto, cómo las cuantiosas rentas de la mitra toledana, en una gran parte, estaban destinadas á socorrer á Comunidades y personas pobres. Cervantes, sin llegar á grave necesidad, bien podía contarse entre los pobres de levita de su tiempo: mucho pergamino de hidalguía, muy buenas esperanzas de mejora económica con sus libros, y... siempre pobre. Tal vez en alguna de sus estancias en Toledo, probablemente en la de 1605, se valió del racionero de la Catedral, Francisco de Cárdenas y Palacios, sobrino de doña Catalina, su mujer y acreedor de ambos esposos, para llegar á la cámara cardenalicia en demanda de merced y favor, consiguiéndolo al fin. ¿Influirían en el ánimo del cardenal para esa concesión los ingenios toledanos de la época, contertulios de su eminencia en el gran Palacio-Cigarral de Buenavista? En este caso, los Tamayo de Vargas, José de Valdivieso, Jerónimo de Cerralbos y cien otros se contarían entre los que directa ó indirectamente contribuyeron á mitigar la escasez habitual de Cervantes. Y basta ya. El tema enunciado es de tanta amplitud, que no hay medio de abarcarlo en un artículo de revista. Quede tan sólo iniciado por si plumas doctas é investigadoras tratan de dilucidarlo. Por fin, léase el siguiente comentario que se viene á la pluma con ocasión de Cervantes y sus grandes necesidades, á fin de elevar el espíritu.

Desde luego hay que aplicar á nuestro escritor, y en general á todos los hombres doctos que hacen de su profesión un sacerdocio, el dicho tan castellano de *dámele poeta, dártele he pobre*. Hombre dedicado á las letras, á la ciencia, á la investigación en sus múltiples aspectos; hombre que no sólo no allega riqueza, sino que aun la que tenga la pierde al darse de lleno á Minerva. Plutón no entiende de Estética, aunque esté ésta protegida por Apolo, Polimnia y por todo el Olimpo. Las buenas Letras no procuran á sus cultivadores en la vida sino hartas desgracias, hondos sinsabores, pobreza y, por fin, una muerte obscura, aparte, claro es, tal cual excepción que confirma la regla ordinaria. El Comercio, la Industria, los negocios, todo lo que signifique numerario cantante y sonante, convierte en poco tiempo al pobre en rico, al necio en sabio, al hombre obscuro en astro brillante. ¿A qué seguir! Hoy, como en tiempos de Cervantes (y así ocurrirá siempre, ya que no da más de sí la pobre naturaleza humana) hay estudios y profesiones que, como escribía el P. Mariana, se miden *utilitate et lucro*, y otras que, al contrario, llevan aparejada miseria y desgracia de por toda la vida, transmisibles hasta la cuarta generación.

F. RUBIO

CRÓNICA DEL GRAN MUNDO

EL primer baile de Primavera en los salones fué el celebrado en el hotel de los señores de Mora (don Gonzalo), con asistencia de los Reyes y de la Familia Real.

Describir el interior de una casa es siempre tarea difícil, aun contando con la benevolencia amistosa de sus dueños para las indiscreciones involuntarias del cronista, para nuestra curiosidad, olvidos y errores de la reseña.

Esta aristocrática residencia es una gran manifestación artística. Los salones son todos de carácter diferente; están decorados y organizados de tal manera, que muebles, objetos de arte, cuadros, dibujos, esculturas y tapices están

presentados á su luz y colocación más favorables. El atractivo es grande de ver y admirar: en una presentación que no deja nada que desear, un gran número de obras de arte.

Admiramos en los salones muebles antiguos de talla, bronce, y gusto lujosos; la mayor parte

va, intactos, á pesar de los siglos transcurridos.

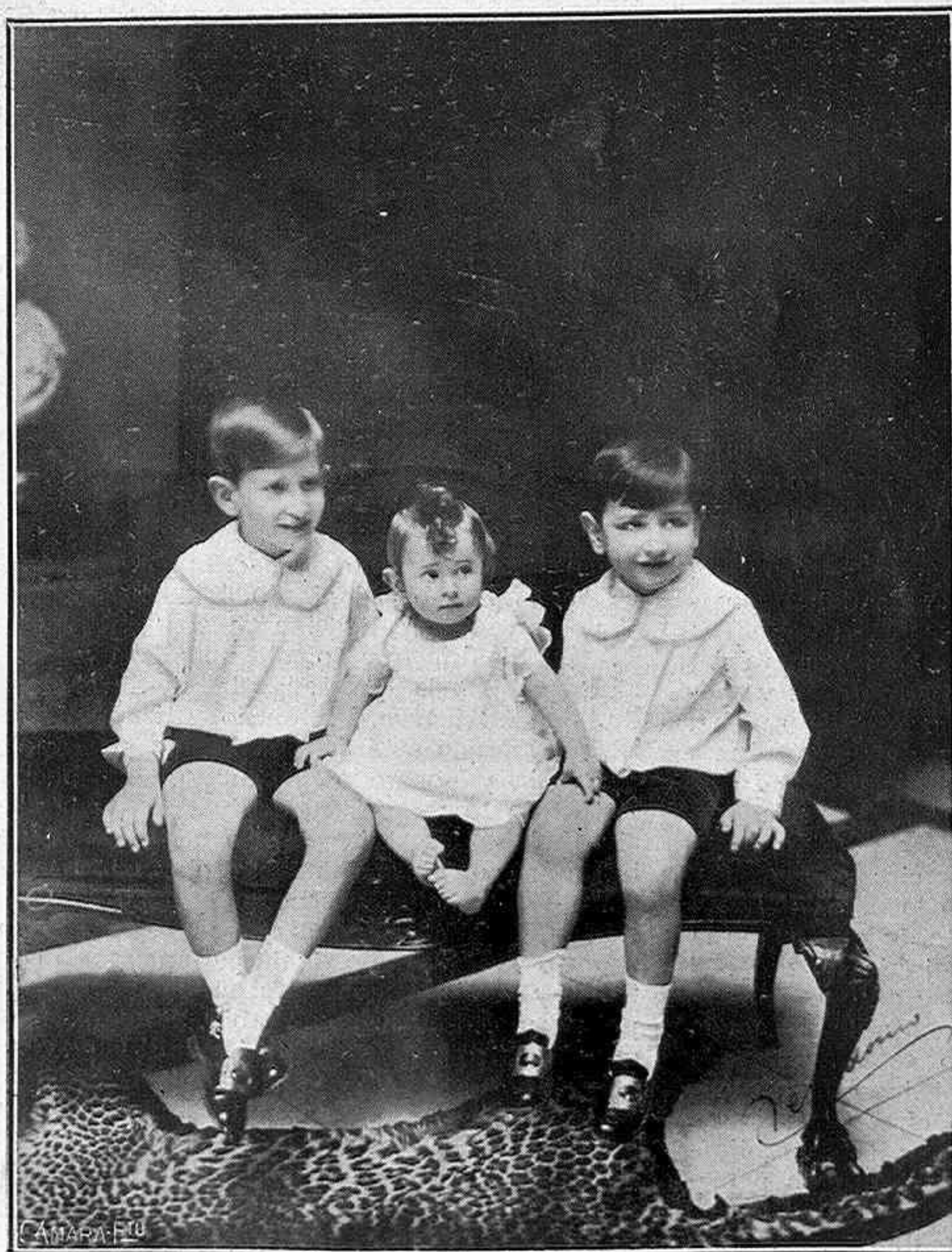
En otro salón, un expresivo retrato del difunto marqués de Casa Riera, por Juan Sala.

Mignard está admirablemente representado por el retrato de la marquesa de Montespán. Trinquette brilla en un bello asunto de *Lección*



La escalera del hotel de los señores de Mora

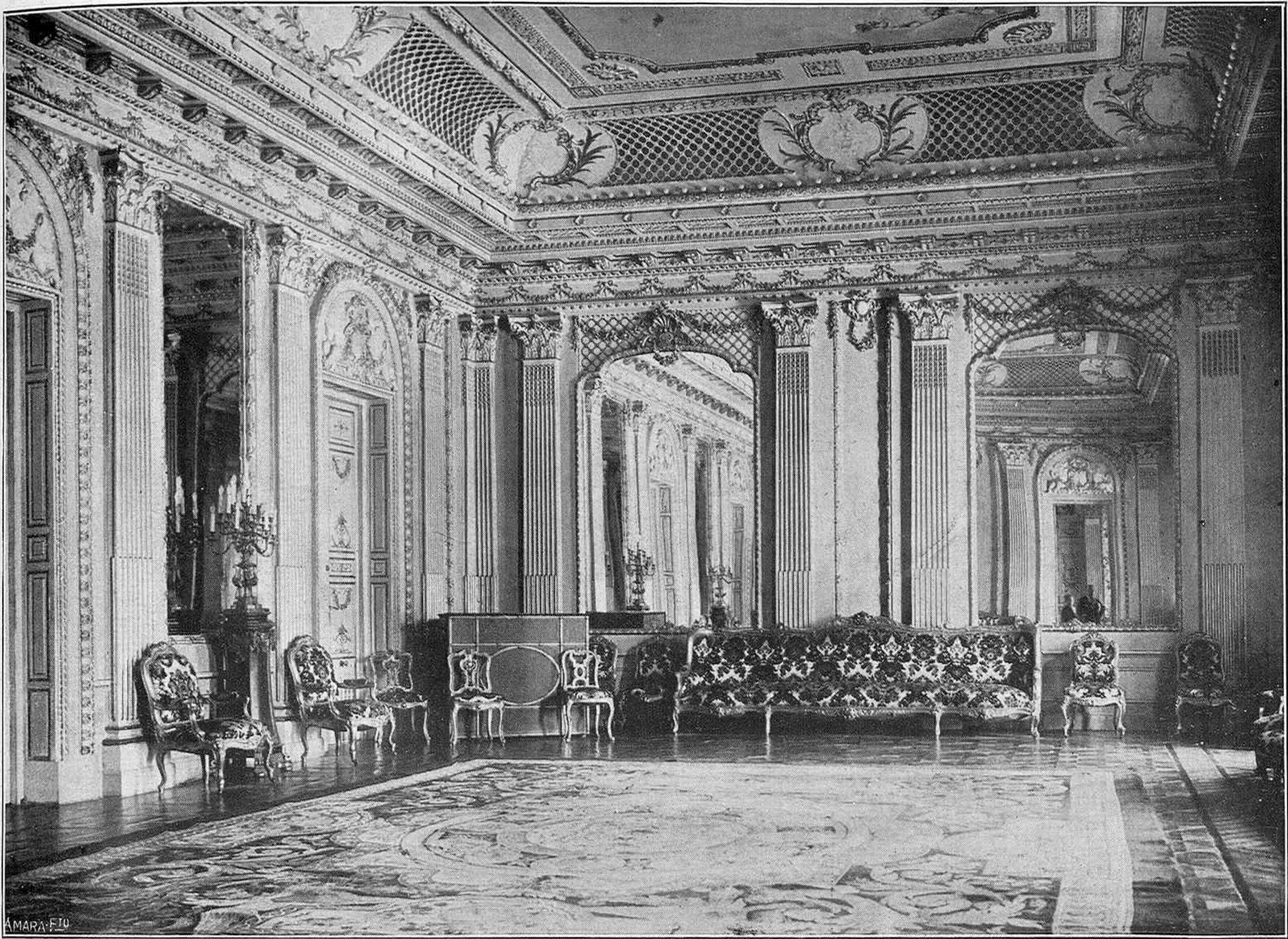
pertenecieron al palacio de París del marqués de Casa Riera. En el salón Carlos IV hay unos admirables bocetos de la Casa del Labrador, de Aranjuez, por Zacarías González Veiázquez, y un cuadro de Carnicero: *El niño del pájaro*. El salón verde es de una riqueza exuberante, con la sillería y los muros tapizados con terciopelos antiguos de Génova.



Alejandro, Fabiola y Jaime Mora y Aragón
(Fot. Celedonio)



María de las Nieves y Ana María Mora y Aragón
(Fots. Díaz Casariego)



El magnífico salón de baile del hotel de los señores de Mora

de música. Del gran retratista Detroy (hijo) hay un magnífico grupo del Regente de Francia y madame de Parabère.

En el muro frontal de la escalera hay un cuadro de Tiepolo, una de sus mejores obras: *Escipión el Africano, en la toma de Cartagena por los romanos*.

Las esculturas del hall: cuatro diosas vene-

cianas del siglo XVII, un busto de Cicerón y una figura de Falconet.

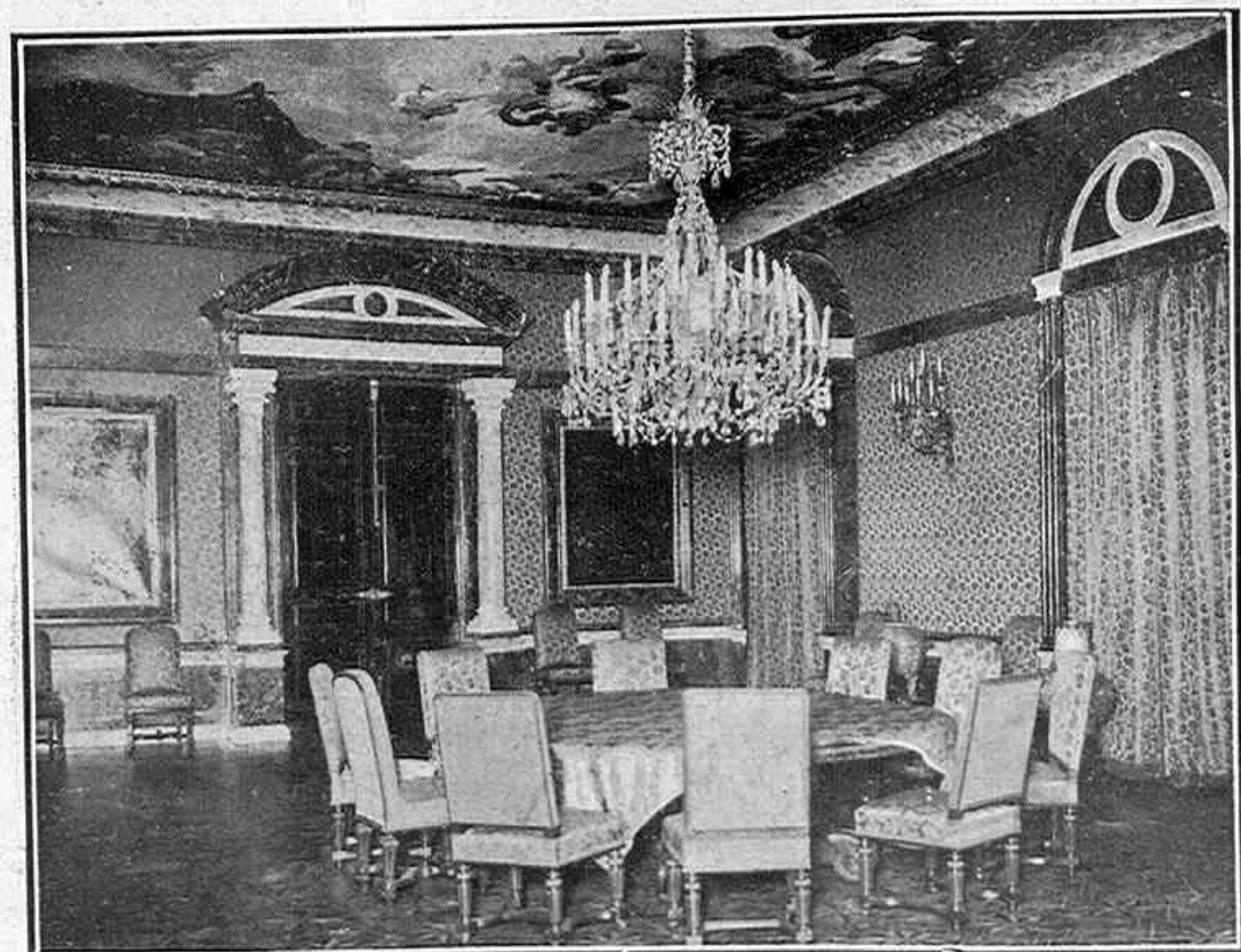
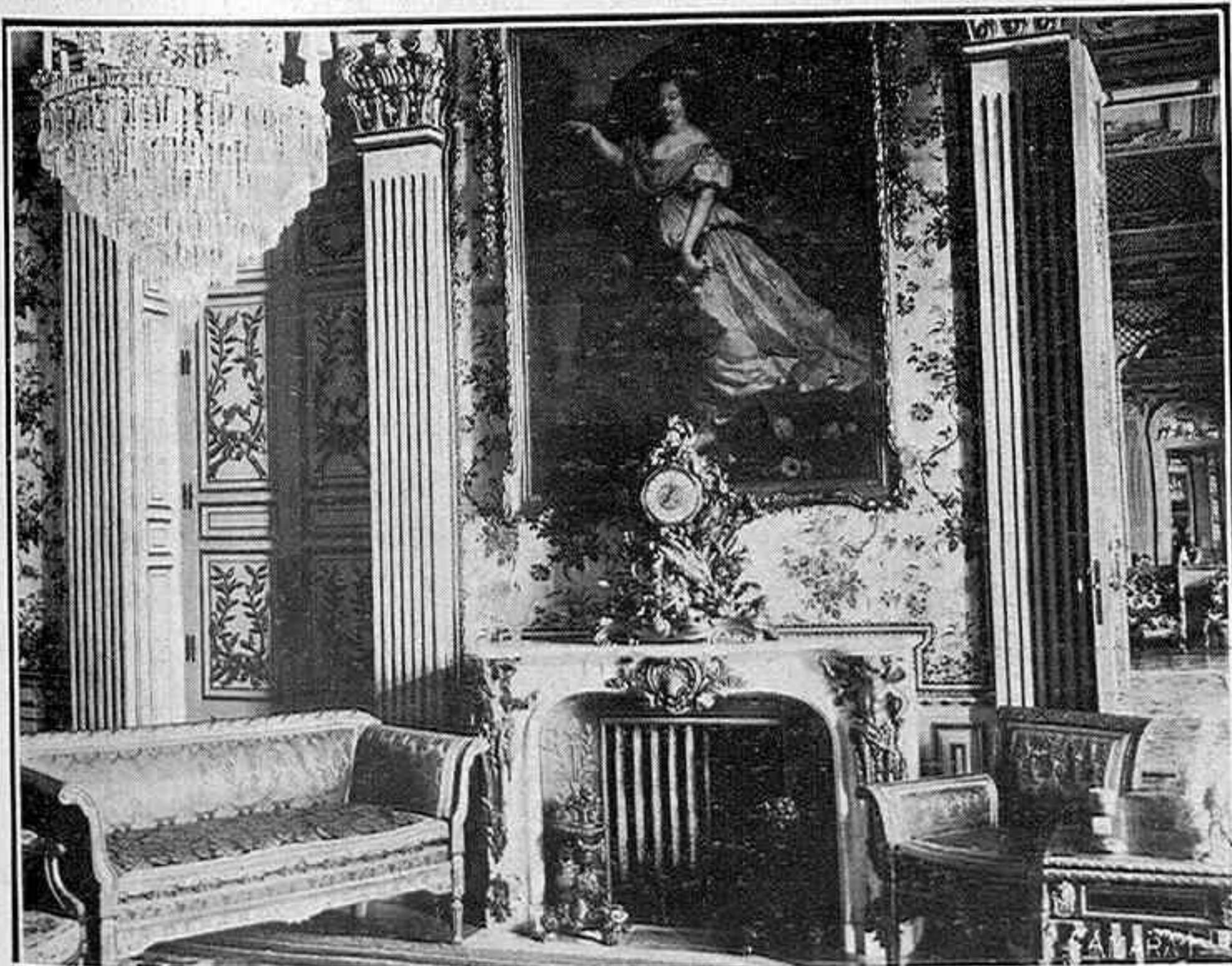
El comedor, de estilo italiano, es una de las más bellas piezas del palacio. El techo es una copia del *Olimpo* de Bayeu, obra de Azpiroz y Molina, discípulos de Sotomayor.

El pavimento del hall, en mármoles de colores, reproduce uno de los motivos de la iglesia

de San Pablo, en Roma; las columnas son de granito Júpiter, traídas de las canteras de Suecia.

¡Qué decir de la biblioteca, con sus libros y manuscritos raros y preciosos, y del suntuoso salón de baile! Es imposible mencionar en una breve nota todas las obras de arte allí reunidas, aun no citando sino lo esencial.

B. DE LEON



Detalle de uno de los salones y el comedor del hotel de los señores de Mora

(Fots. Díaz Casariego)

VIDAS EJEMPLARES

S A G A S T A



Sagasta, en plena juventud

EN política, como en la vida misma, la oportunidad es una gran virtud, y nada más oportuno en los momentos actuales, de innegable confusión política y en que surgen y se asoman a la vida pública, con un noble anhelo patriótico, muchos valores contrastados en otras esferas de la vida nacional, que un libro en que se nos muestra íntegra y completa la figura de don Práxedes Mateo Sagasta, la figura del político por antonomasia. Vida ejemplar, en ningún momento puede tener mayor eficacia.

La generación actual, y aun de ella los viejos únicamente, conocieron a Sagasta; pero «su Sagasta», jefe indiscutible de un partido en que figuraron mentalidades tan altas como las de Montero Ríos, Alonso Martínez, Moret, Canalejas, y casi podríamos decir Castelar; su Sagasta viejo y fatigado, y aparentemente marrullero, porque sabía pedir al tiempo su colaboración indispensable para las grandes obras, fué ya un político triunfante y dominador viviendo y gobernando en una época de paz y tranquilidad relativas, por lo menos, en una actuación excepcional, que sólo hace ver del «político» el aspecto grato y tal vez el más posiblemente eficaz.

Pero «el político» necesitó caminar mucho y por ásperos caminos antes de llegar a esa situación privilegiada; y como ese camino fué precisamente la acción política triunfadora, a todos conviene conocerle, y el libro en que el conde de Romanones, con una penetración perfectamente explicable, mediante una concordancia espiritual, nos muestra la vida de Sagasta con todo el detalle necesario, pero sin perjuicio de la sobriedad característica actualmente de las grandes biografías, tiene para todos un vivo y eficaz interés. La vida política de Sagasta comenzó con un acto de máximo sacrificio: era el que más tarde había de ser presidente del Consejo de Ministros ayudante de profesor en la Escuela de Ingenieros, puesto que había conquistado haciendo su carrera tan brillantemente, que fué el número uno de la promoción, en que figuraba don José Echegaray. Ante los riesgos que para todas las monarquías podía implicar la caída de Luis Felipe, en Francia, los monárquicos españoles sintieron la necesidad de mostrar su amor a las Instituciones, «y concertaron elevar al Trono mensajes de confianza y de amor, emanados de todas las corporaciones y centros burocráticos»,

Como se ve, el sistema es viejo, y huelga decir que entonces, como más tarde, las firma para los mensajes eran voluntarias, pero pedidas bajo una máxima coacción. «Sagasta—dice su biógrafo—se negó a firmar el documento, á sabiendas de que sacrificaba su plaza de profesor; ninguno de sus compañeros siguió su ejemplo.»

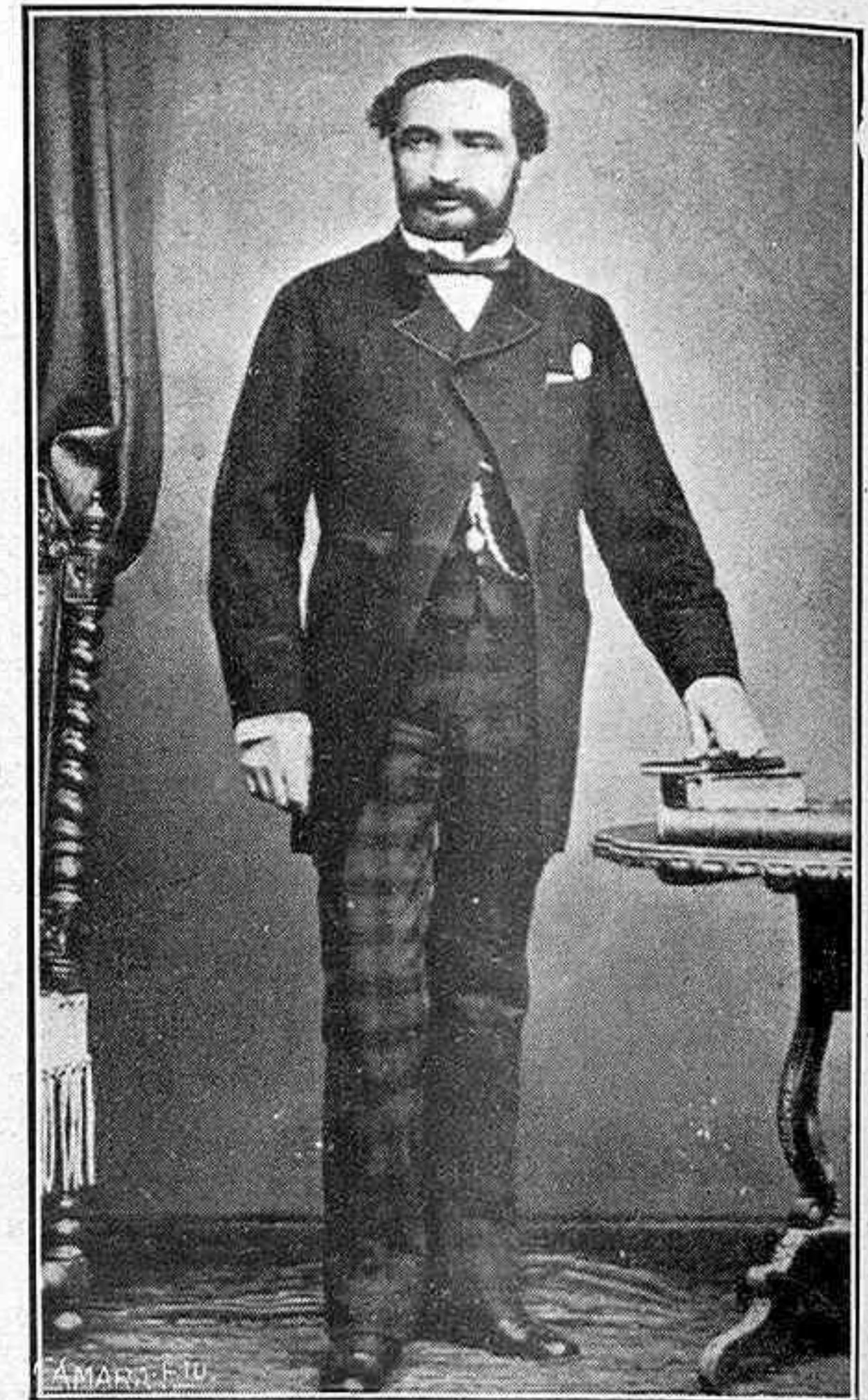
Sagasta quedó cesante; había sacrificado á un ideal político, que no era antimonárquico, no obstante, su posición oficial, su medio de vida.

Fué aquél su primer acto político; fué también el primero de una serie de sacrificios, en que otras muchas veces ofrendó también generosamente su vida á su patria y á su ideal político.

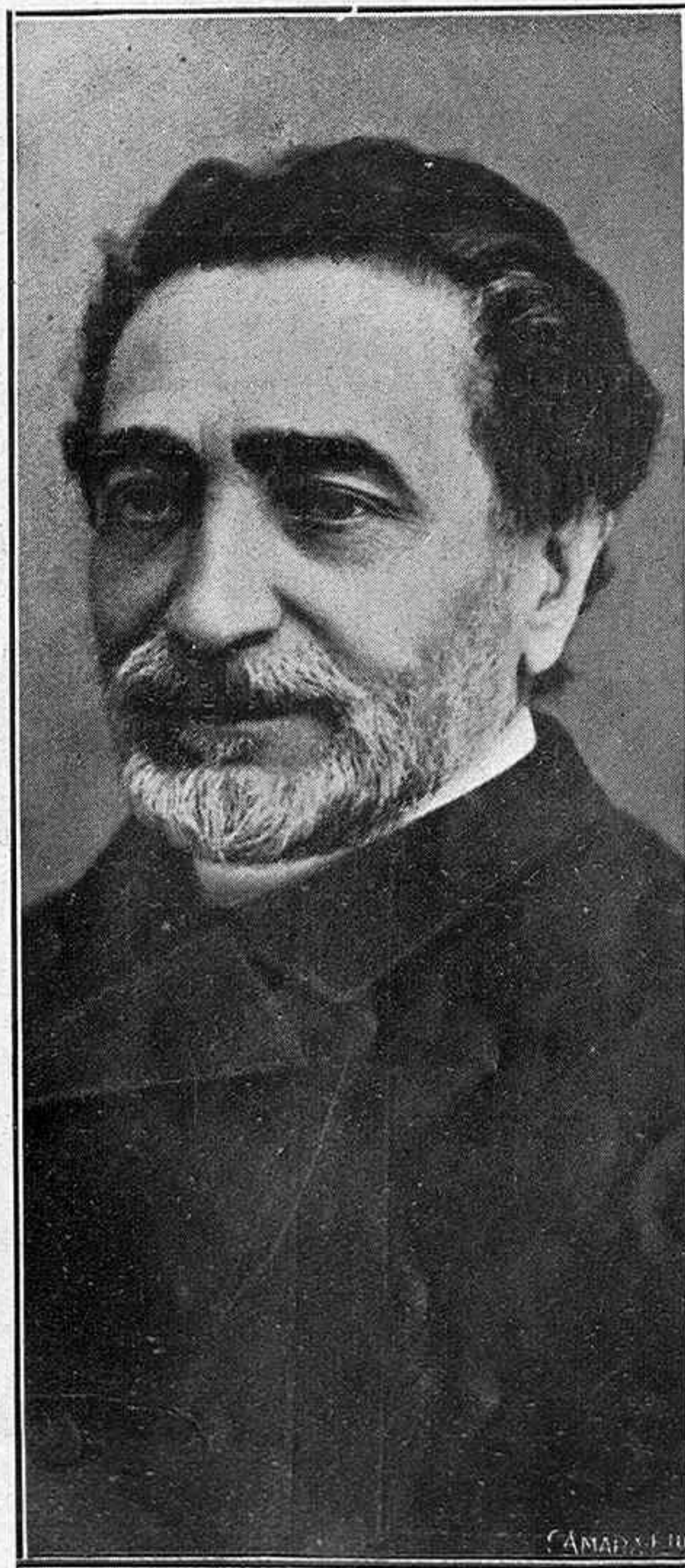
No mucho más tarde, en las jornadas trágicas del 14 y del 15 de Julio, era entonces Sagasta diputado y comandante de un batallón de milicianos, y compartió aquellas horas terribles entre la lucha en el Congreso y la lucha en la calle, haciendo con igual generosidad ofrenda de su vida en uno y otro lugar.

En el Congreso estaba cuando O'Donnell decidió poner sitio al palacio de la representación nacional y ordenó á las baterías instaladas en el Museo de Pinturas que le bombardearan.

«Al caer las granadas en el edificio—dice el conde de Romanones—, el estrépito que se producía no dejaba oír los discursos que se estaban pronunciando. Los diputados, viendo que la cosa iba en serio, iniciaron la desbandada; pero Sagasta les cerró el paso, obligándoles á volver á los escaños; una de las granadas cayó en el tercer banco, detrás del de los ministros, junto al de Sagasta, que se limitó á recoger tranquilamente los cascotes de la metralla y á pedir al presidente que el hecho constara en el *Diario de Sesiones*, y dirigiéndose á los diputados, ex-



Sagasta, después de la emigración



Sagasta, en plena madurez

clamó: «Continuemos en los escaños con la misma autoridad que hasta aquí. Es nuestro deber.» ¡Es nuestro deber! Era en aquellos tiempos y para aquellos hombres la razón suprema.

Desde entonces, hasta Julio del 66, Sagasta puso en constante peligro su vida por cumplir lo que él consideraba como su deber.

«Sagasta, 'acechado y perseguido por' la policía, sin una hora de reposo ni de descanso, para no caer en sus garras cambiaba todas las noches de albergue. Sus amigos y familiares vivían angustiados ante los peligros que le amenazaban.»

Así llegó el 22 de Julio. El conde de Romanones pinta sobria, pero con terrible intensidad dramática, aquellas escenas de horror, y luego sitúa en ellos la figura de su héroe.

«A todas partes acudía Sagasta—dice—. Siendo el mando militar muy deficiente, lo suplía en lo posible y hacía frente á todo y á todos, sin duda recordando la huella que dejara en su alma la energía y la temeridad de Martín Zurbano.

Mientras duró la batalla, entregado á ella por completo, sólo pensaba en vencer. Más de veinte horas estuvo sin probar alimentos y en continuo movimiento. Al caer la tarde, desalojado el paisanaje de las barricadas, tras enconada resistencia, convencido de la derrota, destrozado el ánimo, caminando al azar, buscaba un refugio; extenuado, maltrecho, sin fuerzas para sostenerse, al pasar por la estrecha calle de la Abada, cayó rendido en el umbral de una modesta casa.»

Se durmió, soñó que triunfaba y, por fortuna suya, le despertó un amigo, que le invitó á esconderse en su casa. Allí fué; pero allí supo que los sargentos sublevados en San Gil iban á ser fusilados, y salió presuroso á reunirse con sus amigos.

Oigamos al biógrafo de Sagasta. El conde de Romanones dice:

«El diálogo más hondo que el hombre entabla consigo mismo, cuando su conciencia le pregunta si cumplió con su deber. La conciencia de Sagasta vacilaba, atenazada por el remordimiento.

Culminó un momento de tragedia corneliana cuando los sargentos, más de sesenta, eran conducidos, con esposas en las manos, para ser fusilados y pasaron por la casa donde estaba escondido Sagasta con Carlos Rubio. Este, al verlos caminar sombríos, el rostro descompuesto,



Sagasta, viejo ya, en plena vida de familia, que tan grata le era

la mirada iracunda; al percibir que entre ellos iban algunos de cuya total inocencia estaba seguro, pues por haber ya cumplido el tiempo de su servicio militar no quisieron comprometerse y se hallaban en el cuartel por casualidad, corrió hacia la puerta diciendo: «Voy á presentarme al Gobierno para declarar que estos infelices que van á la muerte son inocentes todos ellos, que los culpables somos nosotros, los que los comprometimos y los que iniciamos el movimiento... Ya que no podemos salvarlos, debemos morir con ellos...» Sagasta se unió á Rubio en el mismo generoso ímpetu. Sus amigos les cerraron el paso, impidiendo salieran á la calle.»

Después, emigrado, como tantos otros revolucionarios que pululaban por Francia y Bélgica, fué, en Ostende, trabajando con Prim y

Ruiz Zorrilla, el verdadero autor de la revolución del 68.

Llegó el momento del triunfo; pero, ¿cuándo fué en España definitivo el triunfo de la libertad?

Fué el comienzo de otra vida de lucha más callada, menos cruenta; pero igualmente tenaz, en que unas veces en el poder y otras en la oposición, siempre flexible, pero siempre tenaz, aparentemente dúctil, pero en lo íntimo dotado de una elasticidad enorme que le hacía volver siempre á su posición primitiva, cayendo siempre del lado de la libertad, había de seguir hasta la muerte una línea recta desde el ideal románticamente sentido en la vida moza hasta su posible realización en el momento final de su existencia, en aquel momento supremo en que

al salir de la habitación donde don Práxedes agonizaba, un obispo pudo decir: «Muere como un santo», y un amigo de Sagasta, que le conocía bien, contestar: «De santo fué toda su vida».

Sobre él, sin embargo, se cebó constante la maledicencia; fué, como tantos otros, un caso más de «el político desconocido».

Por eso, el libro tan bien trazado y escrito con pluma tan ágil y sincera, por el conde de Romanones, es una reivindicación y un acto de justicia.

Es algo más: al conde de Romanones le han llamado muchos «el heredero de Sagasta»; el libro demuestra que el autor no aceptó la herencia sino á beneficio de inventario: sabe lo que heredó y sabe que puede pechar con la herencia.

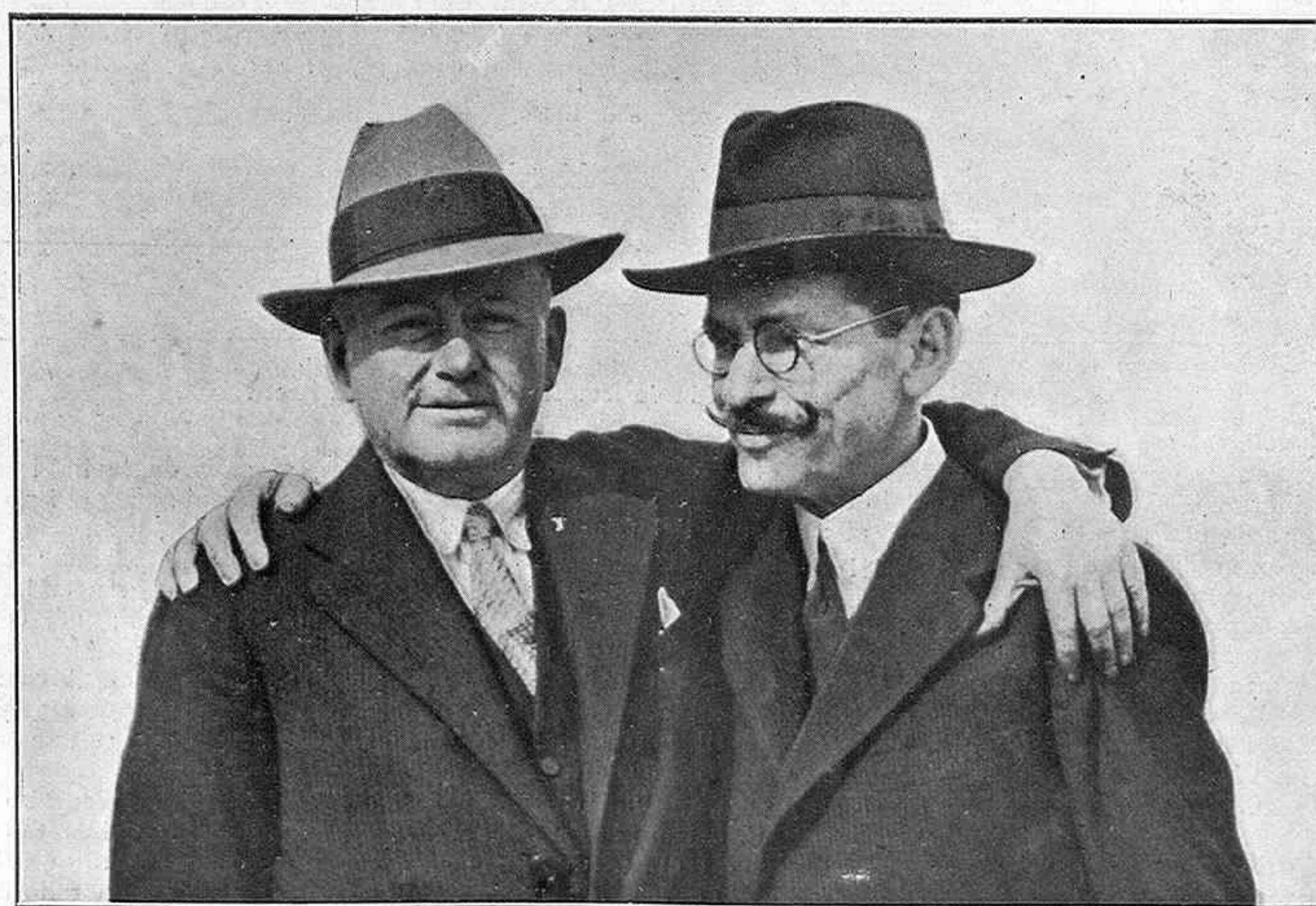
ANTONIO DE MADRID

Un estreno sensacional en Valencia

«LA DOLOROSA», DEL MAESTRO SERRANO



Escena musicalmente fundamental de la nueva zarzuela del maestro Serrano «La Dolorosa», que ha obtenido un gran éxito en Valencia



Los autores de «La Dolorosa», maestro Serrano y Juan José Lorente

(Fot. Vidal)

LA pereza tradicional del maestro Serrano ha sido vencida esta vez por un asunto musicalmente interesante y, además, por las primeras ideas que ese asunto sugirió al perezoso, y que han sido acicate suficiente para transformarle a última hora, pero muy eficazmente aún, en un hombre activo.

El motivo psicológico de la nueva obra de Serrano, tan fecundo en temas musicales, que han dado con *La Dolorosa* una obra bellísima que toda España aplaudirá,

surgió de un hecho real: de un detalle de vida monástica en un convento desconocido u olvidado, perdido en un monte próximo a Zaragoza.

Ante el hecho, el maestro Serrano, á quien acompaña b'a Juan José Lorente, concibió el poema musical, para el que el literato aragonés ha hecho un excelente libro.

Esa obra ha tenido en Valencia un éxito clamoroso, y no falta quien la considere como la mejor del maestro de *La reina mora*.

La Copla de la Sarneta

El *colmao*. Toscos claveles pintados orlando muros rosados. Mesa vinosa. Rostros de hombría y de sexo desorbitados.

Cuarto con unas flamencas que se envuelven en manilas de colores porque quisieran ser flores.

Piedras falsas de tumbagas y peinetas; al gas, brillo aguardentoso, talco sobre carnes prietas.

Humazo. Puros de sortija. Papiros del señorito. Cartel de feria y de toros. Las tapas y el *pescado frito*.

La *cantaora* se acuna, que en las rodillas tendida tiene, como á una chicuela, á la guitarra dormida.

Apártase el bien fardado guitarrista viejo; con el pañuelo de seda se rubrica el pestorejo.

Tiene un palpito de pronto la *cantaora purí*; presentimiento de un hombre que debe andar por allí.

El hombre: su hombre. La hembra, encelada, se apunta por lo *bajini* su copla de abandonada:

«Me acuerdo de cuando puse sobre tu cara la mía, y suspirando te dije: —Serrano, ya estoy perdía»

La copla: cuatro barrotes de calabozo moreno en donde ella está amarrada á la argolla del recuerdo.

La historia: una noche olía su cuerpo á jardín mojado y una boca jadeante iba sus besos buscando.

Baja por todo su cuerpo lenta sombra de cansancio y zumban en sus oídos los besos que allí han entrado. Junto á la suya, otra cara con los ojos entornados: —Serrano, ya estoy *perdía*—, dice la hembra suspirando.

El *colmao*. Se abre la puerta y el aire fresco se cuela en los aires de una capa: terciopelo que revuela.

Es su hombre. La Sarneta escupe el gusto del cigarro, se arregla las puntas del pañuelo y carraspea un desgarro.

El hombre que entró la mira, el sombrero sobre la ceja, y le duele que esté tan tirada y que esté tan vieja.

(Amante, aun llevas camisa de chorrera almidonada

y el pantalón *entallao* y los botitos de caña. Amante, estás de buen ver, aunque te brillan las canas; y es que los hombres y el vino en reposándose, ganan).

La Sarneta «echa la suya», aunque él no quiere mirarla. La copla: cuatro puñales que no acaban de matarla:

«Me acuerdo de cuando puse sobre tu cara la mía, y suspirando te dije: —Serrano, ya estoy perdía».

La Sarneta vé unos ojos endurecidos bajo el ala ancha. Todas las ansias que la ahogan son ahora una sola ansia.

Pero el hombre se embozaba y, el ceño negro, salió.

—Le dé *Un debé* mal castigo al que ha cortado la rosa y se ha *jartao* de su olor!

La Sarneta quiere morir. Vive sin compañía. La piel de su cuerpo es una uva pasa.

¿Quién dice morir? —Tú, Niño, por bulerías—! Para poder animarse se jalea con palmitas.

¿Quién dice morir? Aun grita un jaque maduro tirándole al pie el sombrero: —Sarneta ven, que te quiero...

¡A cantar y á seguir rodando!...

TOMÁS BORRAS

(Dibujo de Bradley)



EL PARÍS
QUE NO
LO PARECE



RINCONES
EXTRAÑOS
DE PARÍS

El mercado que semanalmente se establece en el Pasaje Bessyger, á dos pasos del Faubourg Saint-Honoré

Es el París turístico, es decir, el que visitan los turistas, el más bello París? Desde luego puede afirmarse que ni es el París único ni el preferido por los artistas: es el de tarjetas postales, no el de los grandes cuadros ni, sobre todo, el de los cuadros intensamente evocadores.

Para que París guste, basta con visitarle sobreponiéndose un poco á la agitación febril de unos días de hiperestesia excesiva vividos en centros y parajes de agitación continua y excesiva también; para amar á París, y aun resueltamente para conocerle, es necesario vivirle, adentrarse en su vida: sólo así se consigue, y es lógico, que entregue su secreto y deje percibir su encanto misterioso é ignorado para las aves de paso.

Tras del París de pasada—paseo internacional un poco de cada país y en que se hablan todos los idiomas, menos el francés algunas veces—queda ese otro París recatado y humilde: el más bello, si hemos de creer á los artistas que aman y afanosamente buscan lo pintoresco.



Un botijero resulta en París una figura exótica

En cualquier barrio de la capital de Francia, aun en los más bellos, es fácil perderse, á pocos pasos de una luminosa y elegante vía principal, en callejas por donde no podrían penetrar, aunque por una veleidad se les ocurriera á sus Empresas, los enormes *autocars* de las Agencias de turismo que transportan de un lado á otro intranquilas maletas humanas que se mueven automáticamente á la voz de un guía, cuando al son de un pito ó de una corneta, y al fin de la jornada, confunden lastimosamente la Santa Capilla con el *Sacre Coeur*.

Esas callejas son, sin embargo, el país que interesa á los artistas. En ellas, silenciosas y con circulación misera, suele verse aún, de vez en cuando, al pintor sin gloria aún, pero anheloso de ella, instalado ante el caballete de campo, y pintando en el cartón un boceto de inspiración pueblerina, que por clara que lleve al pie su localización en la gran urbe, no convencerá á ningún turista que se respete como tal de que aquello es un trozo de la capital de Francia.

Son callejuelas y rincones, pasajes ó, dicho á la francesa, «fondos de saco» urbanos, con una vida íntima, y un poco cominera también, más propio de villorrio que de gran ciudad, pero intensamente pintorescos y con enorme fuerza evocadora, sobre todo para los que, de mozos y á hurtadillas— por la mala fama del autor, que la mereció infinitamente mayor—, leyeron las novelas de Paul de Kock.

Por encima de todos sus atrevimientos, hay en las novelas del desenfadado autor una pintura muy exacta del París de su época: un París que parece cristalizado, sobre todo, en las viejas calles que rodean á Saint Sulpice ó en las callejas que, como los arroyuelos en la campiña, en la gran urbe van hacia el río, aunque su numeración diga otra cosa, desde el bulevar Saint-Germain.

La fuerza de aquellos parajes es tan grande, que en ellos se muestran también los parisienses que no parecen de París, ó, por lo menos, no parecen del París actual; tipos, como las calles mismas, en que se vive un ayer menos remoto de lo que parece. Dos pasos más lejos, en las grandes arterias que trazó inicialmente el genio de Haussmann, no hay modo de ver esos tipos; ¿dónde se sumergen antes de encontrarse con las muchedumbres actuales y abigarradas?

Son, en realidad, parisienses autóctonos, no de París mismo, sino de un barrio especial de París; en él encuentran lo necesario para su vida, y lo encuentran hecho á su imagen y semejanza. Los que se perderían en los lujosos almacenes de Potin y de Damoy, aun llevando como guía obligado al vendedor ó á la *vendeuse*, se encuentran muy á su gusto dialogando cordialmente con la *cremiere* ó con el *epicier*, menos elegantes, ciertamente, pero infinitamente más familiares y acogedores.

Las tiendecillas sórdidas, no siempre pulcras, son también, en esas callejas atávicas, como establecimientos pueblerinos que, por la heterogeneidad de sus mercancías, parecen el germen de los «grandes almacenes»; pero un germen remotísimo y con la aplicación utilitaria concentrada de lo indiviso, indiferenciado aún.

Todo es allí armónico, concordante, y todo, en conjunto ó parcialmente, disonaría estridentemente veinte pasos más lejos. ¿No sería incongruente para los turistas que aun no pueden amar á París, volver una esquina de las Tullerías y encontrarse frente á un corral, en que una docena de gallinas, con su gallo vocinglero, dan la sensación de que estamos ante un corral humilde, á la entrada de una aldehuela olvidada?

Un hojalatero, trabajando en medio de la calle, transformada en taller, en busca de luz, en un callejón sin salida paralelo al bulevar Sain-Germain, resultaría también insólito é incongruente con



En el centro mismo de París puede verse este corral que parece trasunto de humilde granja normanda

las ordenanzas municipales, no ya en el bulevar mismo, sino en cualquiera de sus transversales.

Un mercado popular, reducción de los que arman cotidianamente en la Porte d'Italie, por ejemplo, mezcla de nuestro Rastro y de nuestra calle de la Ruda, pero con grandes tenderetes, no es tampoco cosa que vaya bien con el palacio del Elíseo ni con las elegancias del *faubourg* Saint-Honoré, y, sin embargo, existe allí, á espalda de los edificios lujosos de ese barrio y cerca de la

gios que trata de vender. Muchos de los que se detienen, buenos *badoués*, en torno del rucio, sólo tienen una remota idea de que el agua sea una bebida, y no conciben tampoco una necesidad de enfriarla.

Los botijeros, sin embargo, hacen negocio indudablemente; de otro modo no sería explicable que reincidieran en el arriesgado viaje, ni aun haciéndole unos ratos á pie y otros cabalgando en el honda rucio, con lo que resulta el viaje más largo; pero evidentemente mucho más entre-

tendido.

Los detalles del París que no lo parece son, en definitiva, rincones olvidados al hacer las sucesivas transformaciones de la gran ciudad. Cada uno de esos rincones es como un vestigio de otra edad, y el estudio razonado de todos ellos daría, ciertamente, una curiosa historia íntima de la capital de Francia.

Menos raro es que aparezcan allí figuras exóticas. París, á pesar de los que tratan de denigrarle, sigue siendo el más poderoso centro de atracción, y á él acuden, como nuestros botijeros, gentes de las más diversas profesiones y cataduras, que contribuyen con su presencia á dar á la ciudad su aspecto pintoresco.

De todos modos, París es tan vario como extenso, y lo mismo esos rincones, gratos á los artistas, del viejo París, que los lugares más luminosos actuales y bellos, es necesario saber buscarlos primero y saber gozar de su belleza después.

Para muchos, ese París que no lo parece es el verdadero; lo más bello y moderno es una ciudad cosmopolita en que se oye hablar en todos los idiomas y en que los pacíficos ciudadanos están siempre en peligro de ser atropellados por el orgulloso *autocar*, cargado de gentes exóticas.

Exactamente como ocurre en Madrid, aun cuando, como es lógico, en menor escala...



Lo que aun queda de las callejas de Montmartre, parece un país extraño

ANTONIO DE MADRID



CUENTOS DE «LA ESFERA»

Celia dejó caer la novela que leía y, muy moderna y muy *chic*, con su pijama grossella, que *hacía* á maravilla sobre las *boisseries* negras del *boudoir*, desperezóse aburrida, bebió un sorbo del *cock-tail*, encendió el *setos-ámbar*, que se le apagaba, y dando un suspiro de resignación dispúsose á seguir leyendo, como único recurso contra el tedio de la interminable tarde dominical, para colmo lluviosa y gris.

Domingo y lluvioso es casi una redundancia enunciado así: desde luego éralo mucho más hace veinte años, en que *por único* recurso había los toros, cuando hacía bueno, ya que ahora, con las reuniones deportivas, mal que bien se mata el tiempo. ¿La calle?... ¡Imposible con la chusma!... Porque no es que las gentes dominigueras sean peores, ni tan siquiera que estén bien ó mal educadas; es que les hierve en las venas la necesidad dinámica de acción; es que sus nervios, atezados en la camisa de fuerza de la disciplina toda la semana, necesitan dar suelta á la alegría, al afán comunicativo, ruidoso y turbulento que desahoga, en cinco horas, todo aquello á que los demás dieron salida en ocho días. Les pasa lo que á los niños encerrados toda la mañana en un colegio, que al salir brincan, gritan, alborotan... ¿En casa?... Es día de salida para los criados, y, aunque alguno quede turnando (de mala gana), falta confort, facilidad, comodidades. Como no caiga un amigo infortunado que nada tenga que hacer tampoco, y vaya en penitente peregrinación como iría á Tierra Santa, el único recurso son los libros. Por eso los sábados hay un recrudecimiento de mujercitas elegantes que visitan á los libreros, en busca de las últimas novedades literarias (también en esto cambia mucho el gusto. Antes preferían fábulas amorosas, vagamente tocadas de libertinaje; ahora, memorias ó ensayos históricos).

Resignada, pues, con su suerte, que reputaba

adversa, y que en el camarín chinesco no era, á decir verdad, tan adversa como creía ella, disponíase á seguir los trotes y danzas de la vida privada (ya no hay nada sagrado, ni la vida privada) de Helena de Esparta, cuando, como quien ve abrirse el cielo, vió descender la cortina de damasco negro con raros ibis de seda rosa que, aunque pegue como á un Santo Cristo un par de pistolas, volaban entre glicineas rosas también, y oyó la voz amiga de Lola Fonseca, que saludaba lamentándose:

—¡Hija!... ¡Qué horror de domingo! Se me venía el mundo encima, no sabía qué hacer... y me dije: «¡Vámonos á casa de Celia! Me dará un *cock-tail* y fumaremos unos pitillos charlando.»

Muy moderna también, más moderna si cabe, porque había retornado á la feminidad, era bonita, muy bonita, con sus rizos rubios aéreos y alborotados formando aureola al rostro de muñeca; su cuerpo, en que se iniciaban levisimas curvas, y su traje de terciopelo *chiffon* azul oscuro, casi largo, orlado de pieles grises, como las que cercaban el cuello, que dejaba escapar largo hilo de gruesas perlas. Ya he dicho que era guapa, y añadiré que más aun en el contraste violento con la otra, «muy muñeca japonesa», una belleza nipona con ojos de ónix, rasgados y oblicuos, labios delgadísimos y pelo charolado de un negro azul que hacía valer la piel de marfil un poco amarillo.

Ya instaladas en el saloncito—paredes negras, muebles negros con maravillas chinas mezcladas con algún barroquismo Luis XIV, sedas bordadas de colores pálidos—, el *cock-tail* delante y encendido el cigarrillo, fué la visitante la que reanudó sus jeremiadas:

—¡Vaya un día, hijita! A mí lo que me pasma es que haya gentes que quieran salir en domingo.

Celia pensó con buen tino que para quien permaneciese encerrado el resto de la semana, no dejaba de tener su encanto el domingo; pero,

para que no dijese luego que eran extravagancias suyas, guardóse el comentario y se limitó á decir, llevando el genio á su amiga:

—¡Ya! ¡ya!... Gracias que yo tenía un libro nuevo...

—¡Tienes más suerte!... Yo, ni libro; así que, después de leer la paparrucha esa de Gorito Nablanc, catorce veces...

La evocación del lance debió interesar á Celia, pues sacudiendo su modorra (*cafar* (1) decía ella), hízola incorporarse, abandonando la dejadez y poniendo atención.

—Mira que Gorito un héroe—comentó con vaga ironía.

—Sí, vivir para ver...—rióse Lola con franco desgarro.

Celia evocó:

—Hija, qué cosas más raras se ven. ¿No te acuerdas, en Biarritz, el día que aquella *cocotte* se cayó al agua y que Gorito se tiró á salvarla y se puso á gritar porque se ahogaba, mientras ella, gracias á las grasas de la pintura, flotaba?...

—Pues ¿y cuando en París—corroboró la Fonseca—, en plena *tournee des Grands Ducs*, salieron unos *apaches* y Gorito se asustó tanto que si no es por Paca Campanada, que, para completar el tipo de española, llevaba la navaja en la liga, cargan... ¡hasta las perlas falsas de la Retorta!

La dueña de la casa permaneció un momento pensativa y luego murmuró nostálgica:

—Y, sin embargo, ya ves... ¡un héroe!

•••••

El acto de Gorito había sido heroico; pero no así como así, sino heroico. Al frente de un puñado de hombres, en aquella absurda y peligrosísima campaña colonial, había rechazado, ven-

(1) «Cafar», palabra empleada por los coloniales franceses para expresar el tedio, la nostalgia del país; el pueblo y el hogar, cuando están lejos. «Morriña», podríamos decir nosotros.

cido y aun hecho prisioneros, á unos miles de enemigos. ¿Cómo? Vamos á ver cómo el azar jugando sus recursos, hizo el milagro.

Hallábanse en un puesto avanzado, en un repliegue de la montaña, cuarenta ó cincuenta hombres, con sus caballos y provisiones (pocas). De un momento á otro debían llegar refuerzos, trayendo comestibles y municiones, que comenzaban á escasear también.

El lugar era malo, difícil de defender, imposible para una retirada decorosa; difícil, casi imposible, mejor dicho, para una huída. Como no cogía cerca de sus poblados ni en el camino de sus cultivos y transacciones comerciales, los rebeldes no se ocupaban de él y casi nunca, por no decir nunca, se disparaba un tiro por allí. Pero era el caso que, cuando más confiados estaban, y tal vez por lo mismo, por ser aquéllo la posición «alegre y confiada», los enemigos habían comenzado á hacer actos de presencia: primero, individualmente; luego, en núcleos compactos, y, en fin, concluyeron, con regular contingente, por instalarse allí. Lo malo era, en un principio, que su presencia y la vigilancia que establecieron hizo dificultar el aprovisionamiento, y no sólo escaseaban los proyectiles, sino las vituallas, ya que la perenne guardia, alerta siempre, impedía que nadie se alejase del núcleo de fuerzas. Según pasaban días, la cosa se agravaba y su presencia iba teniendo de todo menos de contemplativa. Así, un día, una bala certera matóles un caballo; otro, la casualidad de estar desvelado por el dolor de muelas un soldado, evitó el incendio de un depósito de provisiones; otro, en fin, como un centinela se descuidase, le pegaron un tiro que le costó un brazo.

Como las cosas iban de mal en peor, reuniéronse los oficiales para deliberar. Los refuerzos libertadores no llegaban y la situación empeoraba por días, había que resolverse por algo. La mayoría opinó que aguardar aún y procurar transmitir nuevo mensaje pidiendo socorro; algunos opinaron por una salida violenta, abrirse paso costara lo que costara; en fin, Gorito, que no pecaba de valiente, propuso que aprovechando las sombras de la noche... huyesen, dejando allí el campamento con las dos ametralladoras.

Nada resolvióse, sin embargo, aquel día, y amenazaba transcurrir el siguiente sin que tomasen una resolución, cuando Germán, un soldado muy bruto que, pese á las prohibiciones, salía á ver si pescaba algún bicha-

rraco comestible que pusiese un poco de variedad en la comida (harto escasa) de galleta y conservas, volvió alborotado y casi jubiloso, pues en su naturaleza primitiva creía que el cambio de postura era mejoría, anunciando que grandes núcleos de enemigos habían engrosado el campo contrario, debiendo aún haber más, pues se les veía coronando las lomas vecinas, como si un gran ejército fuese á acampar allí. Aquellas noticias, que á todos parecieron muy malas, junto con la falta absoluta de las de sus compatriotas, obligáronles á tomar una decisión improvisada y dolorosa. Harían como que dormían, reunirían cuanto pudieran y al amanecer realizarían lo que con amable eufemismo llamaban... «un repliegue táctico».

Mediada la noche, empezaron los preparativos; y, al fin, muy silenciosamente, tras encender hogueras que dieran la impresión del acampamiento tranquilo y confiado, emprendieron la marcha por los desfiladeros de la montaña. Complicados y laberínticos eran por allí; guía indígena no tenían, y, entre el azoramiento, el miedo (el miedo es genérico del animal, aun del humano) y el forzoso retraso sufrido en recoger cosas y encender hogueras, hizo que al empezar á amanecer se hallasen perdidos en los desfiladeros de la montaña. De improviso, cuando más cansados iban por la noche de inútil caminar, los jinetes de retaguardia dieron el

grito de alarma. ¡Les perseguían! Los enemigos, percatados de su marcha (aun no decían huída), les daban caza é iban ya á sus alcances.

¡Ahora sí que la palabra huída fué pronunciada! Había que huir, fuese como fuese, costase lo que costase. Y rompieron á galopar los que cabalgaban, á correr los que iban á pie. Claro que en aquel «¡sálvese el que pueda!», Gorito iba delante, el primero. No había nacido el hijo de su padre para morir en una emboscada, sin gloria ni provecho, ¡no faltaba más! Todavía, con reflectores de cinematógrafo, en Hollywood, comprendían morir; pero, obscuramente... Galopaba desenfrenadamente, metía las espuelas al caballo, le azotaba furioso con el látigo y le llenaba de obscuras injurias, como si el bicho pudiese entenderle. De vez en cuando, más para infundirse ánimos á sí mismo que para animar á los demás, les gritaba:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!... ¡Valor!

El día avanzaba y el horizonte comenzaba á teñirse de púrpura. La pequeña tropa galopaba á la desesperada por senderos y vericuetos, cercaba lomas, vadeaba arroyos, bordeaba abismos y en círculos inverosímiles rodeaban riscos. Detrás oían siempre el galope y los gritos de los enemigos; y el miedo, así, descaradamente, «el miedo», les prestaba alas.

Y de improviso, en el momento en que el disco del Sol aparecía rojo y enorme en el horizonte,

desembocaron galopando en la llanura... donde acampaba el ejército enemigo. Nada que hacer. Quisieron detener los corceles; pero las pobres bestias, enloquecidas por el castigo, volaban sin hacer caso de las riendas, sobre el grueso de los adversarios, que asombrados, cogidos de improviso ante aquel pelotón de valientes, al frente de los que, flotante el poncho, como un Santiago de iconografía cristiana, venía Gorito.

Aterrados, sorprendidos, sin saber qué era aquéllo ni tiempo para recoger las armas y montar á caballo, a tro pellándose unos á otros, destrozándose entre sí, sin obedecer á los caudillos, trataban de huir, tomaban por asalto los desfiladeros, se derribaban y destrozaban entre sí...

En aquel momento, las tropas salvadoras desembocaban en la planicie y, sorprendidos, maravillados, plenos de veneración por los héroes, tras copar el ejército vencido por un puñado de hombres, prorrumpieron en vitoreos.

Así fué Gorito un héroe. Estaba escrito.



(Dibujos
de
Baldrich)

ANTONIO
DE HOYOS
Y YINENT

—Y, sin embargo, ya ves... ¡un héroe!

PUEBLOS DE CASTILLA

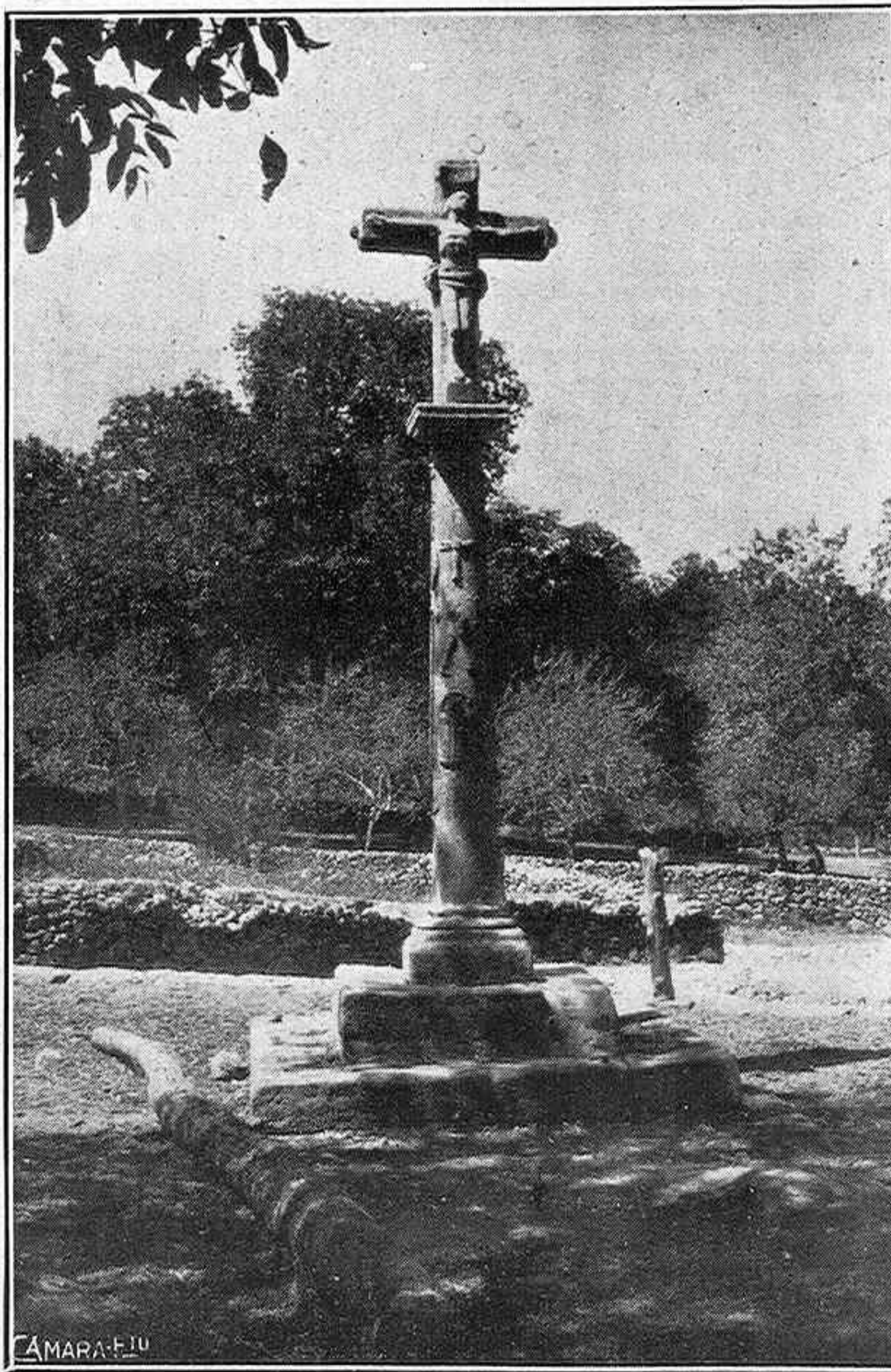
LA FE Y EL ARTE SERRANOS

NUNCA se acaba de contemplar el mar. Nunca se agota la admiración á la montaña. Estas inmensas monotonías gozan de una sorprendente virtud renovadora que no puede llamarse versatilidad, porque es sagrada y fecunda. La Naturaleza nace virginal en cada instante.

También los pueblos, los pueblos escondidos, los pueblecitos sencillos, invariables, monocordes, emiten cada día un fulgor imprevisto. Miles de ojos conocerán las curiosas intimidades de los que anidan en la salamanquina serranía del río Francia: pupilas perspicaces de arqueólogos, ceramistas, pintores, alguna vez exploraron el bello bosque de sus pintorescas tradiciones. Y, sin embargo, la feraz paradisa no se rinde. Cada día echa tallos y renuevos. El más humilde segador halla siempre que llega espigas en sazón. ¡Bendito vientre de España, el tri-guero lomazo de Castilla!

A la hora de las avemarías, como se decía año, de una abrasada tarde de Agosto, llegamos al viejo pueblo de Alberca. Empezaban las luces á querer competir con las estrellas. Nubes de bochorno volaban lentas hacia lo alto, empujadas por frescas brisas que en oleadas venían de los húmedos huertos. Bullicios y rumores surgían del apretado caserío. Muchedumbre de sugerencias brotaba de cada aspecto de las cosas. Cientos de minucias encantadoras nos salían al paso pidiendo una glosa ó una interpretación.

La sombra de la noche estival, dormida bajo los castañares cercanos; la sonoridad de los rumores, templada como en una bigornia, en los negros empedrados y paramentos de las calles; la estampa de romance de un serrano que corta la nocturna plaza con su perfil gallardo, filo y vértice del mejor acero de la raza... Cuando el sueño nos cerró los ojos, guardaban impresiones para llenar un libro. Lo mejor de la fiesta es la víspera, y por las vísperas se conocen los santos. Y es-



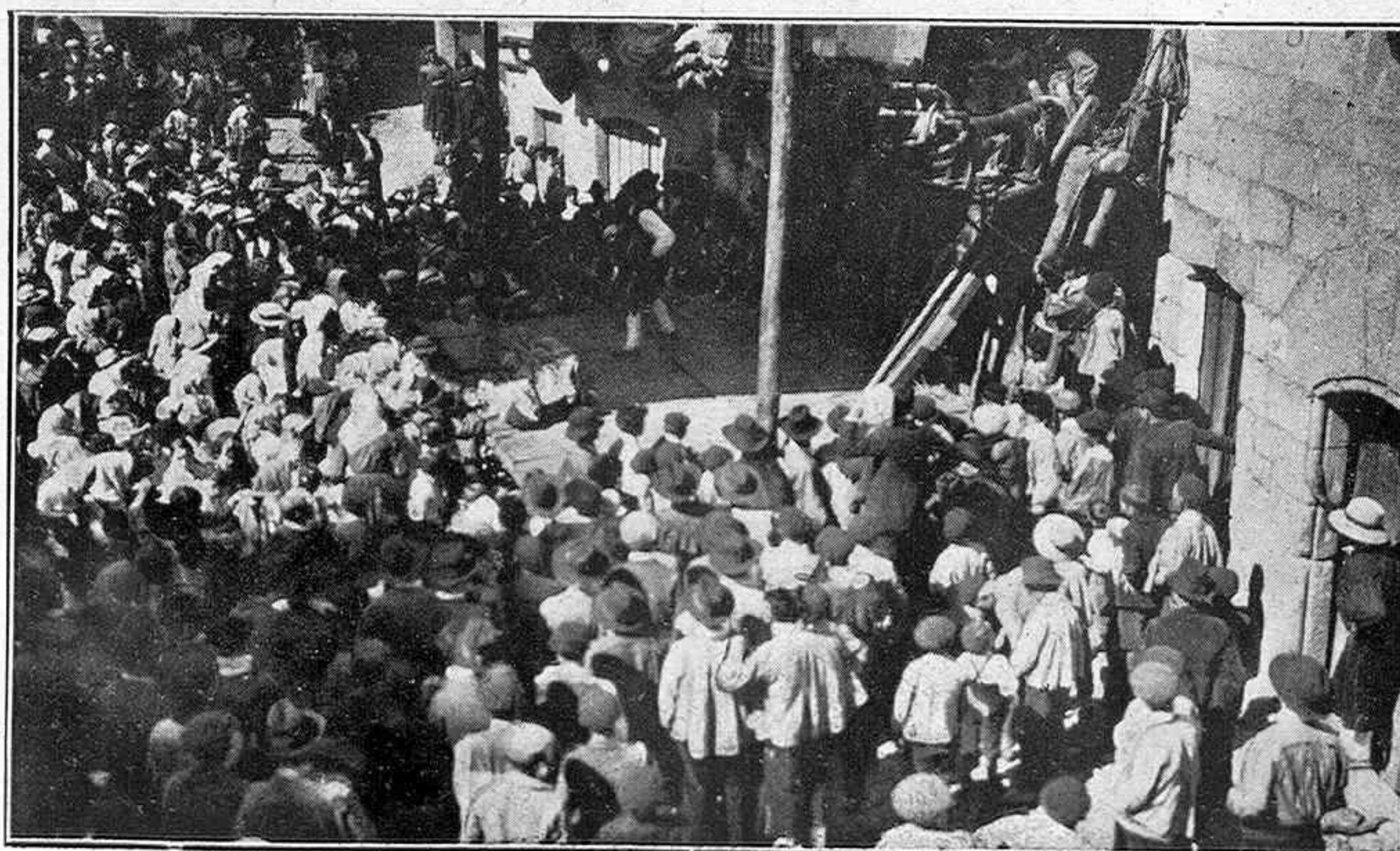
Cruz de granito á la entrada del pueblo. Tiene esculpidos los atributos de la Pasión

te día era víspera de la Virgen de Agosto, Nuestra Señora de la Asunción, Patrona del lugar. Famosas fiestas de la serranía, ritos tradicionales, inauditas farsas dramáticas, rudas competencias en la plaza pública. Aún conserva fuego suficiente para todas estas inquietudes la sangre que hace diez siglos ardía en luchas de raza ó de estirpe. Pero la huella más honda que

imprimió el pasado en estos buenos serranos fué la fe, las raíces del sentimiento religioso hechas tronco y flor visibles, pero sobre todo devanadas alrededor de sus almas, como las de esos fuertes robles de las cumbres que aprietan la roca en que nacen, cual una zarpa su presa. Llena está de indudables pruebas la tradición (más veraz, más expresiva quizá que la propia historia). Pero aquí mismo, ahora mismo, ante nuestros ojos de viajero, al recorrer pueblos, caminos y andurriales, van desfilando, señeras y múltiples, cruces de leño, cruces de piedra, osarios, calvarios, ermitas, retablos y torres, lentos sonos de bronce, claros ó densos tañidos, la esquilita que clama al anochecer, de calle en calle, pidiendo una salve por los que se hallen en pecado mortal; la lámpara que luce apenas, embutida en el muro de la capilla de las ánimas...

Regada de vestigios de la fe está la comarca. Como abunda el granito, esta fe ha quedado tallada en la materia que mejor evidencia su firmeza y perennidad: la roca. Cruces de roca en los caminos, sobre las paredes de los prados, á la entrada de las aldeas, en las confluencias de las calles. Cruces de piedra en los altos —maravillosa evocación del Calvario donde Jesús agonizó: una cruz alta, sublime, entre dos miserias—. Cruces de piedra en las ermitas y los camposantos—estas ermitas y estos camposantos aldeanos, cuya paz y silencio, una vez sentidos, habremos ya de anhelarlos siempre—. Y sillares de granito para erigir sus iglesias, para levantar los torreones de los campanarios, recios é inexpugnables, como castillos, á un tiempo templo donde loar al Señor y muralla para defenderle.

Aunque no les fueran muy necesarios: en los pechos creyentes llevan ámbito y fortaleza para lo uno y para lo otro. Quizá un poco ruda é inconsciente esa fe, pero vigorosa, obstinada; gustosa de sentir-



Tablado alzado frente á la iglesia para representar la Loa. En primer término se ve el dragón; en escena, el pastorcillo

se y de verse, un tanto amiga de ostentaciones y de estruendos. Así son de bullangueras y sonadas sus prácticas religiosas.

Amanece el día de la fiesta entre explosiones de fervor y de pólvora. Misa mayor de insuperable solemnidad. Tronada de cohetes en el atrio, lumbrarada de centellas en los altares y hacheros, llores del órgano y los cantores, vehementes jaculatorias del predicador, embohada atención de la nutrida feligresía. El calor del Agosto se amasa con el vaho de los cuerpos desprendiendo un narcótico de somnolencias que añade al acto laxitud y compunción. No es este bello púlpito de piedra que ofrece esculpidas las efigies de los apóstoles el que consagró San Vicente Ferrer en 1412, con la sugestión de su palabra; ni esta casulla que ahora oficia, la de hilo de oro tejido sobre raso carmesí, hecha de un balandrán que regaló á la parroquia el rey don Juan al visitarla en 1445 (ya que sólo se usaba en la noches de Navidad..., y va para un siglo). Si las cosas son percederas, las creencias se conservan en toda su arrogancia. Y con toda su aparatosidad.

Acabada la soberana misa, síguele el Ofertorio, espectáculo sin parecido que tiene efecto al aire libre en la plaza del Concejo, adonde es conducida la bendita Virgen en amorosa y bulliciosa procesión. Puesta bajo los soportales, abierto campo entre la multitud anhelante, sacerdotes, autoridades, penitentes descalzos y hombres de pro avanzan por turnos. Y entre humilladas genuflexiones y á compás de un aire gozoso de flauta y tamboril, van dejando su dádiva en la bendita bandeja del altarcillo.

La magnífica luz del día, el preñado silencio y expectación de la multitud, el digno talante de estos hombres, la prestancia de sus capas talarés que les da aspecto de secta austera ó rústica Orden de caballeros cristianos, hacen del Ofertorio la escena más henchida de fervor y adornada de belleza que cabe imaginar.

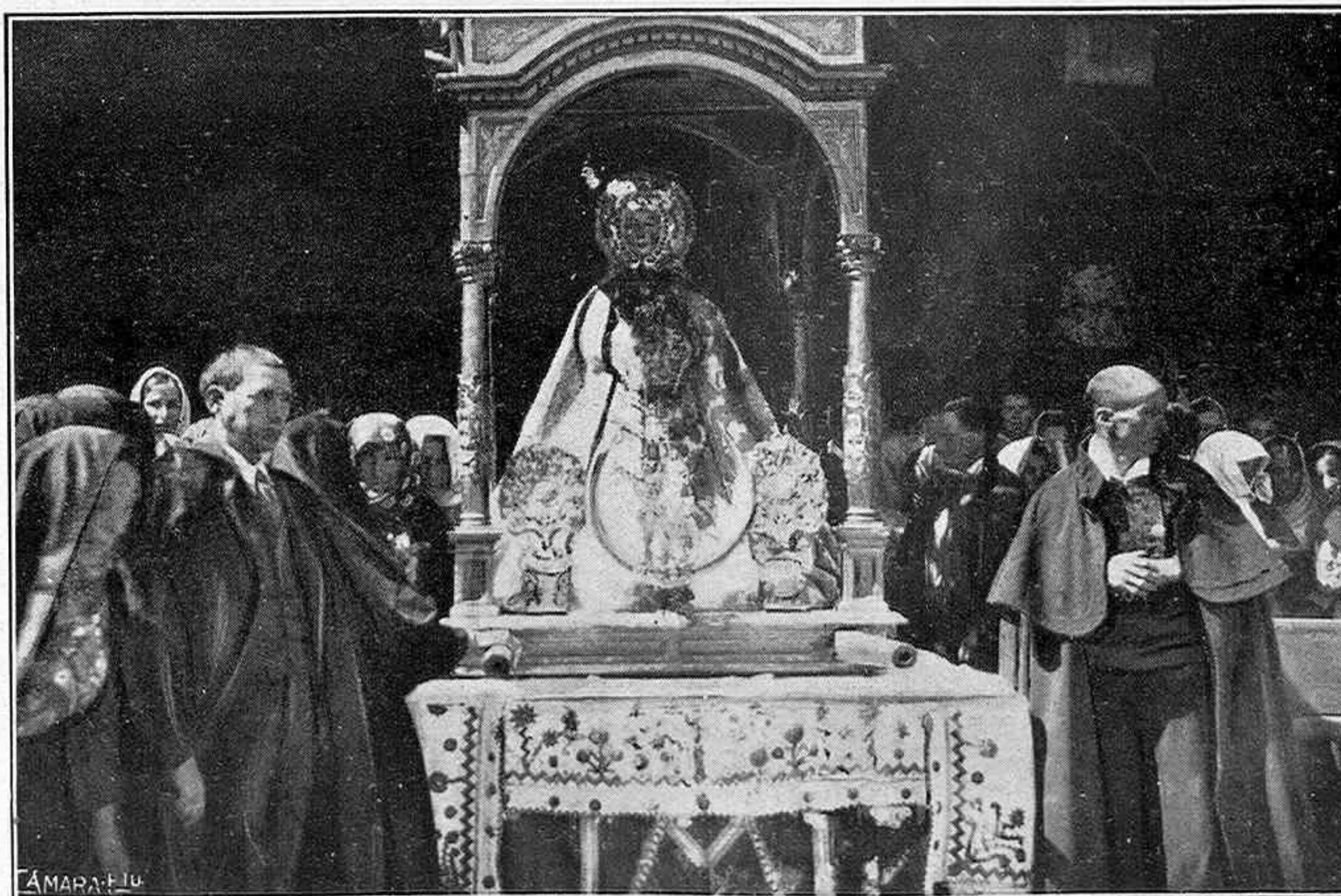
No falta para remate alguna escena risueña. He aquí que surge una infantil comparsa de danzadores. Ocho niñas y un niño de apenas diez años concurren á declamar su fervor. El niño, bufón, «gracioso», luce desparrajos, ropas de arlequín, una vejiga inflada colgada de la rabadilla y otra de un palo, para sacudir á los intrusos. Plantado ante la Virgen, suelta su «relación», de tono burlesco, naturalmente. Luego va á buscar á las danzadoras, una tras otra, y las trae á primera fila, andando á paso de baile (que es el que llevan imperturbablemente durante los días de las fiestas); la acompaña mientras ella dice á la imagen su candoroso relato, y la devuelve á su puesto tejiendo un zis-zás



Grupo infantil de danzadores



Púlpito de piedra, que ha substituído al que honró San Vicente Ferrer



La Virgen de la Asunción.—Mayordomos y devotos, al comenzar el Ofertorio (Fots. Ansedé y Juanes)

por entre las otras que han permanecido sonando las castañuelas. Bailan las chiquillitas que es un primor: parecen mujercitas diminutas. Y terminan su exhibición «echando un paleo».

A cada invocación ó letrilla recitadas con los ademanes propios de la declamación pueblerina, el auditorio prorrumpe en grandes vítores y aclamaciones, disparando cohetes y chafando sombreros contra el suelo: «¡Bien, coine, bien!»

Colores gayos, danzas primitivas, versos de sonsonete, romances de juglaría...; paradigma de ingenua fe y lección de arte popular.

Al despertar del siguiente día, la fe cambia de ropa: el sainete se trueca en farsa dramática. A las diez de la mañana comienza la Loa, también bajo el sol, sobre un tinglado alzado frente al atrio de la iglesia. Cuatro vigas, veinte tablas, unos cuantos lienzos repieizados y sogas anudadas: he aquí todo. El público se sitúa esparcido por ventanas, balcones, escalinatas ó en sillas y banquetas que cada cual porteó, y hasta cabalgando—los mozos—en las vigas del escenario, y gateando por el propio escenario niñitos que cansaban los brazos de sus madres. Encanta la sencillez del artificio.

Comienza la alegoría. Sobre el tablado avanza un hombre vestido y encapuchado con crujientes zaleas corcusidas. Anda de costado, á grandes zancos, mirando de soslayo. Vocifera, reniega. Es Lucifer. Llega en menoscabo del sublime misterio de la Asunción. Se acompaña de un dragón pavoroso capaz de vomitar atronadores fuegos sulfurosos por las siete cabezas. Unos pastorcillos de égloga pónense á platicar, incautos y risueños, de la suma bondad y maternal dulzura de la Virgen. Entonces, la demoníaca envidia, que acechaba, irrumpe, arremete, abate á los tiernos batilos. Esta es la ocasión de que un ángel blanco—niña rubia, á ser posible—brote como un lirio y ahuyente con el

perfume de su candor, no con su inútil espada de papel de plata, las triunfadoras asechanzas.

Pero el demonio es contumaz. Y aún reaparece más tarde, descolgándose desde lo alto á lomos del fumífero dragón que, atado con una cuerda, resbala por un plano inclinado, entre tufaradas, estruendos y escupitajos de brasas. De momento no queda un cristiano en las proximidades. El mismito diablo ha de ampararse de los fogonazos y se estremece con los estampidos. Burdo mito, tramoya ingenua.

Pero la gran fe sigue intacta, á prueba de simplicidad.

Envidiable ventura la de unas almas capaces de vislumbrar lo invisible á través de tan toscos cristales.

M. MARTIN AGACIR



E S P E J O S

Espejos, sólo espejos, debiéramos de ser; agua serena, en cuyo fondo transparente el mundo se reflejara íntegro; igual que esos arroyos que serpean humildes entre el césped de los huertos recónditos, lo mismo; humildes y leales para todo y con todos, que ellos, líricos, recogen en el claro cristal de su corriente, retratándolas iguales que ellas son, todas las cosas del Universo: nubes, pájaros, frondas...; todo lo que vuela y también lo que sujeto permanece á la tierra.

Si á mí me hubieran dicho cuando nació: «¿Qué quieres ser en la vida, di?» «¿Yo? Agua serena», hubiera respondido.

¡Hermosura del agua, que en su cauce retrata, sin temblores, el paisaje que en torno de ella vive deslumbrante de luz! Ser agua pura; tener el alma siempre presta á la comprensión, nunca enturbiada por los posos del odio, que nos hacen ver lo que nos rodea de otro modo distinto á como es.

Parábola sublime la del agua de esos limpios arroyos que entre el césped ondulan siempre mansos, ajenos á la ira del mar. Ellos nos dicen, con su voz sosegada, que en el mundo la verdad es el germen inmarchito de todas las pasiones trascendentes del hombre. La verdad, la verdad: he aquí la fuerza pujante é inmarcesible para alcanzar el triunfo.

Introducirnos en el alma, hasta el fondo, lo que vemos, es triunfar de la vida;

quien más hondo se mete en el espíritu lo que ve, es el más fuerte. El mar tendrá sus olas y sus vientos, su fuerza tremebunda, para abatir navios; mas no tiene la pura, la consciente serenidad del agua que murmura humilde entre la hierba, de ese agua que en el seno de su cauce refleja eternamente las cosas de la vida tal como Dios las hizo, sin variarlas de forma ni de esencia.

El mar es ira, incomprensión; su entraña es oscura; en el mar, por sus continuos y tremantes furoros, nunca entra un rayo de sol; el agua, en cambio, que discurre serena, es claridad fecunda; lo que observa, se lo mete muy hondo, lo comprende.

Yo, cuantas veces víme retratado en el lírico espejo silencioso de estas aguas, me he dicho: No me mienten; así, cual ellas, fieles, me reflejan, soy yo. Y he recordado los ojos de mi madre, igual que ellas de puros y tranquilos. Ojos de claridad, leales ojos en que yo me veía como era.

La verdad, la verdad; ojos benditos hechos de luz, de amor, siempre propensos á comprenderlo todo...

Espejos, sólo espejos, debiéramos de ser; agua serena, en cuyo fondo transparente el mundo se contemplara íntegro.

FERNANDO LOPEZ MARTIN

(Fot. Cámara)

EL ARTE TEATRAL DE ORIENTE

UNA COMPAÑÍA JAPONESA EN PARÍS

HACE ya muchos años logró excelente éxito en París, y no tan bueno en Madrid, una famosísima actriz japonesa, extraordinaria trágica que, no obstante su idioma, tan distinto del nuestro, conseguía con sus aptitudes, sus entonaciones y sus gestos no sólo emocionar, sino hacerse comprender por las gentes occidentales.

Aquel ensayo no había tenido continuación hasta ahora, tal vez porque no había surgido en el teatro del Japón ninguna figura igualmente extraordinaria y digna de ser conocida fuera de su país; pero ahora la tiene, y muy interesante, gracias á un empresario audaz que ha llevado á París no una actriz más ó menos ilustre, sino una Compañía dramática completa, que puede dar una idea infinitamente más exacta de lo que es el teatro japonés en el momento actual. A pesar de todas las influencias occidentales, que han transformado muy profundamente casi toda la vida japonesa, el teatro del Japón tiene aún una inmensa riqueza de elementos exóticos, y ellos, unidos á las interpretaciones, fogosísimas siempre—como lo eran las viejas interpretaciones de nuestro teatro clásico—cuando se trata de temas dramáticos, da mucho interés á la serie de representaciones que en el Teatro Pigalle está dando la Compañía japonesa.

El momento, además, es propicio en París



Vista exterior del nuevo teatro de Tokio, «Tokio Gekijo», destinado ahora á cinematógrafo

para el arte oriental; en la población flotante estable (valga la aparente paradoja de la frase) hay ahora un enorme número de japoneses y chinos, y, por otra parte, el famoso Foujita, el gran pintor japonés, que precisamente ha sido ahora piloto en la capital francesa de los actores de su tierra, puso de moda el arte y los artistas japoneses.

El director de la Compañía, estrella de primera magnitud en la escena japonesa, es Tokujiro Tsun-Tsin, que conserva cuidadosamente las tradiciones de la dramaturgia japonesa clásica

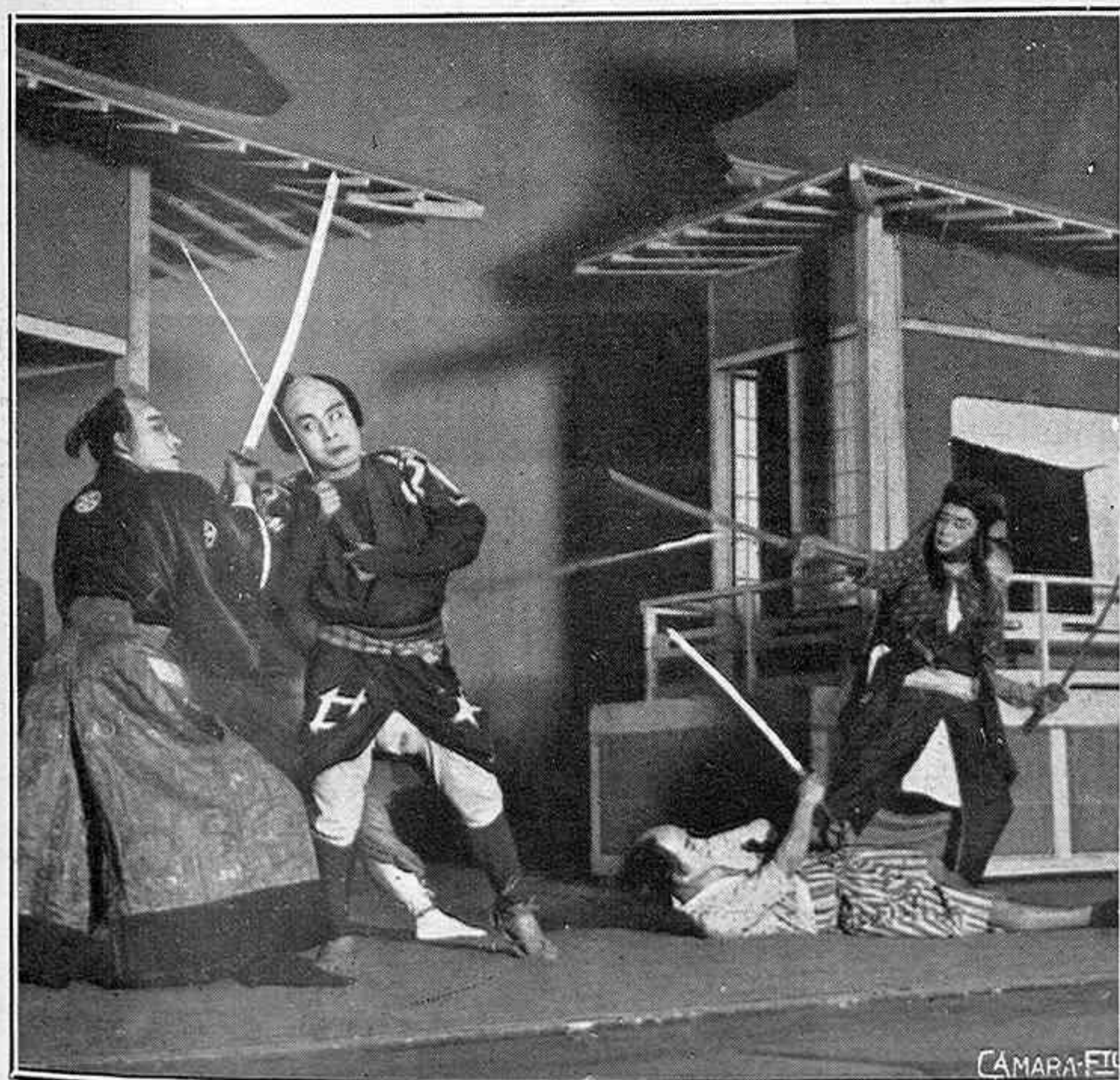
y, sobre todo, de las ardientes interpretaciones de los momentos trágicos, que en ella abundaban extraordinariamente.

Esos momentos culminan en una gran parte del repertorio de los artistas que ahora actúan en el Teatro Pigalle, y en el que hay dos modalidades distintas: los dramas y las comedias, muy diferente en su esencia, y que dan también ocasión para dos modos de interpretación completamente distintos: la más encantadora é inocente sencillez en las comedias y la más ardiente pasión en los dramas. Hasta tal punto esas interpretaciones difieren, que los actores, siendo los mismos, parecen absolutamente antitéticos.

El efecto producido en el público de París por la Compañía japonesa ha sido excelente, y aunque en él hayan puesto mucho las bellezas exóticas

de la indumentaria y de la *mise en scène*, puramente orientales, no puede negarse que también la literatura y la interpretación, el arte de los cómicos japoneses, es realmente admirable y parece directamente inspirado en la manera de hacer de aquella gran artista á quien aplaudimos hace algunos años.

Ha sido, pues, una feliz idea la de llevar á París la Compañía japonesa, que, sobre dejar una gratísima y profunda emoción, ha hecho conocer las características del teatro japonés contemporáneo.



Dos escenas típicas del repertorio japonés, tal como las representa ahora la Compañía que actúa en el Teatro Pigalle, de París



«Fiesta campestre», cuadro de Teniers,
que se conserva en el Museo del Prado

EL NUEVO FEMINISMO PROMOCIÓN DE LA MUJER

UN CAMBIO DE PAPELES

LUCIEN Romier, uno de los talentos más fértiles, juveniles y vastos de que puede ufanarse Francia—gran periodista, que remozó *Le Figaro*; gran economista, que coadyuvó á la estabilización monetaria de Poincaré; gran historiador, que investigó el ciclo preciosista de Port Royal; gran ensayista, que dió normas, aprovechadas, pero inconfesadas, en *Los temas de nuestro tiempo*—acaba de lanzar un libro, *Promotion de la femme*, donde estudia la posición del nuevo feminismo.

Para el fino polígrafo, el acceso de la mujer á las profesiones y oficios, hasta ahora monopolio del hombre, no sólo es un avance económico, sino una promoción á la libertad y á la autoridad. En esta *Promoción de la mujer* á la independencia social y al respeto público está la entraña del feminismo nuevo. Porque, por lo demás, en todo lo tocante á intelecto y á espíritu, cada sexo permanece inmutable. El hombre es una esencia romántica, entusiasta é idealista, y la mujer es práctica, modesta, enemiga de todo extremo pasional.



LA SEÑORITA CLARA CAMPOAMOR
Abogado

Hay, pues, un cambio de papeles. Porque hasta ahora prevalecía lo contrario. Todo gesto romántico, apasionado y soñador se le colgaba á la mujer. Y viceversa; todo practicismo, al hombre.

No hay duda de que, al advenir la mujer á sus nuevas funciones en oficios, empleos y estudios, adquiere cierta nota utilitarista; de que su independencia económica le chafa un poco el antiguo penacho de soñadora. Y tampoco cabe dudar que el hombre, al compartir con ella el pan y la sal, se eleva sobre las miserias hegemónicas, adquiriendo, á su vez, un tono hidalgo, desinteresado é idealista.

LA MEDIA NARANJA

Se ha reprochado á la mujer su excesiva imitación del hombre: el traje, los modales, la silueta. Y al hombre, su demasiada analogía con la mujer; atildamiento, suavidad. Al cabo de veinte años, es realidad la paradoja de Otto Weininger, en *Sexo y carácter*: «No existe hombre completo ni mujer completa. Cada hombre tiene algo de mujer; cada mujer, algo de hombre». En resumidas cuentas, la teoría de Platón en *El Banquete*. Que los dioses, viendo que los hombres iban á asaltar el Olimpo, decidieron «partirlos por el eje», en dos mitades ó dos sexos: hembra y varón. Desde entonces, cada mitad busca su otra mitad correspondiente. Cada ser humano, su «media naranja».

Pero esto, que ha servido en fisiología para que Freud—copiando á Weininger, que copia-



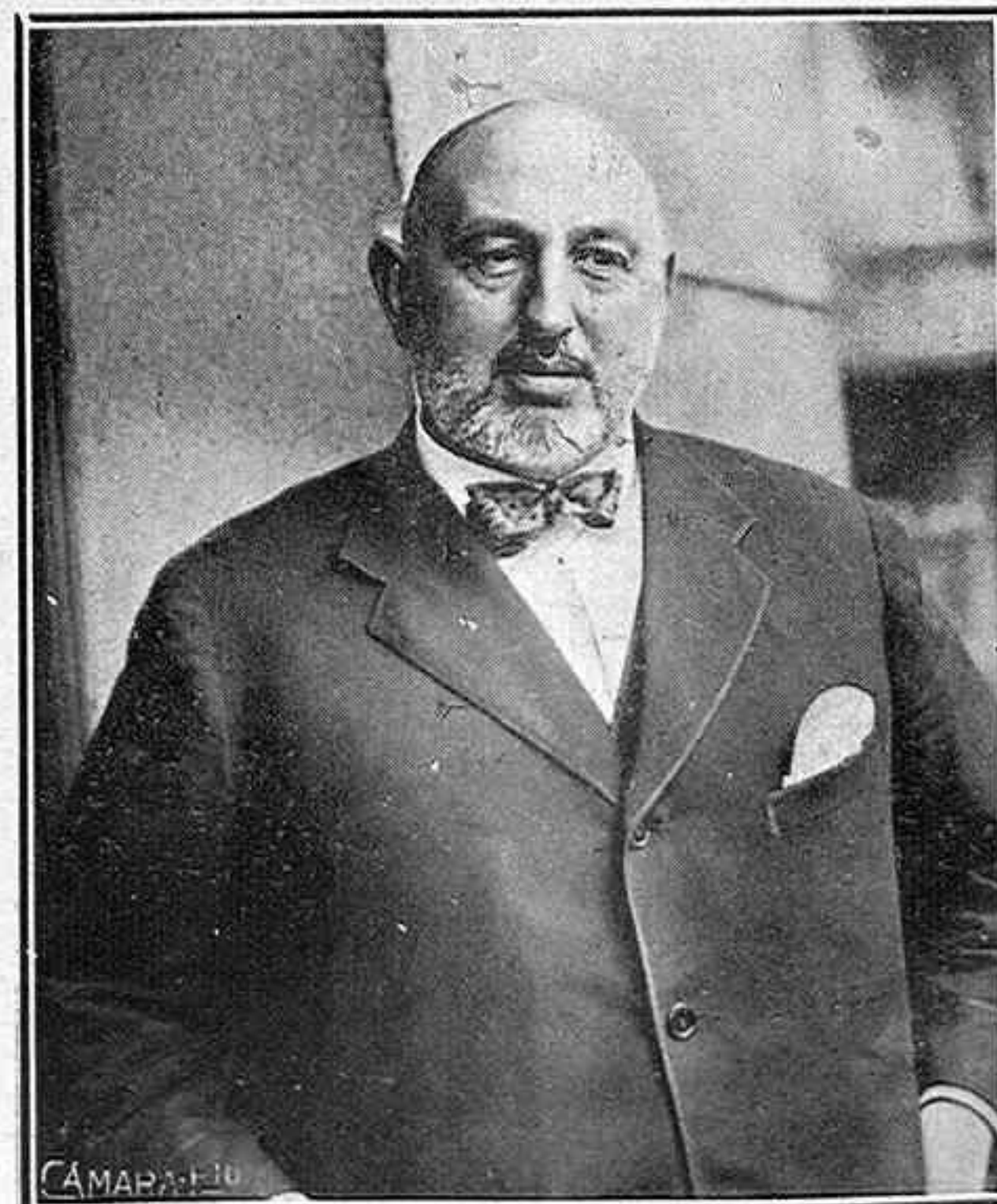
LA SEÑORA VIZCONDESA DE LLANTENO

ba á Platón—montase su óptimo tráfico de la Psicoanálisis, no ha servido absolutamente para nada en Política, ni en Sociología, ni en Derecho. La media naranja sexual es un hecho incontrovertible. Pero la media naranja ministerial, ó edilicia, ó corporativa, es un mito. El hombre sigue monopolizando los ministerios, los Parlamentos, los municipios, los gremios, con raras y sabidas excepciones, ahora como antes.

SÓLO PARA HOMBRES

Es más: los ensayos realizados no pueden ser más lamentables. La ministra inglesa Margarita Bonfield sale á fracaso por día. La embajadora bolchevique, hermana de Trostky, es fulminantemente relevada. Y, en plano mucho más modesto, pero más susceptible de control, ¿qué labor eficaz dejaron en los municipios las ochenta y tantas concejales, sembradas á boleo por la Dictadura, á toque de bombo y tambor? Entre las varias alcaldesas que actuaron durante «los seis años incuos», ¿hubo siquiera una cuya obra merezca la gratitud popular?

Todas, alcaldesas y concejales, mostraron, sin duda, buenos propósitos. Algunas hasta se lanzaron en los primeros días á presentar mociones. Pero fué espuma de cerveza. Pasados los primeros ímpetus, llegó, con la desilusión, el apartamiento. Poco tiempo después, las sesiones se celebraban «sólo para hombres». Los pro-



DON ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

blemas municipales, como ciertas comedias y películas, no son «aptas para señoras».

Y esto, ¿por qué? ¿Acaso no son temas genuinamente femeninos las subsistencias, la vivienda, la escuela?

DEL FRÍO AL FUEGO

Días atrás, la sagacidad de Ossorio y Gallardo, gran atalaya de horizontes políticos y sociales, ahondaba en la cuestión, diciendo:

—Lo que más perjudicaría á las mujeres sería que un mal intencionado, ó un humorista, las hiciera pasar repentinamente de la máxima sujeción al desbordamiento absoluto de la voluntad. Sin una preparación gradual, sin educar para la nueva vida, de modo simultáneo, á hombres y mujeres, las reivindicaciones femeninas irán fácilmente al fracaso, llevadas á él por la indiferencia, por la impotencia ó por el ridículo.

¿No habrá habido algo de esto en la actuación de alcaldesas y concejales dictatoriales? Probablemente muchas de ellas tenían tanta buena fe como escasa preparación. Y aun las



LA SEÑORITA PILAR CAREAGA
Ingeniero

mejor preparadas, intelectualmente, carecían de experiencia política. Pasaron, pues, del frío al fuego en un riesgo mortal de necesidad. Ossorio, como Lucien Romier, establece «la promoción de la mujer» gradualmente, por jornadas.

Primera.—Consolidación de lo ya conquistado. Aunque haya algunas mejoras prematuras, ya no cabe retroceder. En el orden de las libertades, quien vuelve atrás la vista, fatalmente tropieza y cae.

Segunda.—Derechos civiles.

Tercera.—Derechos profesionales.

Cuarta.—Derechos políticos para solteras y viudas.

Quinta.—Derechos políticos para casadas.

Y en efecto, la promoción de la mujer á una mayor libertad y una mayor autoridad, que la igualen política y socialmente con el hombre, ha de ser precedida necesariamente de una igualdad jurídica. Porque, como señala atinadamente el agudo político, «no tiene sentido que las mujeres sean concejales ó diputados mientras les está vedado gobernar sus bienes, pertenecer al consejo de familia y ser testigos de un testamento».

Ahora que yo, tratándose de mujeres, no diría «concejales y diputados», sino concejales y diputadas. Como digo generalas y coronelas. Y médicas y farmacéuticas. Y loteras y zapateras. Y, naturalmente, abogadas, como todo el mundo. Porque nadie ha dicho, ni dice, ni dirá que Santa Rita es «abogado» de los imposibles.

CRISTÓBAL DE CASTRO

¿OTRA VEZ LA GUERRA? MUSSOLINI AMENAZADOR



Mussolini arengando en Milán á las milicias fascistas y á los representantes de las colonias fascistas del Extranjero

MUSSOLINI ocupa una vez más el centro del mundo; todas las miradas se vuelven á él, todos los oídos espían sus palabras y, á medida que las pronuncia más altaneras, más amenazadoras podríamos decir, los ceños, allende las fronteras de Italia, se fruncen, mientras los puños se crispan. Es que la voz airada del

duce ha despertado á la siniestra corneja, y la paz espiritual falta, en previsión de que, ¡otra vez!, pueda derrumbarse al abismo insondable de la guerra la paz material.

Los más optimistas piensan que la amenaza es una *finta* con finalidades de política interior: tiro por elevación; los más prudentes, y desde

luego los más previsores, piensan en las milicias del fascio y en el entusiasmo que en ellas despertaron siempre las palabras belicosas del dictador italiano.

Su actitud actual trae á la memoria una frase famosa de Napoleón... Confiemos, sin embargo, en que al fin se impondrán la serenidad y la cordura.



Dos conmemoraciones de la «marcha sobre Roma» que dió el poder al actual dictador de Italia

EL ARTE DE HOY

J O A Q U I N M I R

Las barbas espesas, duras, borrascosas, invasoras del rostro, cuya piel tornaron de caoba luciente el aire y el sol, pintándola muchos días, mientras los ojos menudos, penetrantes, de extraña potencialidad lumínica interior, absorbían la Naturaleza libre. Los ademanes bruscos, prontos al manoteo de la cólera y al temblequeo de la risa feliz. La parla franca, ruda, salpicada de tacos castizos, salida á borbotones densos, como el color puro que sus dedos hacen brotar del tubo de estaño. La traza sin sumisión á los atavíos ajenos, sostenida á lo largo del tiempo rebelde á los detalles transitorios, que también hacen pasar de moda los retratos de hombre en sus distintas épocas. Traza de campesino que cultiva en el paisaje las formas y las horas para obtener cosechas de pintura. De caminante por riberas fluviales y montes soleados.

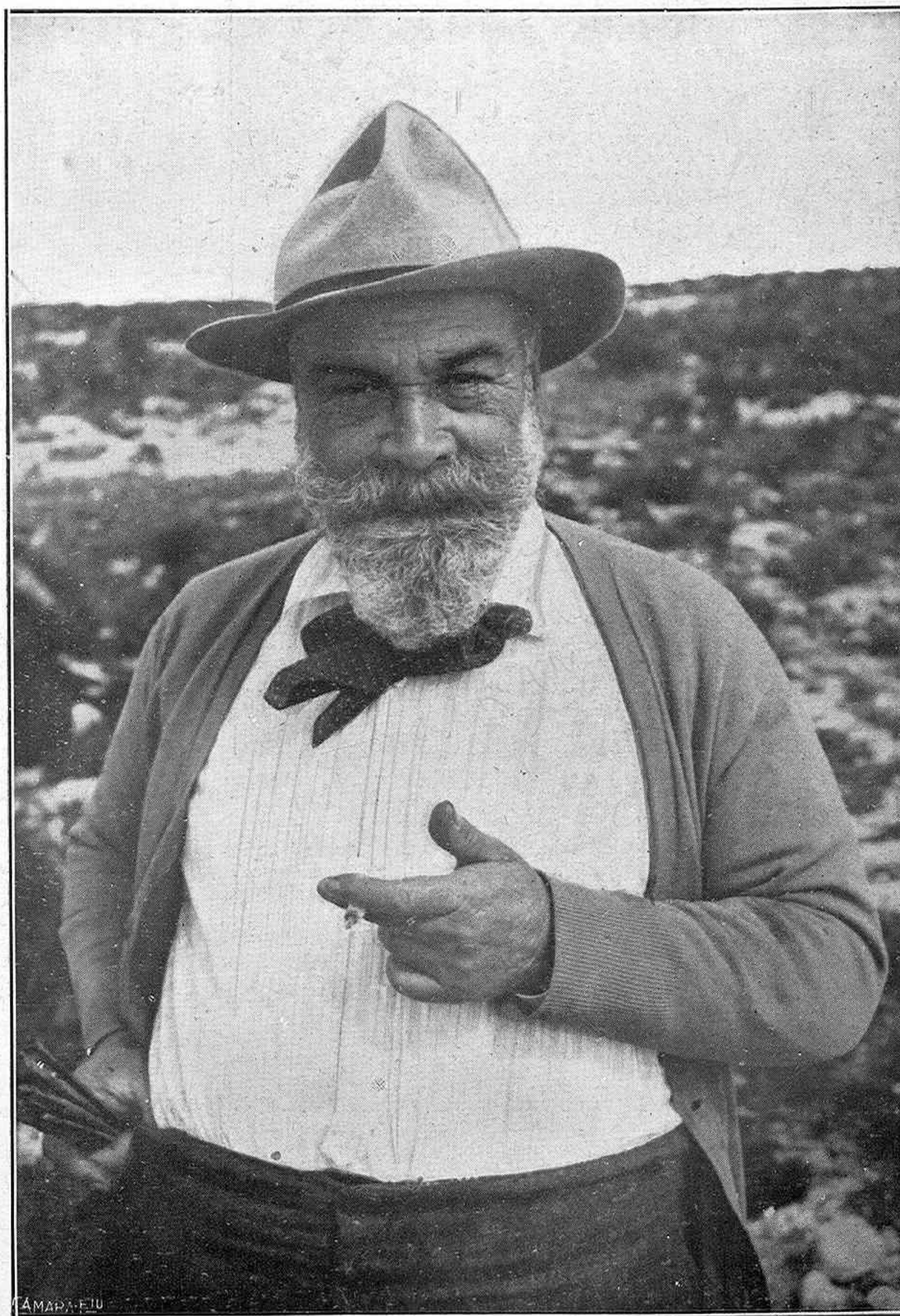
Aun en su *auto* propio, de señor, se mete con el garrote y el sombrerillo de vagabundo, y la americana que conoce la hierba de los prados, los pellizcos de las zarzas y se destiñó bajo las lumbraradas cenitales.

Tiene aspecto de marino, de masovero, de cazador, de filibustero, de pastor, de ingeniero agrónomo enamorado de su profesión. Y es un poco de todo esto, por como la vida rústica, sin puertas ni techos, le atrae cada día, alejándole de las urbes y los artificios ciudadanos.

Hombre más dado al paisaje no creo pueda ponerse delante. No es él, ciertamente, de los pintores que inventan los motivos de aire libre en la confiada clausura del estudio. Ni tampoco de aquellos á quienes parece bastar el apuntito ligero, tomado en una excursión de media hora, para luego ampliar al cuadro de muchos días, entre cuatro paredes.

Todo en él respira el hálito directo de los cielos, la tierra y el mar. Sus pulmones y sus telas. Todo en él está saturado de campiña, marisma y sol: la voz, la calva, las ropas, los gestos, las pinceladas. Y la nostalgia impaciente que le corroe por partir, por escaparse, durante las breves pausas de la noche y de la casa y del hotel, en Barcelona ó Madrid, cuando ha de vigilar los tesoros cosechados con la alegría del trabajo sin esfuerzo.

Pastor de nubes, cazador de reflejos y contraluces, agrónomo que rotula con el pincel, marino ávido de horizontes, masovero que extiende cada mañana sus paseos por dominios infinitos,



JOAQUIN MIR
Maestro de la pintura de paisaje en España

y transforma por milagro del arte las tierras que los demás no saben ver. Y también, entre dos árboles, ó desde una altura, dispara sus tubos de color, para vencer á los rayos de Helios, señor indiscutido por las gentes que se encorvan sobre la tierra ó huyen acobardados de su fulgor tiránico.

Así es Joaquín Mir, que hasta en la eufonía del nombre tiene la doble agudeza, corta y vibrante, de sus íes, como un grito de golondrina ebria de azul y amiga de los vuelos largos...

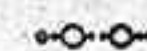
¡Qué ejemplo de fervor latente, sin fatiga ni concesiones, este de Joaquín Mir, en medio de los treinta y cinco, de los cuarenta años de pintura española, tan turbulenta, tan caótica, que le ha tocado vivir!

Muy detrás en el tiempo, muy guardados allá, en su casa de Villanueva y Geltrú, que empieza á ser museo de mañana y será Meca del arte

catalán, quedan unos cuadros de figura, de interiores; pero en seguida, y para siempre, la obra entera de Mir se lanzó al júbilo selvático vagabundo, marinero, montañés, del hombre embrujado divinamente por las deidades rústicas.

Joaquín Mir es el paisajista íntegro, insaciable, incontenible. Necesita alimentarse cotidianamente de colores, aromas y espacios vivos en la luz. Conoce los nombres de las cosas palpitantes que los naturalistas, los labriegos y los rabadanes aprendieron por motivos diferentes. Habla él con las gentes sencillas, de pueblo ó de montaña, y las gentes sencillas le comprenden. Pinta él para su íntimo placer, y las gentes complicadas, supercivilizadas, le comprenden también y aman sumergirse en ese baño limpio, fresco y feérico que es su arte.

(Así, él mismo se metía en el agua de prodigio lumínico, que forman las calas y las cuevas de Mallorca, en otro tiempo, jornadas enteras para, desnudo, barbudo y fuerte como un tritón joven, pintar las bóvedas, los muros chorreantes y polícromos.)

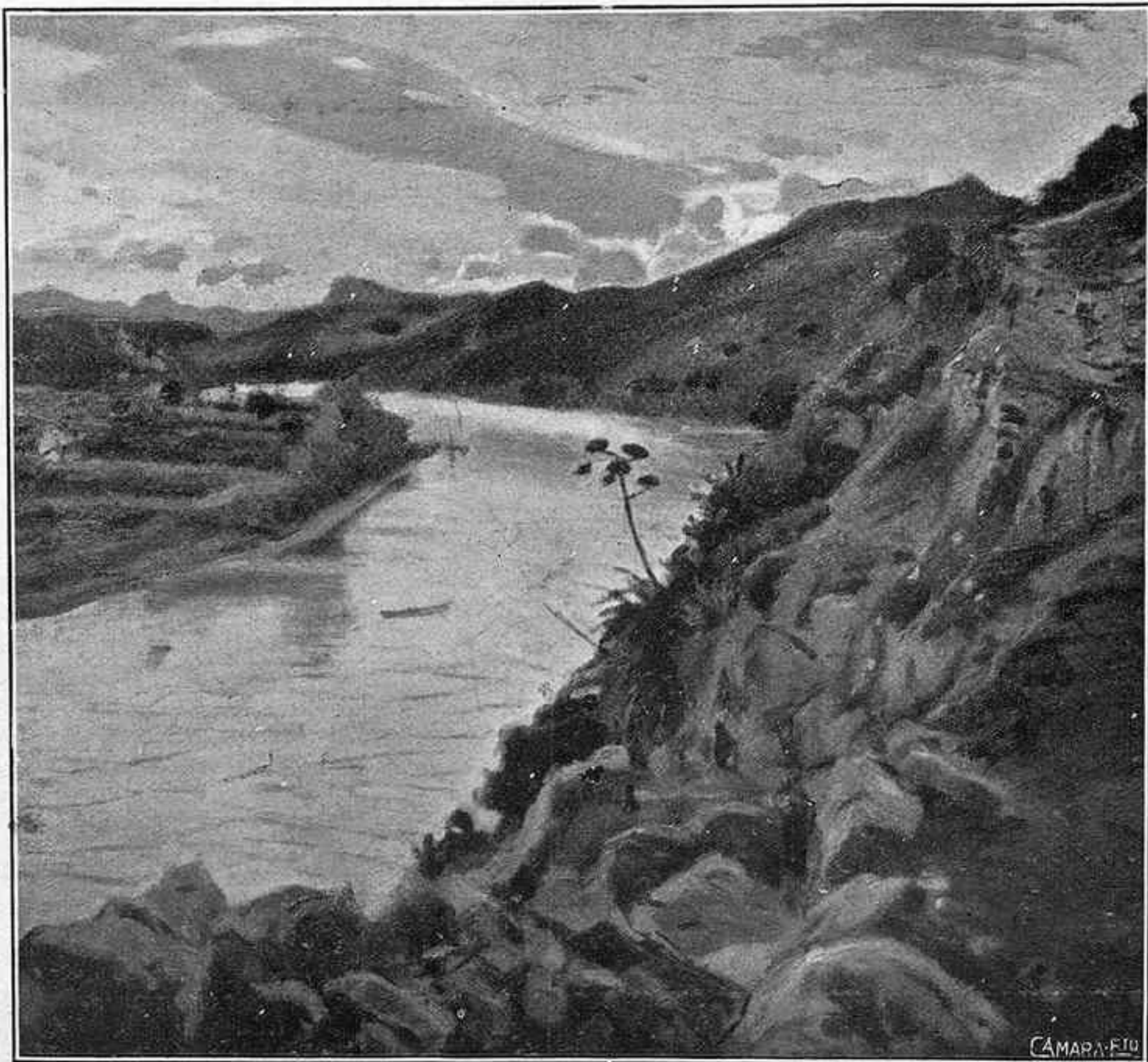


Joaquín Mir, antes de enviar á la Exposición Nacional sus tres cuadros *Noviembre*, *Pueblo sobre el Ebro* y *Fantasia del Ebro*, que constituyen insuperable didascalia del arte de pintar paisajes, ha expuesto en la Sala Parés, de Barcelona, una serie de cuarenta cuadros, á la que pertenecen los tres mencionados.

Acaso más que nunca ha podido apreciarse ahora cómo Joaquín Mir al-

canza la plenitud estética pareja de la plenitud física, la plenitud sentimental y sensitiva, realizada por la plenitud en la sabiduría técnica. Primero en Barcelona, ante un conjunto espléndido, y luego en Madrid, frente á tres obras certeramente elegidas de ese conjunto, nos llamamos en presencia de la más cabal madurez de un gran artista, expresada de manera elocuente, sobria, con una profundidad y una solidez constructiva que ni los habituales maesepeparos podrán negar. La exposición de Joaquín Mir en el Salón Parés ha dotado á la historia del paisismo pictórico de un nuevo pueblo español tentador para los artistas.

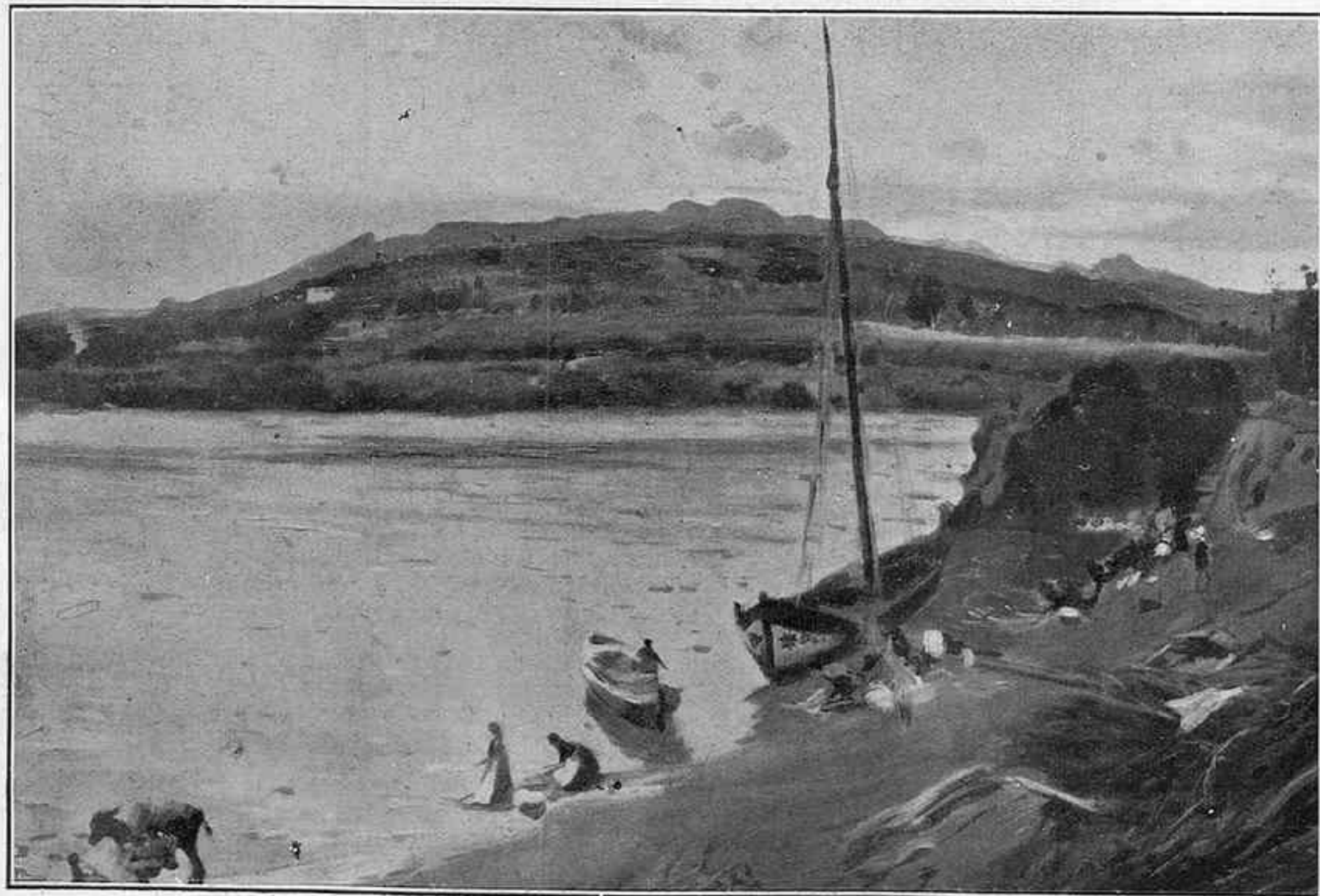
¡Admirable, sugeridor pueblo este de Miravet, con su antiguo castillo de sarracenos y templos asentado sobre una roca que socava el Ebro, impetuoso é indomable, en este punto donde va á desposarse con la mar!



«El recodo»

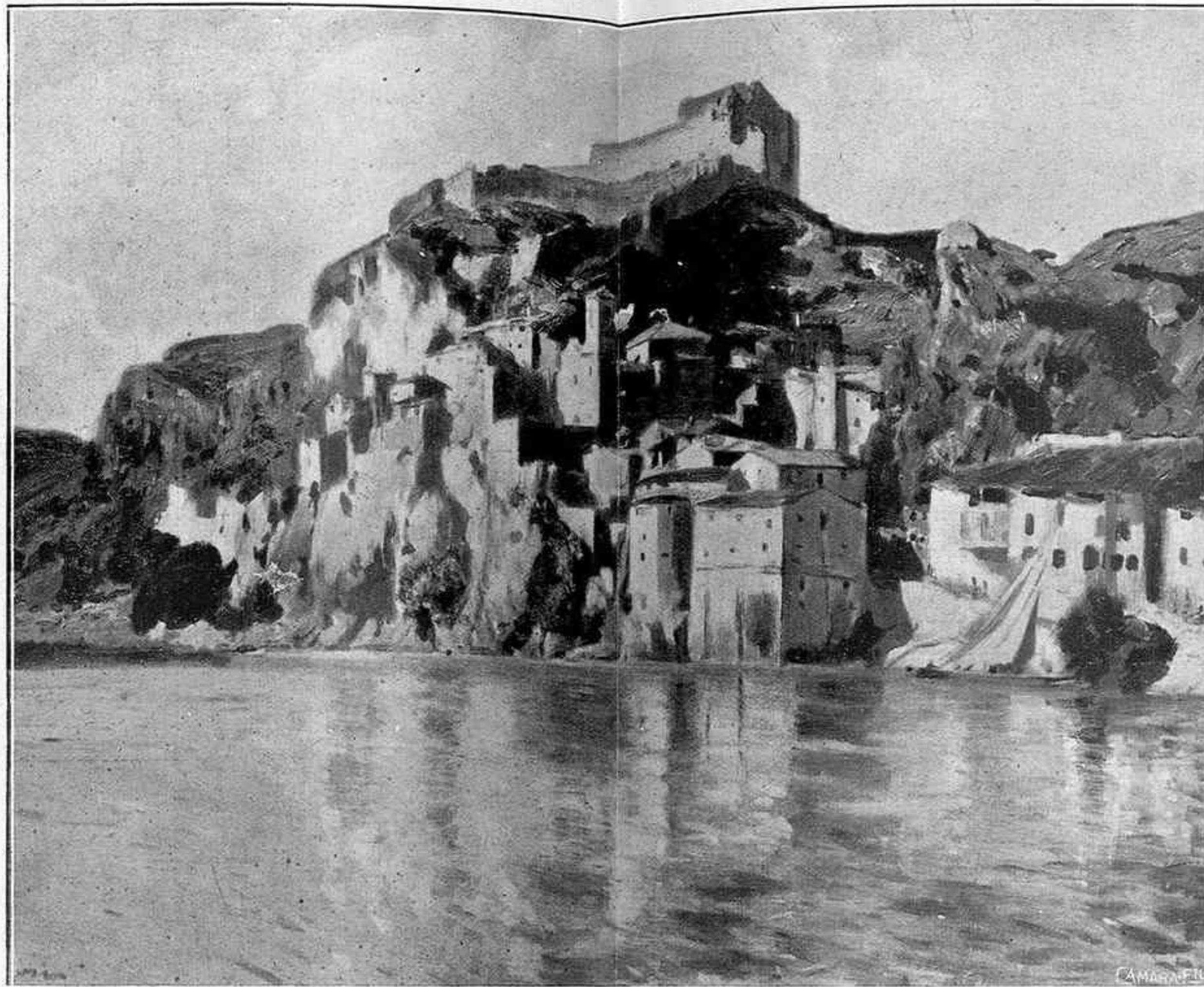
Miravet es hijo y víctima del Ebro. Su padre—este padre antañón, vigoroso, vena noble de la tierra española—le fecunda y le castiga. Mientras el pueblo de ayer ve desmigajadas sus piedras por el sol y los cierzos inexorables, el pueblo de hoy, el extendido por el valle ribereño,

sufre las crecidas periódicas, las cóleras frecuentes del agua que asola, como un azote milenario, huertos y sembradíos, y arrebató las dulces bestias compañeras del labrantín y el hortelano... Pero esto otorga de un vigor inaudito, una gravedad fatalista, una gallardía de luchador, á los



«La corriente»

VARIAS OBRAS DE JOAQUÍN MIR



«Pueblo sobre el Ebro»

(Fots. Serra)

miravetanos, nietos de moros, hermanos del levantino elástico, moreno y flexible, con esa mezcla de razas y de sangres que hacen del tortosino uno de los mejores ejemplares de belleza viril que tiene España.

Y la Naturaleza también es arrogante y generosa. Los motivos pictóricos opuestos abundan. El clima húmedo en lo hondo, áspero y seco en lo alto, ofrece á la mirada del artista espectáculos propicios á la emoción lírica ó á la rotundez himnaria.

Como ayer en los montes y las playas mallorquinas, hoy, en este pueblo tarraconense, Joaquín Mir se ha entregado plenamente á la Naturaleza. La voz del Mediterráneo ayer, la voz del Ebro hoy, cantaban para animar su tarea. Y al ritmo marino, al ritmo fluvial, las dos pocas más fértiles de Joaquín Mir fueron desarrollándose, produciendo aquella serie de orgías cromáticas y estos relatos vibrantes ó afables de ahora.

Fantasia y realidad se encuentran reunidas. El artista ve y sueña, refleja y crea. Copia fielmente ó exalta con impetuoso lirismo. Lugares para caminar y sugerencias para la ilusión. Todo esto es la serie de lienzos miravetanos que ha visto Barcelona con el fervor que tiene para el gran paisajista de Cataluña.

En uno—*Plena luz*—, el vigor colorista casi inflama las pupilas. Tejados viejos, una espadaña humilde, un corral pobre, muros agujereados por las cuencas orbitarias, vacías, de sus ventanucos, y en el fondo, dulcificando la aspereza mezquina de la arquitectura vulgar, las curvas de las colinas lengüetean el cielo azul. Nada, pues, el tema, y, sin embargo, cuánta maestría en la agresividad luminica, qué experto dominio

de unas facultades excepcionales puestas al servicio de la aparente nadería!

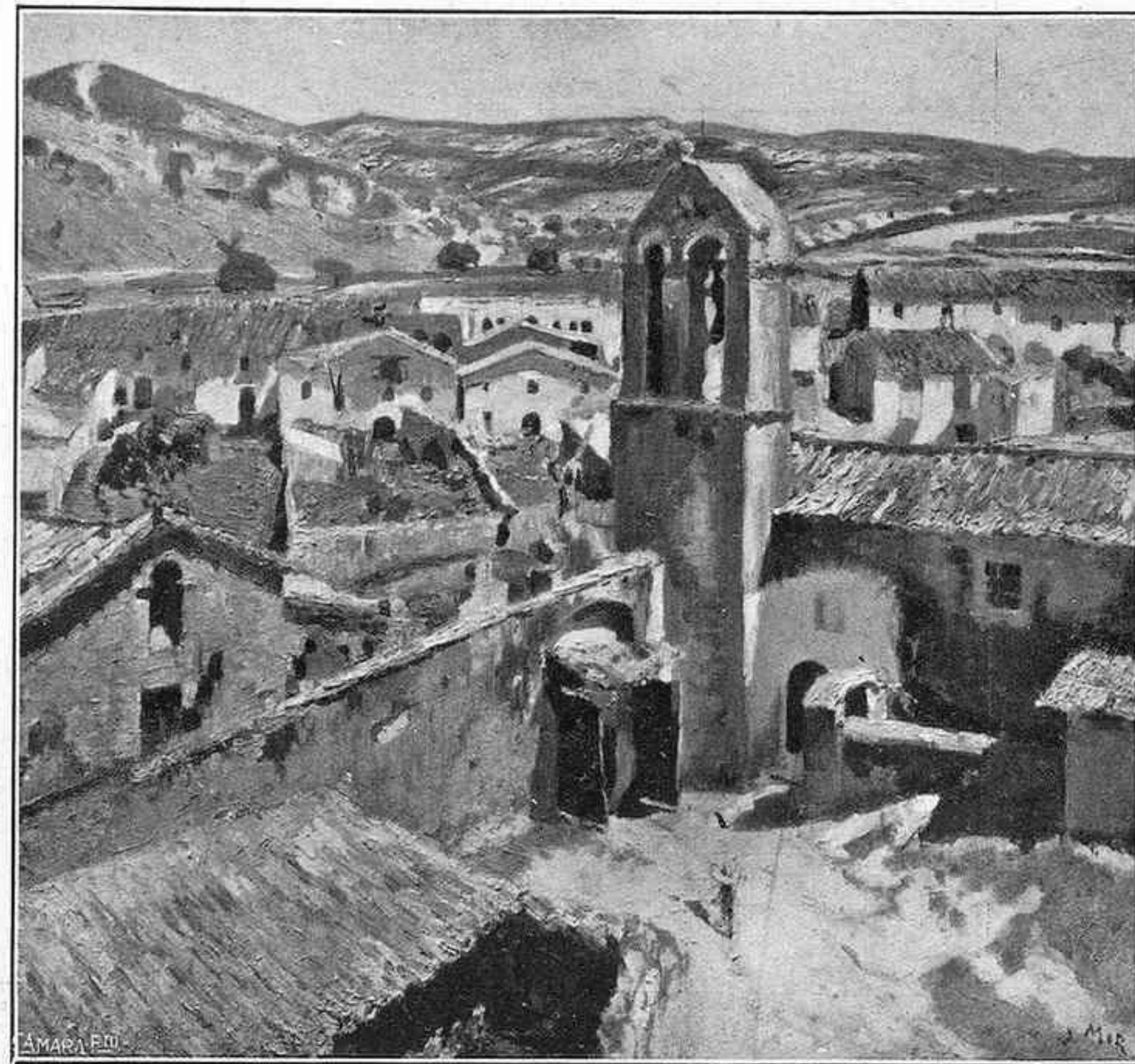
En otros cuadros—*Pueblo sobre el Ebro*, las *Fantasías I y II*—el arte de Joaquín Mir transmite la sensación de energía roquera sobre la ingravidez viva, fugitiva y casi sonora del río camino del mar, con una finura de matices, con una transparencia y diafanidad tonales, con una sutilísima gradación de armonías en plata, en oro y en cristales, acariciados por la luz, que elevan el deleite contemplativo á la categoría de una sensación casi física.

Un cuadro pequeño, de escasas dimensiones, es como una balada del Norte ó como la mejor melodía en grises, donde duerme la claridad misteriosa de Turner. Me refiero al lienzo titulado *Niebla*.

Esa claridad dormida ocultamente, pero presentida por el genial secreto del gran luminista que es el maestro catalán, despierta y entona un canto dulce—que diríamos de modulaciones adolescentes—en *Día gris*, cuadro original de asunto y de composición, con sus árboles de humo y de plumón, con sus casitas de cuento, su remanso de ópalos líquidos y su brazo terral ciñéndole como el de un enamorado tímido.

Y he aquí también la calma ribereña de *La corriente*, con sus lavanderas y sus pescadores, ó *El recodo*, en soledad dramática bajo el cielo preñado de tormenta. Y *La casa de Torrents*, aparecida entre el árbol vigilante, á un lado, y el árbol de pompa voluptuosa, al otro, como esos refugios que lucen de pronto en las narraciones infantiles.

La riqueza emotiva que tienen estos cuadros añade sentimiento á la riqueza constructiva.

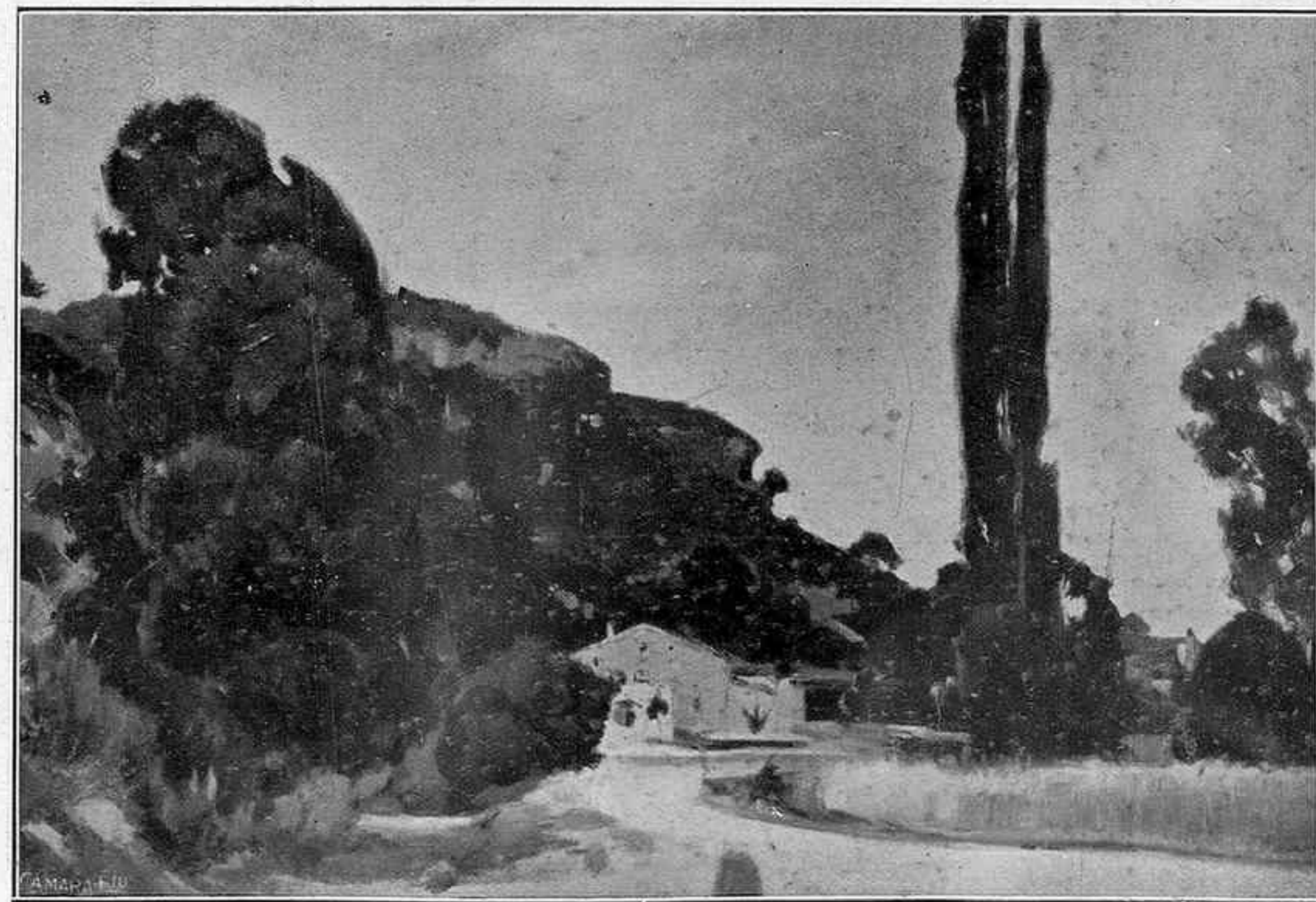


«Plena luz»

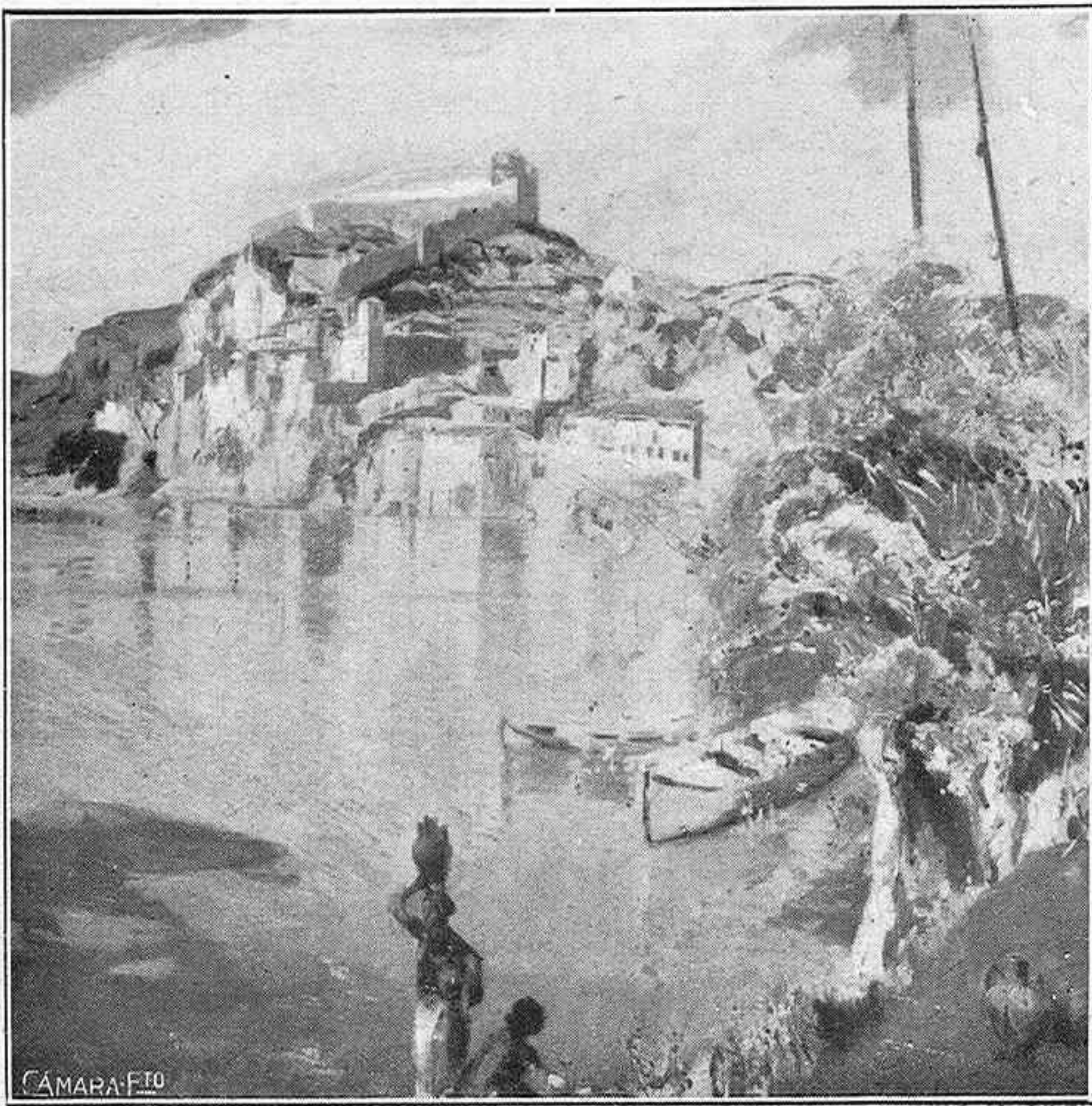
Joaquín Mir cumple de este modo la plenaria misión del artista pictórico: deleitar la mirada, agitar el espíritu. Y ese dualismo en la capacidad estética no se logra sino cuando, como en el caso de Joaquín Mir, el artista llega á la madurez física sin haber perdido nada de sus cuali-

dades primigenias, ni haber desaprovechado nunca las enseñanzas sucesivas de la tarea cotidiana ejercida con amor á la belleza externa y con respeto á la honestidad propia.

JOSÉ FRANCES



«La casa de Torrents»



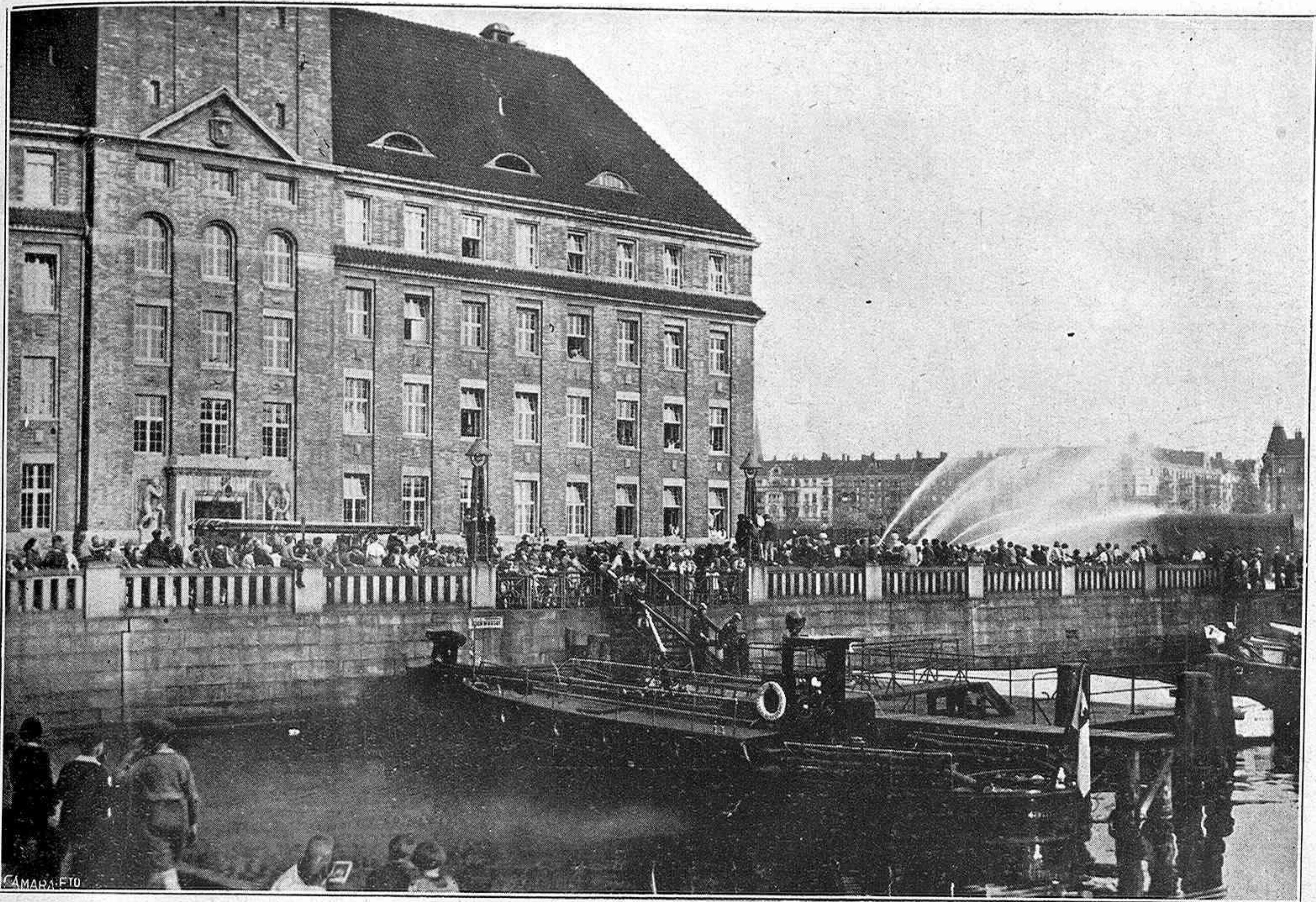
«Fantasia del Ebro», cuadro de Mir



«Día gris», cuadro de Mir



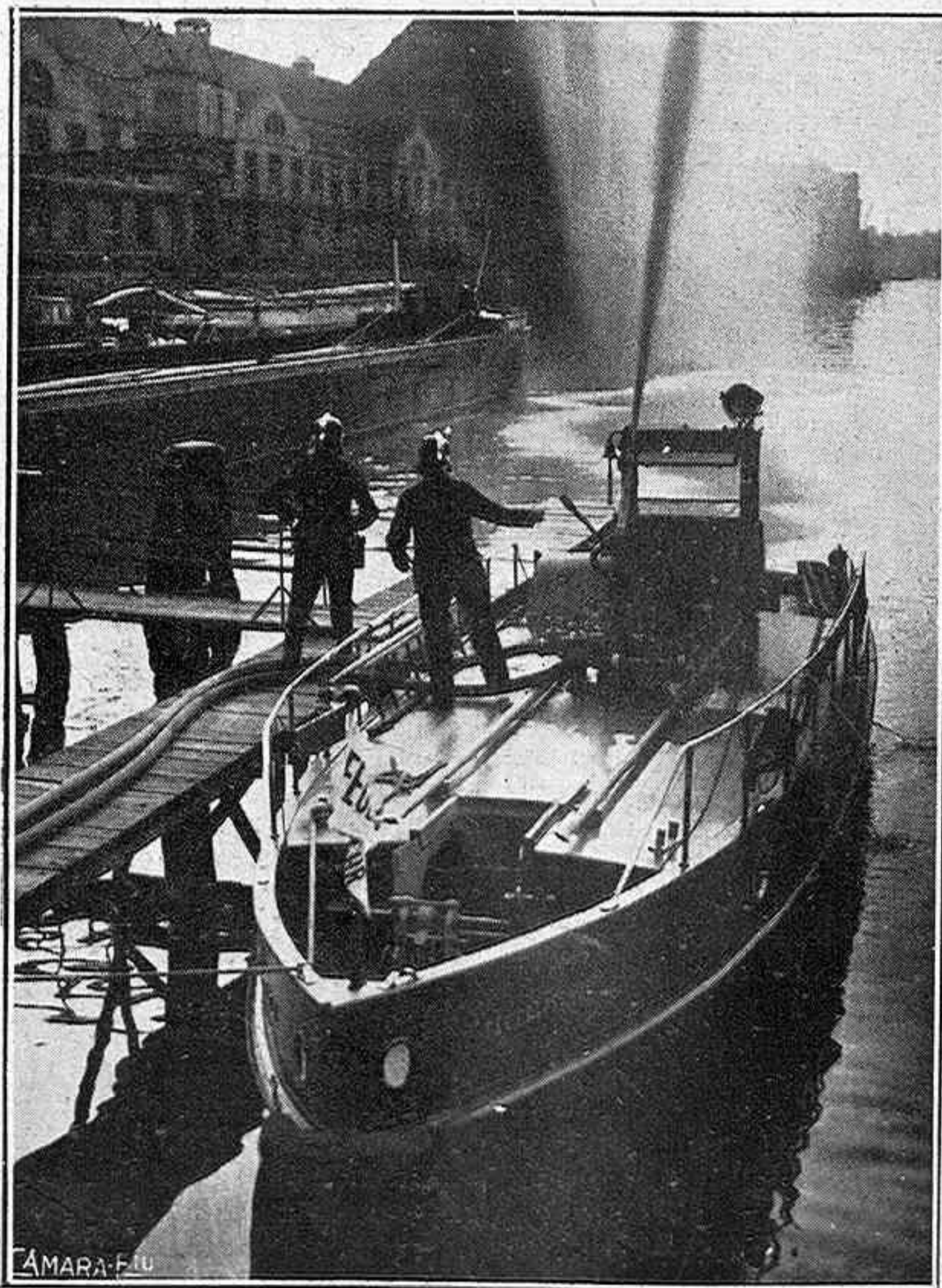
«Niebla», por Joaquín Mir



Maniobras de la brigada de bomberos acuáticos, en Berlín

Los nuevos servicios de incendios

EL servicio de incendios se ha especializado en Berlín con nuevas unidades completamente distintas de las antiguas y afectas al servicio fluvial. Todos los elementos necesarios para la extinción de incendios y para prestar auxilios a los siniestrados han sido reunidos, convenientemente instalados en barcas especiales, que tienen, naturalmente, una máxima facilidad para acudir a los lugares donde el fuego se produzca cuando éstos son inmediatos a las vías fluviales. La nueva brigada de bomberos berlineses dedicada a esa especialidad hace ahora frecuentes ejercicios, mejor dicho, verdaderas demostraciones de su eficacia, a las que acuden numeroso público. Con esas demostraciones, además del adiestramiento indispensable del personal, se persigue otro fin: el de dar a los berlineses la máxima confianza en los encargados de auxiliarlos en casos de incendio.



Las bombas impelentes, montadas en barcos, tienen, en el medio líquido en que se mueven, el agua que en tierra puede faltarias
(Fots. Agencia Gráfica)

Contra el fuego y contra el pánico

Para este fin, en las maniobras actúan no sólo los elementos de extinción, sino los de salvamento, y el público se percata no sólo de la eficacia, sino del modo de actuar de unos y otros, y adquiere así, sobre la máxima confianza, un suficiente conocimiento de cuál habría de ser su acción en los momentos de peligro.

Esta finalidad de los ejercicios de bomberos debería ser atendida en todas partes, imitando la conducta de los alemanes mismos, que en los lugares de máxima aglomeración, y singularmente en las escuelas, hacen frecuentes ejercicios de evacuación ordenada y rápida, como efecto de falsas alarmas oportunamente provocadas.

En Madrid también, durante algún tiempo, se hicieron ejercicios de esa especie en una escuela dirigida entonces por una maestra distinguidísima, en la calle de Galileo.

EL
MAS
GRANDE
PROBLEMA



Los
derechos
del niño

Los niños sin madre que podrían aprovechar las energías y el amor de las mujeres sin hijos

HACÍAMOS en un artículo anterior una breve exposición de la «Carta de los Derechos del Niño», adoptada por la Sociedad de Naciones, y, en su consecuencia, por todos los países adheridos a la Liga, entre ellas España; y es nuestro deseo continuar en artículos sucesivos este tema de tan trascendental y universal interés, singularmente por lo que á la mujer se refiere.

Dice el artículo primero de la carta dicha que «se darán al niño todos los medios requeridos por su desarrollo normal, tanto espiritual como físico».

Es evidente que en los dos primeros años de su vida lo que cada niño necesita, urgente, perentoriamente, es una persona que pueda ejercer junto á él la estrecha y continua vigilancia que su debilidad física requiere. Una persona que atienda á su aseo, su alimentación y su comodidad, sin cejar ni un solo momento en su tarea, ya que el menor descuido, la más leve interrupción de esos cuidados, pueden acarrear graves consecuencias é imposibilitar el normal desarrollo del pequeño.

Tan delicada y abnegada misión exige, desde luego, un acendrado amor al niño y una preparación adecuada. ¿Quién es la persona á quien, naturalmente, corresponde su ejercicio? Indudablemente la madre; de donde se deduce que, según la cláusula primera de la «Carta del Niño», los recién nacidos deberían venir al mundo protegidos en el sentido de que durante los dos primeros años de su existencia, por lo menos, no les faltasen el apoyo incesante, la defensa incondicional y el amor profundo de una madre.

¿Cómo se cumple este artículo?

Todo niño, claro es, que nace de mujer, pero... ¿cuántos pueden decir que esa mujer es, para ellos, lo que debe ser una madre?

Por lo que á España se refiere, y en general en casi todos los países civilizados, puede decirse que una minoría muy escasa de mujeres se hallan en las debidas condiciones económicas, morales y culturales para cumplir plenamente las funciones de la maternidad, y esa minoría está compuesta, en su mayor parte, de mujeres per-

tenecientes á la clase media más educada. Las de la clase aristocrática y elevada, para las que el factor económico no tiene importancia, empiezan á faltar á sus deberes desentendiéndose muchas veces de la obligación de amamantar á los hijos, faltando, por tal modo, al principio elemental de la maternidad, según el cual todo niño que viene al mundo tiene derecho á ser alimentado de una manera adecuada, es decir, nutriéndose de la propia madre, siempre y cuando ésta se halle en condiciones de salud que lo permitan.

Costumbre tan funesta para el niño y para la madre misma comienza, felizmente, á desaparecer; falta ahora que la mujer de la clase adinerada se prepare también culturalmente, para el mejor desempeño de su misión, asistiendo á clases de puericultura y adquiriendo en la práctica la experiencia necesaria.

En lo que se refiere á la clase obrera, puede asegurarse que la mujer se desenvuelve en medio de las condiciones más negativas para el feliz cumplimiento de sus deberes maternos; carencia de lo más preciso, necesidad en muchos casos de salir á ganarse el sustento, falta absoluta de preparación. Únicamente el acendrado amor de la mujer española para su hijo puede en nuestro país salvar, en ocasiones, los obstáculos con que se dificulta en este terreno su labor; pero el nivel elevado de la mortalidad infantil entre el elemento obrero es una acusación constante para los directores del país y de la conciencia colectiva, y sobre todo para los administradores del Tesoro nacional, ya que parte del dinero ahora malgastado en cosas innecesarias podría evitar muchas muertes infantiles aplicándosele á tal fin. Aparte estas circunstancias, existen otros motivos que impiden el que la cláusula más fundamental de la «Carta del Niño» no se cumpla íntegramente, y una de ellas es el que miles y miles de mujeres—casi siempre las más abnegadas—no llegan á ser madres, quedando sin emplear una suma de energías que bien utilizadas contribuirían á aminorar la gravedad del problema del niño recién nacido. ¿Cómo podrían aprovecharse esas energías? Desde luego, la evolución de las costumbres traerá consigo

la solución de un aspecto del problema, permitiendo á la mujer una mayor amplitud para el ejercicio de la selección sexual y protegiendo más eficazmente á la madre soltera; pero hay otros aspectos de la cuestión que podrían resolverse hoy mismo, con facilidad, si las mujeres que no tienen hijos se decidieran á prestar un apoyo, más decisivo aún de lo que lo hacen, á las obras que tienden á rodear de calor maternal y de hogar, siquiera durante algunas horas del día, á los niños cuyas madres no quieren ó no pueden—estos son los casos más frecuentes—ocuparse debidamente de ellos.

Instituciones que no sean asilos y en donde el cuidado del niño constituya un placer, más que una obligación.

Instituciones como la Casita del Niño, en donde la madre trabajadora puede dejar á su hijo en la seguridad de que éste será feliz durante su forzosa ausencia.

Otra misión de la mujer sin hijos es la que se refiere á la adopción de pequeños que no tienen madre ó han sido abandonados por ella.

En Norteamérica aumenta día por día el número de madres adoptivas, y los resultados son casi siempre magníficos.

El ser madre no es sólo concebir un hijo, sino cooperar á su desarrollo; no es sólo dar vida, sino contribuir al sostenimiento de ésta; no es sólo proveer á un ser humano de fuerzas, sino procurar que éstas no decaigan, y no es poca cosa salvar de entre la ruina material y moral que suponen la orfandad, la incomprensión y la pobreza una vida siquiera de la masa humana, destinada á sufrir las consecuencias de tanta miseria.

La madre adoptiva que sabe cumplir su deber realiza una obra infinitamente superior á todas las demás, porque si la maternidad natural lleva en sí partes iguales de dolor y de goce, en la adopción de una criatura es mayor la suma del primero, en tanto no se aprecie el resultado de la labor y el cariño, falto de impulso instintivo, y no haya arraigado en el corazón en fuerza de renunciaciones y de sacrificios.

ISABEL DE PALENCIA



BODEGON

Cuadro de Joseph Jost

PSICOLOGÍA DE LOS GÉNEROS PICTÓRICOS

E L B O D E G O N

HE aquí un género pictórico en que los artistas no tienen jamás motivo para quejarse de la inquietud del modelo y en que pueden estar seguros de que no habrá postura que resulte fatigosa: el bodegón, ó dicho de más noble modo: la Naturaleza muerta.

Género que no puede suscitar en ningún momento complicaciones sentimentales, parece, á veces, denunciador de artistas de espíritu poco delicado; en la lista de los pecados capitales no tienen todos la misma jerarquía, y para las gentes la gula, antes y después de Brillant Savarin, ha sido un pecado carente en absoluto de distinción, un pecado grosero, del peor tono, para el que el infierno debe tener penas especiales, también de baja condición.

A un pintor de flores nos le representaremos siempre como un ser delicado, capaz de alimentarse de pétalos de rosa, y cuya máxima sen-

sibilidad está en la pituitaria; á un pintor de bodegones no hay modo de que le creamos espíritu sutil; le vemos siempre, cuando queremos imaginarle, como una especie de Saturno capaz de comerse á sus propios hijos, si un día, á impulsos de algún *Parla* milagrero, pudiera convertirlos de imágenes tiernamente acariciadas por el pincel en verdaderas sustancias alimenticias.

Entre el pintor de bodegones y el pintor de desnudos hay aún una diferencia esencial; pintar algo animado, caliente, vivo, parece una aspiración noblemente elevada; pintar unos tomates, una rueda de escabeche y una jarra más ó menos talaverana, revela un espíritu sin elevación, con una fuerte tendencia al materialismo utilitario, capaz de confesar desvergonzadamente que Turó tenía razón al poner en el vientre el origen de la inteligencia.

Cierto que hubo pintores de naturalezas muertas capaces de elevarse y pintar, en vez de chuletas de ternera ó besugos en escabeche, faisanes y ostras, y en lugar de jarras de peleón, copas de cristal fino, mediadas, por lo menos, de Champaña rutilante; esos pintores copian las manzanas, por ejemplo, como si las hubiesen conocido antes de ser fruto. Ellos dan al género un aspecto de finura ideal que hace á sus cuadros dignos de figurar en el menú entre los aperitivos, aunque, incomibles, estén colgados en las paredes del comedor.

Los otros, sólo cuando se extasían ante los argentados tornasoles de las escamas de un pez que aún coletea parecen realizar una sublime misión artística.

Y, sin embargo, ¡hay tantos «bodegones» admirables!

XXX

MARIVAUX: SU VIDA Y SU OBRA

El creador de la novela moderna de la mujer y del amor

De la sima del olvido á las nubes de la idolatría

Como muchos literatos cultos de esta España de ahora, tenía yo acerca de Marivaux el juicio adquirido á mi paso por la Universidad.

Por aquel juicio universitario creía yo que el nombre de Marivaux brillaba glorioso, en el firmamento de la inmortalidad, solamente á expensas de su dramática, par de la molieresca, que tan considerable influjo ha ejercido en el teatro universal, mientras que como novelista solamente merecía el olvido más desdén.

Hasta que un día, refitoleando por los plúteos de una librería, se fijó mi vista en un libro de reciente edición, titulado *Vie de Marianne*. Me chocó. Porque patentizaba que si la tal novela seguía imprimiéndose, debía á que todavía hallaba lectores. Demostraba, pues, igualmente que su autor no era, como se me había hecho creer, desdén.

Las primeras páginas, realmente novelescas en el sentido más peyorativo de la palabra, un sombrío cuadro de folletín ó de melodrama, no obstante chocar y repeler á mis gustos de lector no sé si refinado ó blasé, ó ambas cosas, empezaron por atraer mi atención y concluyeron por absorberla hasta hacerme leer, de una sentada, más de un centenar, con encanto y deleite hondamente estéticos.

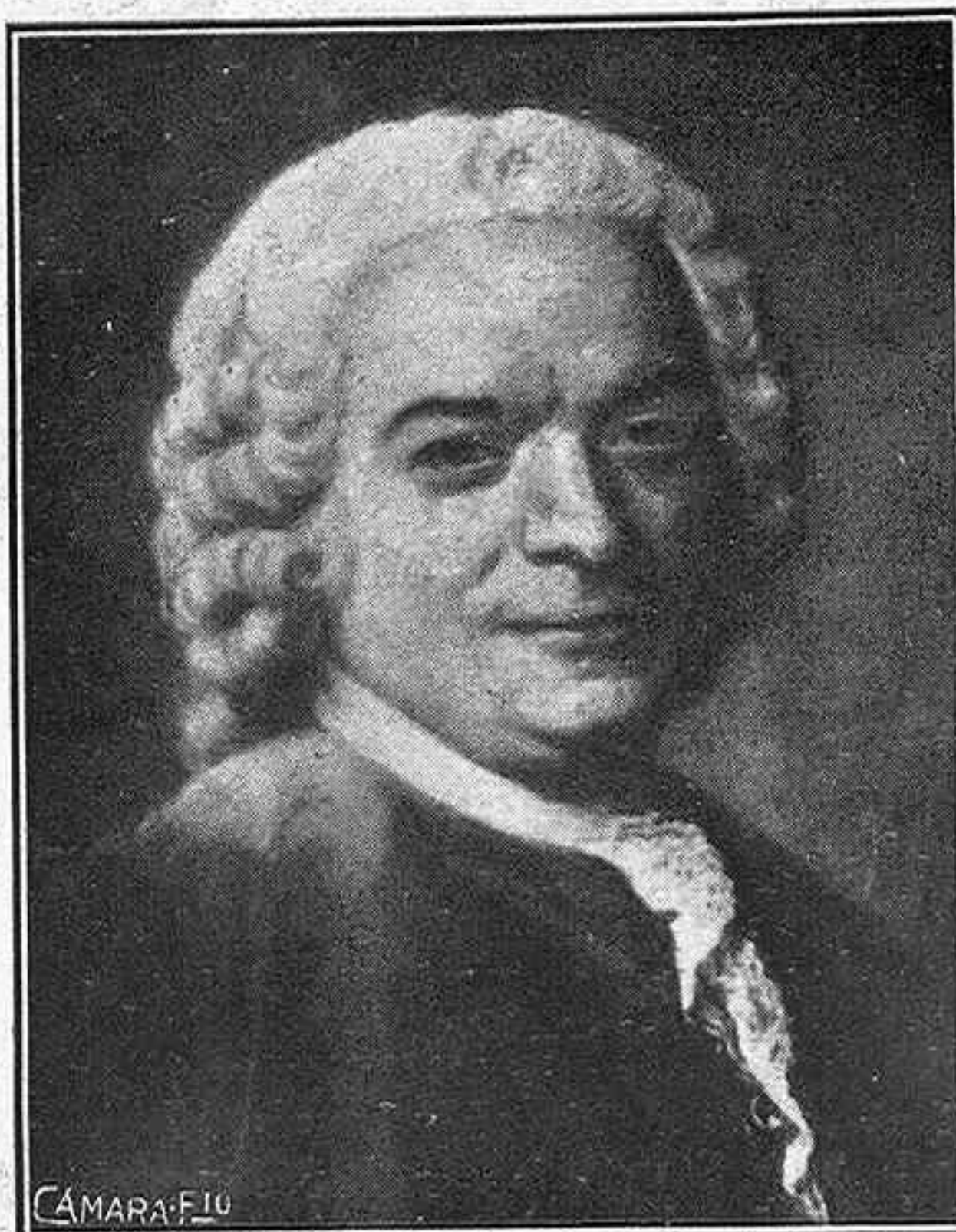
Es que por encima de aquel cúmulo de peripecias, capaces por sí solas de interesar é intrigar al más inculto espíritu, flotaban un ingenio y un arte y una sagacidad psicológica, un hechizo, en fin, con fuerza para maravillar también á un espíritu bien cultivado. Había, como dijo muy bien su propio autor en el prólogo, algo más que aventuras en las aventuras...



Marivaux, el gran escritor del siglo XVIII, que ha ascendido del olvido más injusto á una idolatría casi justificada

No pude explicarme entonces por qué no se hallaba traducida en toda su integridad á nuestra lengua.

Me lo expliqué cuando mi entusiasmo me llevó á aconsejar su publicación en castellano. Yo no sé qué mano tienen para echar cluecas la mayoría de las Empresas editoriales, es decir, para elegir sus asesores literarios. A cuantas se la propuse, el director las disuadió, con achaque del tópico de la nulidad novelística de Marivaux. En vano el autor de *Les Fausse Confidences* había ascendido como novelista desde la sima



El gran artista Chardin, cuyo austero estilo pictórico de destacar con todo vigor las figuras, casi escuetamente á costa del fondo, parece haber inspirado el estilo psicológico del arte novelístico de Marivaux

de un injusto olvido á las nubes de una idolatría casi igualmente injusta, hasta el punto de haber hallado entusiastas biógrafos y comentaristas, como Lescure, Fleury, Gustavo Larra—á quien la Academia Francesa premió una biografía de Marivaux—, Gastón Deschamps y otras plumas no menos ilustres, entre las cuales descollaba la ponderada y escrupulosa del gran Ferdinand Brunetigre, el cual estampó esta sentencia: «...el lugar de Marivaux en la historia de la novela, es considerable... En la literatura moderna, en Francia como en Inglaterra, no hay novela de costumbres donde no se halle en el fondo algo de Marivaux...»

Los asesores editoriales no se avenían á creer, ni desde luego su espíritu de rehala los disponía á averiguar que se hubiera al fin descubierto en Marivaux méritos para encasillarle como novelista casi á la misma honrosa altura que como dramaturgo.

No les faltaba alguna disculpa: todas las historias más ó menos manuales de literatura—no negaban—desconocían el mérito novelístico de Marivaux, primero porque el dramático lo había eclipsado—no es nueva ni de hoy la teoría de que el comediógrafo no puede ser igualmente buen novelista, y viceversa—, y segundo, porque dada la escasa importancia que se concedía en el siglo XVII y mediados del XVIII á la novela, como género literario, no es extraño que los historiadores no sintieran tentación de



Autorretrato de Quintin La Tour, con cuyos famosos pasteles se completa la visión de la elegante sociedad francesa del siglo XVIII, que reflejó como en un espejo la labor literaria de Marivaux

contrastar la valía de un escritor en una disciplina á la que apenas si se le otorgaba alguna, y, en cambio, aceptasen el encasillamiento elaborado por las malas pasiones, la propia misantropía de Marivaux y los nubarrones políticos que á raíz de su muerte planeaban amenazadores sobre la sociedad francesa.

Sin embargo, *Marianne* es una deliciosa novela, que merece ser publicada en nuestra lengua. En su gentil protagonista condensó Marivaux las delicadezas y exquisiteces femeninas de todas y cada una de las espirituales heroínas con que engalanó—y enalteció—su labor teatral.

No lo merece menos la no menos grande novela, hermana de aquella, *Le Paysan parvenu*, con cuyo protagonista, un hombre, y no de lo mejor como individuo ni de lo más selecto como clase social, quiso completar su autor su dilatada galería de cuadros de su época, donde predominan ó, mejor dicho, lucen, casi solos, las faldas enguirnaldadas y abullonadas, los cuellos de encajes, los zapatitos de raso, los cabellos empolvados, los descotes mal velados con blancas y sutiles gasas, los corpiños ramados...

Si es ya pasahora de verter á nuestro idioma aquellas inmortales obras, no lo es menos de consagrar á su peregrino y poco afortunado autor, siquiera un breve ensayo de divulgación acerca de su maestría novelística, revolucionaria del estilo y de la técnica, con los cuales impulsó para lo sucesivo un hondo sondeo en la psiquis de sus personajes y un nuevo arte de pintarlos más realísticamente, estudio que, para más fácil comprensión de su originalidad y de su soberanía en la filigrana, debe abarcar también su vida, harto curiosa é interesante, ó la novela de su tiempo, como género literario naciente, y la sociedad de su época, tan desconcertante, tan paradójica, en su celo por la pulcritud externa—lenguaje y maneras—, y á la vez en la corrupción de los corazones, tan honda, que á nadie extraña el advenimiento del terrible diluvio que pronosticó para después de su muerte el depravado y cínico Luis XV; sociedad preciosa y galante que la pluma sagaz de Marivaux retrató muy bien, unas veces con la sencillez íntima de fondos de un Chardin, otras con las elegancias decorativas y suntuosas de un Watteau y siempre con la supremamente artística y graciosa precisión de un La Tour.

Como que pudiera afirmarse que los pintores de la fiesta espiritual que fué el siglo XVIII, se llamaron Chardin, Marivaux, Watteau y La Tour...

ENRIQUE GONZALEZ FIOLO



LA ALONDRA EN SU PICO TRAIA UNA AURORA

Mientras el gallo
arrancaba sus últimos ojos
á la Noche, en su agónica hora,
la alondra en su pico
traía una aurora.

En todos los nidos
á un tiempo sonaron
los despertadores,
y á sus pertinaces y agudos sonidos
se desperezaron
los árboles madrugadores.

Los grillos y ranas,
limando y serrando el nocturno silencio,
abrieron las jaulas á las claras horas,

Y pronto llenóse de vuelos de luz
la estival mañana
y de claridades canoras...

GOY DE SILVA

(Dibujo de Máximo Ramos)

LAS «MEMORIAS» DE GALDÓS (1)

(Prólogo de Alberto Ghiraldo)

AÑOS DE JUVENTUD

HACE algunos años, ya en las pos-trimerías de su existencia de productor formidable, una gran Revista española — LA ESFERA, de Madrid — pidió a Galdós, para engalanar sus páginas, la redacción de unas *Memorias*. Quería LA ESFERA ofrecer a su público una colaboración extraordinaria, y consideró acertadamente que nada mejor para ello que poner de relieve, por boca del mismo excepcional protagonista, una de las vidas literarias más fecundas y gloriosas de Europa.

Comienzan estas *Memorias* de Galdós con los recuerdos de una mocedad, datados allá por el año de 1863, en que los padres del futuro novelista le enviaron desde Canarias, su cuna, a la Corte de Madrid, con el objetivo de estudiar Derecho. Omite en ellas lo referente a su infancia, por carecer de interés, dice, o diferenciarse poco la suya de otras vidas de «chiquillos ó bachilleres aplicaditos».

Puede afirmarse que fué entonces cuando se inició formalmente la gran vocación literaria de quien, andando el tiempo, debía escribir ese monumento denominado los *Episodios Nacionales*, y que aun hoy, en su afán inquisitorial y de sombra, quisieran destruir los hombres de las cavernas...

En aquella época, fecunda en graves sucesos políticos precursores de la revolución, tuvo Galdós la oportunidad de presenciar el espectáculo más trágico y siniestro que vió en su vida juvenil y que probablemente despertó en él la inclinación al tema dramático: el paso de los sargentos de Artillería, llevados en coche, de dos en dos, por la calle de Alcalá arriba, para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros.

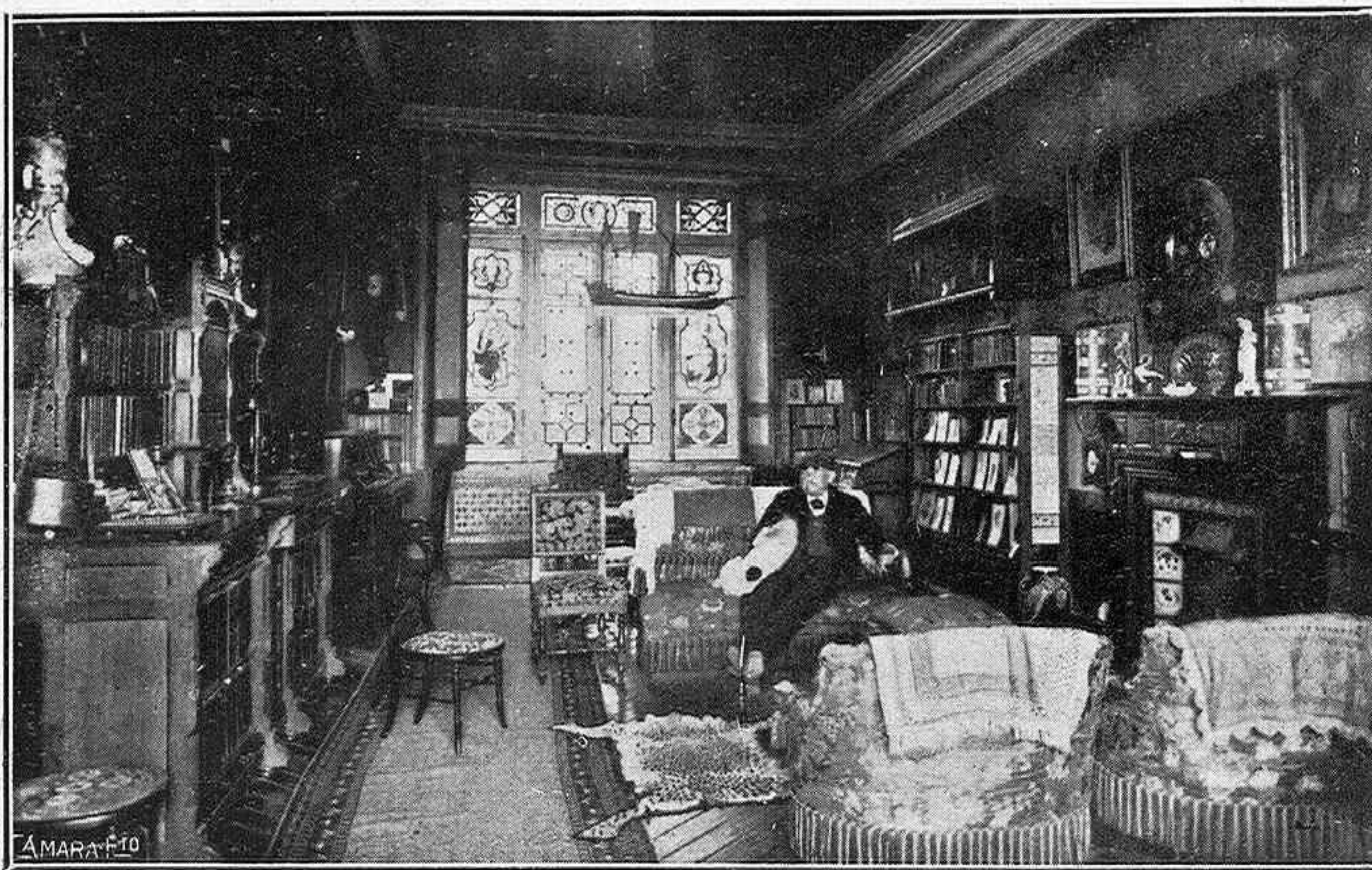
No sería, pues, aventurado afirmar que en el cerebro de aquel niño espectador de motines, sublevaciones y lances distintos de jornadas luctuosas, brotara en ese preciso instante el germen del futuro y genial cronista de la historia española del siglo XIX, plasmada más tarde en las cinco series magníficas de *Episodios*, iniciados con *Trafalgar* y terminados con *Cánovas*, porque la vida se le agotó al creador.

Un dato curioso que conocemos a través de estas *Memorias* es el consignado en el primero de sus capítulos, respecto a la forma literaria de la labor primigenia de Galdós. Empezó escribiendo para el teatro, «enjaretando dramas y comedias con vertiginosa rapidez», y haciéndolos lo mismo en verso que en prosa.

Galdós hizo versos, pues; y escribió para el teatro antes de hacerlo para el periódico ó de ejercitarse en la novela.

Sabíamos de sus inclinaciones musicales y pictóricas, reveladas en la infancia, así como de su predisposición a la crítica de estas dos artes por las correspondencias a un periódico de Las Palmas encontradas entre sus papeles actualmente en nuestro poder; pero ignorábamos aquella otra iniciación, que puede dar luz a los exégetas cuando se determinen a estudiar el proceso de la juventud literaria de esta gran mentalidad.

(1) Un volumen de próxima publicación.



Pérez Galdós en San Quintín, su finca de recreo y estudio en Santander

Cuenta Galdós que en esa época asistió en el Teatro Español al estreno de *Venganza catalana*, la obra de García Gutiérrez, quedando tan maravillado, que al volver a su casa no se le ocurrió otra cosa que quemar sus manuscritos...; agregando: «pero no los quemé; lo que hice fué imaginar otras cosas, conforme al patrón del grandioso drama que había visto representar a Matilde Díez y a Manuel Catalina...»

Y yo pregunto: ¿habrá en algún archivo originales de estos dramas en verso a que hace referencia Galdós?

En el verano de 1867, fué Galdós a París, donde concurrió a la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año. Y cuenta Galdós: «Devorado por febril curiosidad, en París pasaba el día entero calle arriba, calle abajo, en compañía de un plano, estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos, confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía. A la semana de este ajeteo, ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor. Frecuentes paradas hacía en los puestos de libros, que allí son cajones exhibidos en los *quais*, a lo largo del Sena. El primer libro que compré fué un tomito de las obras de Balzac —un franco; «Librairie Nouvelle»—. Con la lectura de aquel librito, *Eugenia Grandet*, me desayuné del gran novelador francés, y en aquel viaje a París y en los sucesivos completé la colección de ochenta y tantos tomos, que aún conservo con religiosa veneración...»

De la Exposición nos habla poco Galdós. Le aturdió más que interesarle. Y entonces, con dolor de cabeza, iba a reposar a los salones del Louvre ó a los del Luxemburgo, donde sus ojos de artista se deslumbraban ante las maravillas del arte producidas por el hombre a través de los siglos.

Después, en su afán de calle, como él dice, colmando su mayor goce, presenció solemnidades públicas, revistas militares y otros actos en que le fué dado conocer a muchos de los figurones políticos de aquella época.

Pasados algunos meses, ya de regreso en Madrid, reanuda su trabajo literario, y sin descuidar sus estudios en la Universidad, se lanza Galdós a escribir *La fontana de oro*, su primera novela histórica, cuya redacción interrumpe para realizar otro viaje a Francia.

Y aquí es donde en realidad surge ya de

una manera definitiva el autor glorioso de los *Episodios Nacionales*, como puede verse leyendo el segundo de los capítulos de estas *Memorias*, el titulado *Adelante, amigos*; página llena de luz histórica, en la que Galdós aparece en forma de testigo de hechos curiosos que han de servirle de materia inapreciable para su labor literaria futura.

Como en un caleidoscopio maravilloso, vemos desfilan en él á todos los grandes personajes de una época excepcional de la vida política española. El escenario es ahora Madrid, y el momento el mes de Octubre de 1868, días después de la revolución que tuvo por héroe popular á Prim.

Primero cruzan ante nuestra vista las figu-

ras de los caudillos del movimiento ya mencionados. En seguida oímos la voz de los tribunos, voceros de nobles causas, contagiando de entusiasmo liberal a los pueblos: cláusulas magníficas de Castelar, párrafos elocuentes de Figueras, apóstrofes candentes de Garrido y Angulo; hasta que, en medio de una decepción profunda, escuchamos las palabras desilusionadoras de Olózaga y de Martos, desvaneciendo los sueños de los que creían que por fin las futuras Cortes Constituyentes proclamarían la República; palabras presagiantes ya del estruendo de los trabucos con que, fracasadas las esperanzas democráticas, había de inaugurarse el reinado fugaz de don Amadeo.

Por este mismo capítulo hemos de enterarnos de la publicación de *La fontana de oro* y *El audaz*, los dos primeros trabajos de aliento de nuestro gran escritor; así como de su fecundidad, que fué siempre extraordinaria. He aquí el primer dato confirmativo de este aserto: Al mismo tiempo que en la *Revista de España* se publicaba *El audaz*, se imprimía en Madrid *La fontana de oro*, en la imprenta de Nogueras.

AÑOS DE MADUREZ

Hemos llegado al año de 1873, época en que Galdós prepara los *Episodios*. He aquí el proceso inicial de esta labor: El tomo *Trafalgar*, con que comenzó la serie, se publicó en Febrero de dicho año, y en el curso del mismo aparecieron los tres siguientes: *La Corte de Carlos IV*, *El 19 de Marzo* y *El 2 de Mayo y Bailén*. En el curso del año siguiente vieron la luz otros cuatro, y al principio del 75 terminaba dicha serie con *La batalla de los Arapiles*. Diez tomos en total.

«Sin dar descanso a la pluma—dice Galdós—, escribí *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela* y *La familia de León Roch*. Después, y sin respiro, *La desheredada*, *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas* y *Lo prohibido*... Hallábame yo por entonces en la plenitud de la fiebre novelesca.»

Esta fiebre debía durarle toda la vida.

Ahora no se ocupa ya del teatro. Poco ni mucho. No frecuenta las salas de espectáculos. Sabe, en su aislamiento fecundo, de los grandes éxitos de don José Echegaray, á quien lee. No va á las salas donde triunfa «aquel portentoso» que «iba de gloria en gloria fascinando á todos los públicos». «Pasaron años antes de que yo viera sobre las tablas las obras del gran maes-

tro», anota. De este modo corría el tiempo, hasta llegar al 85.

Precisamente en esta fecha, el 4 de Febrero de dicho año, escribía Galdós para *La Prensa*, de Buenos Aires, un juicio sobre Echegaray asaz significativo y que nosotros hemos recogido en *Nuestro Teatro*, el volumen V de sus *Obras inéditas*. En ese trabajo expone Galdós su teoría acerca del realismo en el teatro; esa teoría que él aconsejaba entonces á Echegaray y que él realizaría más tarde. He aquí cómo hablaba Galdós entonces: «Para que el teatro entre con pie derecho en la escuela de la naturalidad, es preciso que un autor de grandes alientos rompa la marcha y acometa con recursos de primer orden esta gran reforma. Echegaray, que posee la capacidad más vasta que es posible imaginar, es el llamado á marcar este camino. No le faltarían recursos para ello. Necesitaría únicamente atender más á la verdadera expresión de los sentimientos humanos que á los efectos obtenidos por conflictos excepcionales y por combinaciones de parentescos y lugares. Las terroríficas situaciones derivadas de accidentes físicos y de mil circunstancias extrañas al juego de las pasiones no producen en el ánimo del público impresión tan duradera como las que fácilmente se derivan de los mismos efectos y tienen su mecánica, digámoslo así, no en coincidencias de personas y tiempo, sino en el engranaje de los caracteres, que es la clave del drama eterno que llamamos sociedad.»

Como puede observarse, ya apunta aquí Galdós su inclinación al género realista que más tarde había de cultivar, dando á nuestra escena el tesoro inapreciable de su teatro. «Estaba escrito» que el camino indicado á Echegaray había de seguirlo él para gloria perdurable de la escena española.

En *Pereda y yo*, capítulo III de estas *Memorias*, nos habla Galdós con donosura de su amistad inalterable con el famoso autor de *Sotileza*, á quien conoció el 72, en su primera visita á la capital cantábrica.

«Algunos creen—dice Galdós—que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad, por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas, sin llegar al altercado displicente... En mi copioso archivo epistolar conservo, como un rico tesoro, multitud de cartas de Pereda escritas maravillosamente, en aquella su prosa flúida, galana, incomparable.»

Es doloroso que estas cartas no puedan darse al público por inconvenientes interpuestos por los herederos de Pereda.

¿Motivos? Quizás los encontremos en esta afirmación de Galdós hecha en el capítulo que comentamos: «Don José María de Pereda no era tan clerical como alguien cree...»

Por las informaciones que poseemos, puede asegurarse que la publicación de esta correspondencia, sostenida durante años entre los dos grandes hombres, nos daría luces reveladoras acerca de ambos, especialmente de Pereda, que vivió más atado á prejuicios é ideas hechas, y cuya alta inteligencia encontró esa válvula de escape de la correspondencia amistosa, para exteriorizarse en forma quizás definitiva, digna de ser apreciada por las generaciones de hoy.

¿Hasta qué punto tienen derecho los herederos de los grandes hombres para impedir el conocimiento de esta clase de archivos?

No hablamos aquí, como se comprenderá, de los derechos legales, fuera de toda discusión. Se trata de una cuestión de índole puramente moral.

Las memorias de hombres como Pereda y Galdós, dadas sus magnitudes, pertenecen ya á la nación de que son hijos; al país donde se forjaron sus nobles y fecundas vidas; al pueblo donde vivieron, cuyas costumbres reflejaron, cuya fuerza asimilaron devolviéndola en luz, en las páginas de sus grandes libros; y es la nación, es el país, es el pueblo quienes tienen derecho al tesoro artístico que dejaron por herencia inapreciable.

Pues bien, dentro de esa herencia están las cartas que hacemos mención aquí, llenas de un interés no sólo familiar, íntimo, sino público, universal.

Pónganse ellas en manos de hombres discretos, de escritores con responsabilidad, resérvense las familias el derecho de intervenir en la selección, así como el de aprovechar en el rendimiento económico de las ediciones; pero no se nieguen en redondo facultades á una publicidad que, como en este caso, sería de tanta importancia para el total conocimiento de una personalidad del prominente relieve de la de Pereda.

En este mismo capítulo habla Galdós de su viaje á Portugal, que le diera tema para aquellas sabrosas y sugestivas narraciones sobre el país hermano, recogidas por nosotros en el volumen *Viajes y fantasías*, correspondiente al IX de sus *Obras inéditas* ya mencionadas.



ALBERTO GIRALDO

Organizador y prologuista de las «Obras inéditas» de don Benito Pérez Galdós

Es entonces que de regreso de este viaje coge de nuevo la pluma y con elementos reunidos de antemano se pone á escribir *Fortunata y Jacinta*, una de sus admirables novelas madrileñas, que también interrumpe para realizar otra excursión veraniega. Va á Alemania, recorre el Rhin; va de Estrasburgo á Colonia, sin poder detenerse como quisiera en ningún sitio—esta vez va con billete circular—y, especialmente, en Bonn, donde nació Beethoven, privándonos por esta causa de otro encantador y evocador relato análogo al de *La casa de Shakespeare*.

«Expirando aquel verano—anota aquí—, volví á Madrid, y apenas llegué á mi casa recibí la grata visita de mi amigo el insigne varón don José Ydo del Sagrario, el cual me dió noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta, de doña Lupe, la de los pavos; de Barbarita, Mauricia, la Dura, la linda Fortunata y, por último, del famoso Estupiñá.»

Todas estas figuras, pertenecientes al mundo imaginario y abandonadas por su creador en las correrías veraniegas, adueñanse nuevamente de su voluntad y entonces da fin á la primera parte de la gran novela *Fortunata y Jacinta*, cuyos tomos II y III publica el 88.

En esta época tiene Galdós dos obsesiones: escribir y viajar. Dar rienda suelta á la fantasía, en la novela, y esparcimiento máximo al músculo y al espíritu en sus excursiones estivales.

A grandes saltos, y en síntesis extremas, nos habla en el IV y V capítulos de sus visitas, solo ó acompañado, á Newcastle, Rotterdam y La Haya, de donde cruza á Berlín, después á Postdam, hasta parar en Hamburgo. De allí á Altona, Kiel y Copenhague; y así, á cien sitios llenos de interés, y de los que nos da detalles sucintos y algo caóticos, porque, en realidad y desgraciadamente, no es éste, con valer tanto, el verdadero libro de *Memorias* que pudo haber es-

crito Galdós, el más fecundo y vivido de los escritores españoles de su siglo.

Ya en la ancianidad, ciego y desmemoriado, dictó—que no escribió—estas páginas (1) comentadas aquí é incluídas por nosotros entre sus *Obras inéditas*, porque, á falta de otro, siempre tendrían el enorme mérito documental para la historia literaria de esta gran figura que es Galdós y á quien el tiempo no hace sino agigantar, á medida que pasa, sobre las cosas y los hombres.

Con su humorismo peculiar—el humorismo en Galdós no ha sido aún estudiado como merece—y su llaneza de grande hombre, nos habla ahora Galdós de la época en que escribiera *Miau*. Fué á raíz de su viaje á Inglaterra: «A poco de llegar á Madrid, ya estaba el español errante agarrado á sus cuartillas...; el frenesí de emborronar papel llevome luego á trazar la *Incógnita*, dándole forma epistolar. Inmediatamente emprendí *Realidad*, que no es otra cosa que el mismo asunto desarrollado en diálogo, á la manera teatral. No pensé entonces llevar esta obra á la escena, y hubieron de pasar bastantes años hasta que *Realidad* apareciera ante las candilejas y entre los lienzos pintados.»

Y en seguida, en el otoño próximo, á Italia, en compañía de su dilecto amigo Pepe Alcalá Galiano, viaje que le da motivo á páginas deliciosas, aquellas monografías admirables—Roma, Verona, Venecia, Florencia, Padua, Bolonia, Nápoles y Pompeya—que figuran en el capítulo *Las ciudades* del volumen titulado *Viajes y fantasías*.

Después...

Apenas regresado á Madrid, ya está Galdós trazando con fácil actividad el plan de otra novela: *Angel Guerra*. Gran novela, gran plan por cierto.

«Promediaba el 1891 cuando yo escribía las últimas páginas de *Angel Guerra*. Con ardor infatigable acometi luego *Torquemada en la cruz*...»

Y henos ya aquí abocados á otro acontecimiento importantísimo en la vida artística de Galdós: el estreno de *Realidad* por la Compañía de Emilio Mario.

Los recuerdos teatrales están llenos de interés.

Ante nuestros ojos atónitos desfilan las grandes figuras de la época: intérpretes, autores, críticos; y reconstituimos con la imaginación el esplendor de las salas, la expectativa de los públicos, las noches inolvidables de los grandes estrenos de Galdós: *Realidad*, *La loca de la casa*, *La de San Quintín*—«el éxito más brillante y ruidoso que hasta entonces tuve en el teatro»—, *Los condenados*, *Voluntad*, *Doña Perfecta*, *La fiera*..., á los que él llama con modestia única «mis ensayos teatrales».

Galdós editor es uno de los más curiosos capítulos de estas *Memorias*. En él nos narra su autor las mil peripecias á que se vió expuesto como administrador de su propia y ya vastísima labor literaria. En Madrid, y en la calle de Hortaleza número 132, piso bajo, instaló oficinas, y allí dió comienzo á su doble función, con el peregrino resultado que nos cuenta con ingenuidad y gracejo, y el final desastroso ante la Justicia, entre letrados, procuradores, jueces y peritos, proceso célebre en el que intervinieron don Antonio Maura, como abogado de su parte, y don Gumersindo de Azcárate, como árbitro. «Este estudio detenida y concienzudamente el asunto—dice Galdós—y dictó un laudo que contenía más de cincuenta pronunciamientos, que dieron por terminado el enfadoso pleito...»

•••••

Con una rapidísima semblanza de la reina doña Isabel, á quien visitó en París, en 1901, y la promesa al director de LA ESFERA, don Francisco Verdugo, de otro trabajo más extenso sobre el mismo tema y que la muerte le impidió cumplir, se cierran los capítulos de estas *Memorias*, verdadero y postrimer trabajo de Galdós, productor incansable, que las dictó desde su lecho de moribundo hasta el día anterior al en que sus labios quedaron sellados para siempre.

ALBERTO GIRALDO

Madrid, 1930.

(1) Como toda su obra postrera.



Por la calle de Guisando (Avila) avanza la viejecita escuchimizada que portea el hatillo de leña que chisporroteará en el hogar en las noches de ventisca, desatiriendo los entumecidos nervios campesinos

PUEBLOS CASTELLANOS

LA LANZA Y LA AZADA

PROYALES del Hoyo, Guisando... Pueblos de Castilla, ataviados con la dura estameña de piedra, alanceados por el reverbero solar de la canícula ó vestidos con el niveo ropaje invernal.

Junto á la casuca, sentada en el poyete de la laja, remedando la actitud de un árabe, pasa las horas cargadas de monotonía una vieja, desentumeciendo sus carnes ateridas bajo la fogarada de un sol primaveral. Algunos chiquillos—que pronto ganarán el pan que comen—retozan en la calle, empedrada de punzantes guijas, saltando sobre los agudos riscos con agilidad de alimañas. Los arrapiezos, con sus pantaloncillos amarrados con cuerdas, tapan sus greñas ásperas con viejos sombreros que dan á sus facies de betún y á sus corpeuelos apretados la apariencia de *gnomos*.

Un silencio profundo, que dura siglos, envuelve al pueblo. Los hombres han salido á ganar la batalla del día en las faenas campesinas, y sólo se oye en el lugar el paso de una viejecita, de encenizada pelambre, de faz requemada y de enflaquecida naturaleza, que portea un hacecillo de leña, ó un saco de hornija, que



Cumplidos sus deberes religiosos, viejas y mozas salen de la iglesia del pintoresco pueblecito de Poyales del Hoyo (Avila), camino de sus hogares, donde las manos que se cruzaron en la oración aderezarán el condumio sabroso

calentará en el hogar el negro puchero; ó alguna chicuela esmirriada, que pasa llevando al cuadril el despiorrado botijo, ó la chavalilla, de vivo talante, que ya tiene barruntos de moza y que ha llenado en la fuentecica, hasta el gollote, el lañado cantarillo.

Todo es aquí fuerte, hiriente, esquivo. La tierra, despellejada, enseña su caries rocosa, y la dureza milenaria de estos ásperos alcores ha encallecido el espíritu del hombre y ha dado á su corazón invencible fortaleza.

Modelado el carácter en la fragua hirviente de esta tierra castellana, es, como ella, todo extremos, y pasa del arrebatado impetuoso y temible á la vaga, laxa y suicida indiferencia. Asolador granizo y temible ventisca, ó fuego de horno y mortífera insolación.

Estos campos han sido el estadio donde una raza heroica ha forjado sus armas para lanzarse á la conquista de los mundos terrenales y del espíritu.

Los obreros encargados de la ingente tarea fueron el guerrero y el sacerdote. Junto al esfuerzo, la plegaria. La fatiga es llevadera cuando la bendición premia nuestros afanes.

La fe trocó cada terrón castellano en una lanza, y el hosco y áspero pedregal en mullido tapiz. El campesino, apegado á la gleba, sedentario y tímido, sintió el vértigo aventurero, y dejó el llano polvoriento y la pelada montaña por las movibles é inquietantes olas. El mundo aguardaba febril y curioso el trabajo de estos hombres, y Castilla se echó sobre los hombros la tarea. Y con los aceros de los petos, los hierros de las celadas y arneses, y los filos de las brillantes herruzas, los luchadores porteaban, bruñida y aderezada, la más formidable herramienta imperalista: el idioma.

Hervía la paramera sobre el rescoldo de un ideal religioso, y los bravos pechos castellanos eran relicarios y alcancías de la vieja creencia. Hidalgos y plebeyos se lanzan por los caminos, dispuestos á luchar con los gigantes y vestiglos de la duda. La tierra castellana impone á los hombres su dureza de pedernal.

Hay que conquistar reclutas para el ejército de Cristo, y todo el mundo pelea, con exaltación ibérica, por la buena causa.

El misticismo crece en el yermo, y el fraile pone en la conquista de la morada celestial el mismo ahinco que el guerrero en sus afanes bélicos.



Ermita de San Antón y el Rayo en Cuevas del Valle (Avila)

Pasó la cegadora tolvenera, oteándose allá, en la lejanía, entre el rebullicio y la batahola de la lucha, la silueta rezagada y cansina—como

una vieja y desteñida estampa—de nuestro señor «Don Quijote».

Y parece como si el cansancio y la melancolía del famoso hidalgo se hubiera metido hasta el tuétano de estos pueblos castellanos, que, al igual que el molido y ajetreado caballero, descansan sobre las armas mohosas con que forjaron, á golpes de titán, la Historia de España.

Silencio, quietud, pegadiza modorra, lánguido bostezo... Pasó por el pueblo de Castilla el tropel alucinador de la mesnada; resonó en sus ámbitos, produciendo escalofríos de gloria, el clarín de la hueste, y el vértigo atrapó con sus garras á los campesinos, trocándoles la aldeana pelliza ó el ocre tabardo, por la férrea cota ó el bruñido colete.

«Los que son de á pie ca-
[balleros se hacen.]»

.....

El hondón de los siglos se tragó, como insaciable monstruo, las épicas hazañas. El hidalgo castellano se desnuda de su atavío guerrero y cambia la vetusta lanza por la azada que abre los fecundos relejes en el arriate ó el pegujal, echando con su nuevo esfuerzo los jalones de una nueva conquista: la de Castilla.

ALONSO
DE CONTRERAS



Unas chiquillas hinchán de riquísima agua sus botijos y cantarillos en la fuente del pueblo de Guisando (Avila)
(Fots. Serrano).

El siervo de Dios,

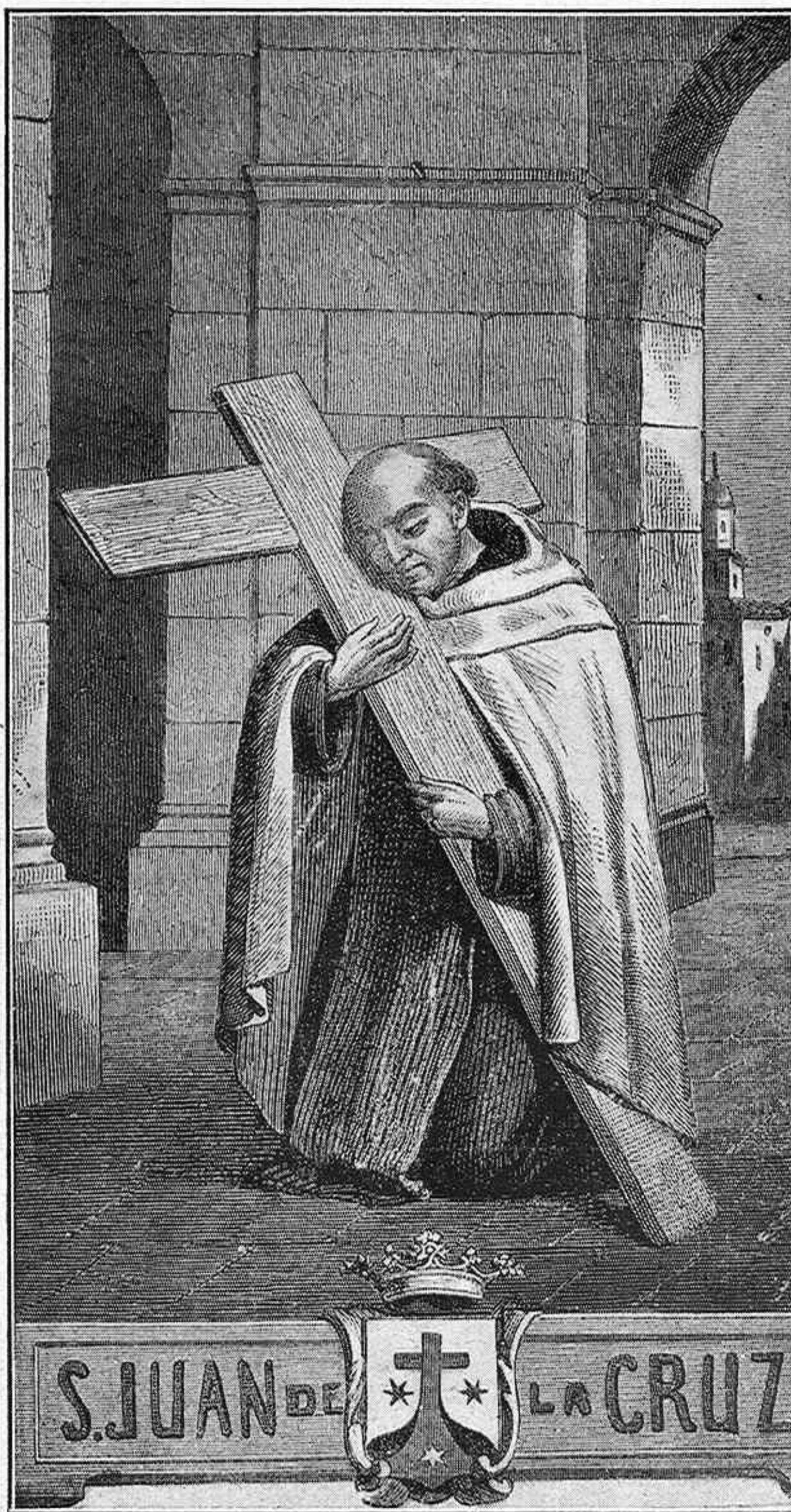
EL HOMBRE

FRANCISCO y Juan, hijos de un mercader que «llevaba sedas á las famosas ferias de Medina del Campo», se encontraron en Segovia por los meses de Junio ó Julio de 1591. El correr de los años habíales señalado opuestas sendas: Francisco, el mayor, estaba casado, y á la fecha en que vió á su hermano—que «ya sólo pensaba en acabar sus días en La Peñuela, sin cargo de prelación, despreciado é ignorado del mundo»—, lloraba la pérdida de todo sus hijos; á Juan se le conocía por el nombre de San Juan de la Cruz.

Había nacido éste en la villa de Fontiveros, de la diócesis abulense, á 24 de Junio de 1542. Nunca tuvo la Mística más alto espíritu á su servicio. Al decir de fray Jerónimo de San José, el fundador del primer monasterio de la Descalcez, en el lugarillo de Duruelo—entre Avila y Medina del Campo—, «era de estatura mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado el cuerpo, aunque flaco por la rigurosa penitencia que hacía. El rostro, de color trigueño, algo macilento, más redondo que largo; calva venerable con un poco de cabello delante. La frente, ancha y espaciosa; los ojos, negros, con mirar suave; cejas bien distintas y formadas; nariz igual, que tiraba un poco á aguileña; la boca y los labios, con todo lo demás del rostro y cuerpo, en debida proporción. Era todo su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto». Harto flaco, en verdad, debió parecerle al hijo mayor de Gonzalo de Yepes su hermano Juan, cuando ambos se abrazaron por última vez. El Santo había asistido, en Madrid, al Capítulo General de la Orden, en el que se le nombró provincial de Méjico, cargo del que le excusó después el padre Nicolás Doria, genovés, que á la sazón desempeñaba el vicariato. Siempre fué la humildad consejera del fraile carmelitano, y en aquel Capítulo se sirvió de ella para exponer su parecer sobre distintos puntos en litigio. «Su ingenuidad le hizo sospechoso», y San Juan de la Cruz fué despojado de los cargos y dignidades que ejercía «por lo mismo que la venerable Ana de Jesús y fray Luis de León solicitaron que fuese elegido comisario general para entender en el gobierno de las carmelitas».

En libertad para fijar su residencia, San Juan de la Cruz, espíritu siempre en éxtasis, decidió ir á morar al viejo monasterio de La Peñuela. Y al emprender el camino se detuvo en Segovia, donde Francisco de Yepes Alvarez, su hermano, se despidió de él tal vez hasta la Eternidad.

Verídica noticia de lo que era La Peñuela, Tebaida de ermitaños en las mismas entrañas de Sierra Morena, encontramos en el *Ensayo histórico* (1875) que acerca del sublime poeta místico escribió el canónigo lectoral de la iglesia catedral de Jaén, D. Manuel Muñoz Garnica: «La Peñuela era un desierto en el obispado y provincia



Grabado que figura en el «Ensayo histórico», que acerca de San Juan de la Cruz publicó en 1875 el canónigo lectoral de la iglesia Catedral de Jaén Dr. D. Manuel Muñoz Garnica

de Jaén, término y jurisdicción de Baeza. El sitio que ocupaba La Peñuela es hoy La Carolina, capital por breves años de las nuevas poblaciones fundadas en Sierra Morena en el reinado de Carlos III, bajo la dirección de Olavide, autor de *El Evangelio en triunfo*.» Catorce ermitaños habitaban allí, presididos por Diego Fernández, natural de Baeza. Los dirigía y visitaba Alvaro Núñez Marcelo, discípulo del venerable Avila. Los ermitaños vivían entregados á la oración y á la penitencia, y tendrían que abrazar alguna de las religiones aprobadas para conformarse á las prescripciones del Santo Concilio de Trento. Vió por sus propios ojos el padre Gabriel que la vida de estos solitarios no se diferenciaba de la que llevaban los reformados carmelitas: fácilmente se convino en que los ermitaños abrazarían la Reforma si el obispo de Jaén cedía la ermita de La Peñuela para esta nueva fundación.»

Después de algunos contratiempos (entre ellos, la grave enfermedad que padecía el príncipe Ruy Gómez de Silva, á quien atendieron mucho los religiosos de la Descalcez), se instaura la Reforma del Carmelo en las ermitas de Los Santos Mártires, de Granada (19 de Mayo de 1573), y La Peñuela, de Jaén (29 de Junio de igual año), gracias á la perseverancia de un *mitigado* ubetense: fray Gabriel de La Peñuela. De esta última fecha á la de Julio de 1591, en la que San Juan de la Cruz se recoge á la *divina soledad* del viejo monasterio situado en la abrupta preñez

San Juan de la Cruz

de Sierra Morena, transcurren los años de exaltación, de lucha, de éxtasis, de penitencia, del incomparable poeta.

... Y harto cansado de las miserias y tristezas del mundo, «que hasta el oírle nombrar le mortificaba», salió de Segovia para ir á refugiarse en el lugar humildísimo que los ya citados montes cercaban.

EL POETA

Refieren los biógrafos y críticos de San Juan de la Cruz que éste corrigió sus escritos en el apartamento mundano de La Peñuela. Aquel *Cántico espiritual* que compuso en la cárcel de Toledo («Era una celdilla angosta, oscura y hedionda, con una tabla y dos mantas viejas por cama: no le daba la luz de noche, ni entre día tenía otra sino la que entraba por un pequeño resquicio con que apenas podía rezar en su Breviario», dice Jerónimo de San José en *Dibujo del venerable fray Juan de la Cruz*) y comentó en Granada á instancia de la religiosa Ana de Jesús, fué retocado en el definitivo retiro de Sierra Morena. Escribió entonces unas *Reglas para discernir los milagros verdaderos de los falsos*; un tratado (que destinó á las carmelitas de Beas de Segura) con el título de *Espinas del espíritu*, y otro bosquejo místico intitulado *Propiedades del pájaro solitario*.

De todos los poetas «afavorados», que decía la Santa de Avila, ninguno como el *Doctor Extático*. En absoluto desprecio de las ruinas de la carne, vaga por aquellos montes y espesuras de La Peñuela, con asombro de los religiosos sus hermanos, recogiendo para su espíritu la sublime majestad de los parajes, en diálogo inintermitido con el Esposo.

«Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero;
Que no saben decirme lo que quiero.
Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que queda balbuciendo.»

Un no sé qué que queda balbuciendo; he aquí lo que deleita en la inimitable poesía de San Juan de la Cruz, superior á la de todos los místicos. *Subida del Monte Carmelo*, *Noche oscura del alma*, *Llama de amor viva*, *Avisos y sentencias espirituales* y el *Cántico*, no son escritos que hubiera animado una inspiración elevadísima; son los «momentos» de más absoluta depuración espiritual que pueden concebirse en un ser elegido y único. Poesía, no de hombre, sino de ángel.

Su acción interior no se limitó á las obras citadas, sino que el santo escribió otras varias, en su mayoría tratadillos y apuntes, romances acerca de los misterios de la religión, glosas y coplas, cartas, muchas de las cuales se han perdido (es digna de conocerse la que dirigió á las carmelitas de Beas de Segura, y se guarda en el relicario de Pastrana, monasterio fundado en 13 de Julio de 1569, gracias á la princesa de Eboli). Las carmelitas de Jaén (1) conservan un códice en el que figuran los siguientes escritos de San Juan de la Cruz: *Llama de amor viva*, sin las glosas; el manuscrito del *Cántico espiritual* con todas sus *Declaraciones*; *Canciones del alma*, algunas coplas hechas sobre un éxtasis de *harta contemplación*; otras del alma que *pena por ver á Dios*, un *Cantar del Alma que se goza de conocer á Dios por fe*, glosas «á lo divino» y todos los *Romances* conocidos.

EL SANTO

Sería necesario recorrer, paso á paso, los lugares que interesan á la vida ejemplar del santo:

(1) Hablamos con la actual superiora de las Carmelitas Descalzas de Jaén, sor Ana María de San José, quien nos manifestó que, en efecto, obra en poder de las citadas Carmelitas el códice á que aludimos. Sor Ana, contestando á nuestras preguntas, nos dice ser cierto que la religiosa Ana de Jesús entregó el códice «en cuadernos sueltos» á una novicia de un convento de Granada, que después vino á fundar el de las Descalzas de Jaén y á ser priora del mismo. A dicha novicia, llamada Isabel de la Encarnación, se debe que los escritos del santo (un volumen en octavo con cubiertas de terciopelo encarnado, cortes dorados y manecillas de plata) los conserven las Descalzas. No se sabe ciertamente si los autógrafos son tales; porque, fundando su parecer en que «están demasiado bien escritos en letra primorosa», los padres de la Orden niegan autenticidad á los mismos. Así nos lo expresó sor Ana María de San José, remitiéndonos á la obra completa de Silveiro de Santa Teresa.

Fontiveros, Duruelo, Alcalá, Avila, Pastrana, Segovia, Medina del Campo, Beas de Segura, Granada, Ubeda, La Peñuela... Sería necesario para poder estimar directamente, con minuciosa delectación, la huella de sublimidad de aquel ser angélico. En la provincia de Jaén transcurrieron muchos años de su preciosa existencia. Por primera vez deteniéndose en Beas de Segura, causando el natural asombro en las religiosas del monasterio que fundó Santa Teresa. Iba de paso, para el desierto del Monte Calvario, entre Iznatoraf, Villacarrillo y Villanueva del Arzobispo.

Allí, en «la casita de un clérigo amante de la soledad», fundó San Juan de la Cruz otro monasterio, y á Diciembre de 1576 dijeron la primera misa en «un cerrillo con la figura del Calvario». Al decir de Muñoz Garnica, «vivían los religiosos en estrecha pobreza: comían frutas, lechugas, raíces ó yerba y algunos peces que les daba el río».

Treinta y siete años tendría el santo cuando volvió al desierto de Monte Calvario á ejercer el vicariato. Escribió allí *Subida del Monte Carmelo* y *Noche oscura del alma*. Después, llevando «en un jumentillo el servicio del altar», acude con varios carmelitas y solitarios á una nueva fundación en Baeza. Camino de Madrid, predicó en Linarés; dirigió más tarde las fundaciones de Sabiote, Mancha Real y Ubeda.

Y en tanto que los enemigos de la Descalcez seguían fraguando tretas contra el austero penitente, la fama de sus virtudes le ganaba admiraciones fervorosas. Aquel hechizo de sana milagrería que irradiaba de toda su persona, como elegido de Dios, trocaba la humana arcilla en carne de santidad, alma pura que fluía

en los versos y en la piedad del hijo de Gonzalo de Yepes.

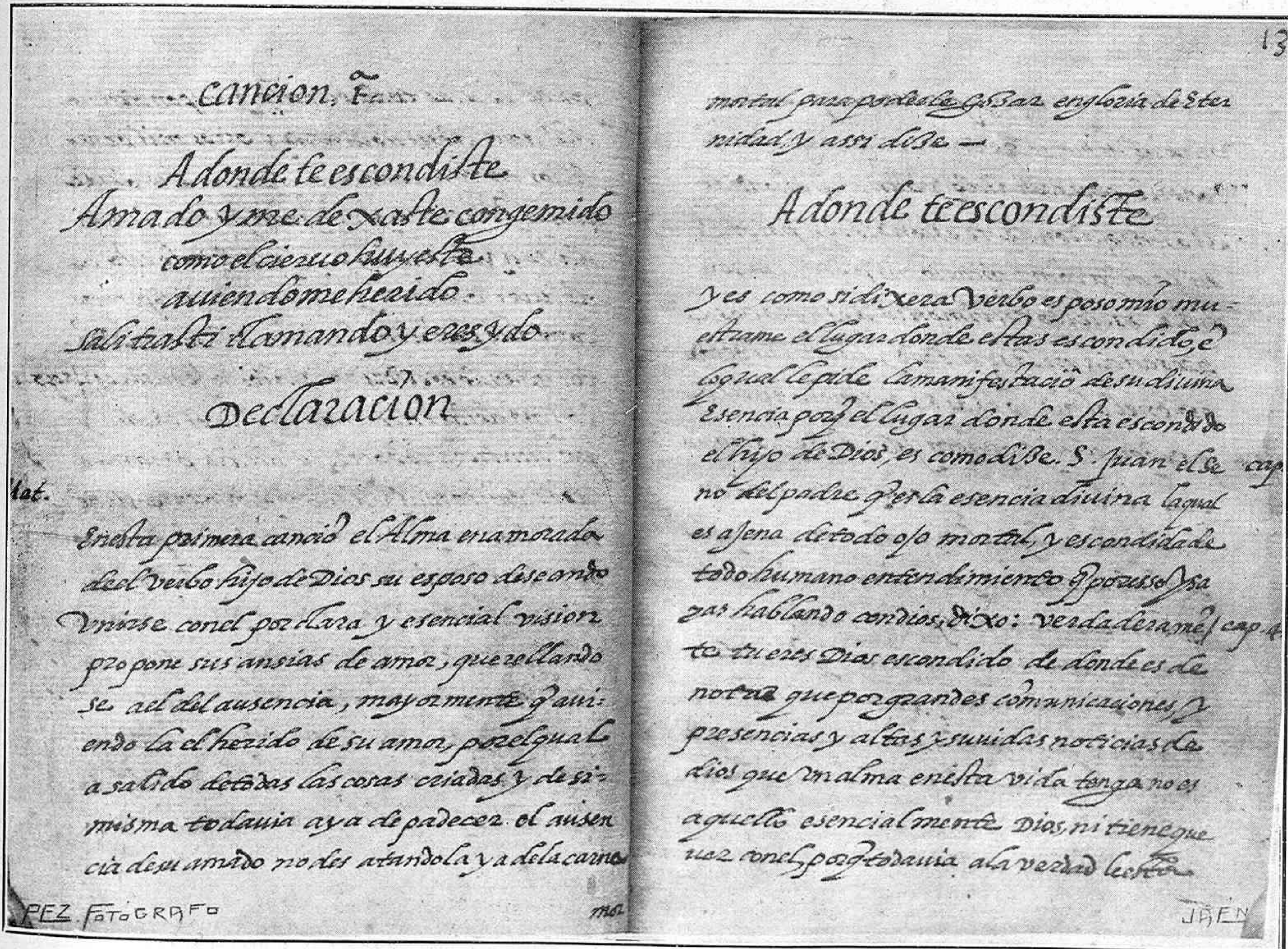
En más de una ocasión había dicho: «La piedra que no está bien labrada, señal es de que aspira á mayor perfección y pulimento.» Y á fe que él supo labrar la suya. Harto de las flaquezas del mundo y por completo dolorido, acogióse á su tranquilo retiro de La Peñuela, abrasado en amor inextinguible por las Santas Escrituras.

Allí vivió hasta que, acometido de unas calenturas que no pudo disimular, puesto que le derribaron en cama, y de «una violenta inflamación en la pierna derecha», hubo de salir, por mandato del provincial de Granada, para la ciudad de Ubeda á últimos de Septiembre de 1591, según reza una carta que San Juan de la Cruz escribió á D.^a Ana de Peñalosa. Era prior del convento carmelitano de Ubeda el padre Crisóstomo, «resentido con el santo al par que su compatriota el sevillano fray Diego Evangelista»; recibiólo «con repugnancia», tanto más cuanto que se le formaron cinco úlceras en la pierna, en forma de cruz.

En 7 de Diciembre, un licenciado, Villarroel, mandó que le dieran el Viático; el 12 pidió el santo los Sacramentos. «Los recibió con lágrimas; pidió perdón á todos por las molestias que les causaba en su enfermedad y agradeció el esmero con que procuraban asistirle y consolarle.»

A 14 del mes y año citados, murió San Juan de la Cruz, siervo de Dios, habiendo hecho que le leyeran algunos pasajes del *Cantar de los cantares*.

LUIS GONZALEZ LOPEZ



Autógrafo de San Juan de la Cruz que se conserva en las Carmelitas Descalzas de Jaén



HE aquí uno de los dos taboros de fines del siglo XVII, únicos por sus dimensiones, 1,35 de alto por 1,67 de ancho, por su decoración y construcción especial y esmeradísima.

Están estos taboros, contruidos con barro, llamado vulgarmente aromático, elegantemente ornamentados. El artífice hizo expresamente á mano este hermosísimo trabajo, como lo demuestra su forma ovalada y la originalidad del conjunto, no valiéndose, por lo tanto, de la rueda ó torno de alfarero, lo cual avalora esta obra, digna del mejor Museo.

Estos taboros tienen un valor artístico é histórico de suma importancia para España y

América. Artístico, porque su decoración en oro y colores, representando vegetales y animales, águilas bicéfalas imperiales, carneros, leones, figuras humanas, como cabezas de ángeles y un personaje de cuerpo entero en el frente superior de cada tabor, los hace únicos en su género, pues los elementos de decoración en relieve y su particular y especial policromía no existen en los vasos y taboros de la célebre colección de los condes de Oñate, existente en nuestro Museo Arqueológico, conceptuado como uno de los mejores. Histórico, porque es un documento que acredita lo que fué el arte hispanoamericano en esa época, á la par que el personaje que se en-

cuentra en el cuello vestido á la manera de Felipe IV, es el retrato alusivo á aquel para quien fueron contruidos, á la sazón virrey de Nueva España, lo que puede probarse en el archivo de prócer de esta corte.

Su magnificencia sobrepasa, por su elegante y artística construcción, á todas las piezas similares. Profundo admirador del hombre que por su intenso trabajo y vastísimos conocimientos es honra de la patria, señor Mérida, director de nuestro Museo Arqueológico, encaminé mis pasos á su santo hogar, para inquirir del sabio su opinión. Condensada quedó en estas palabras: «¡Son de grandísimo interés!» — X. X.

CAMARON

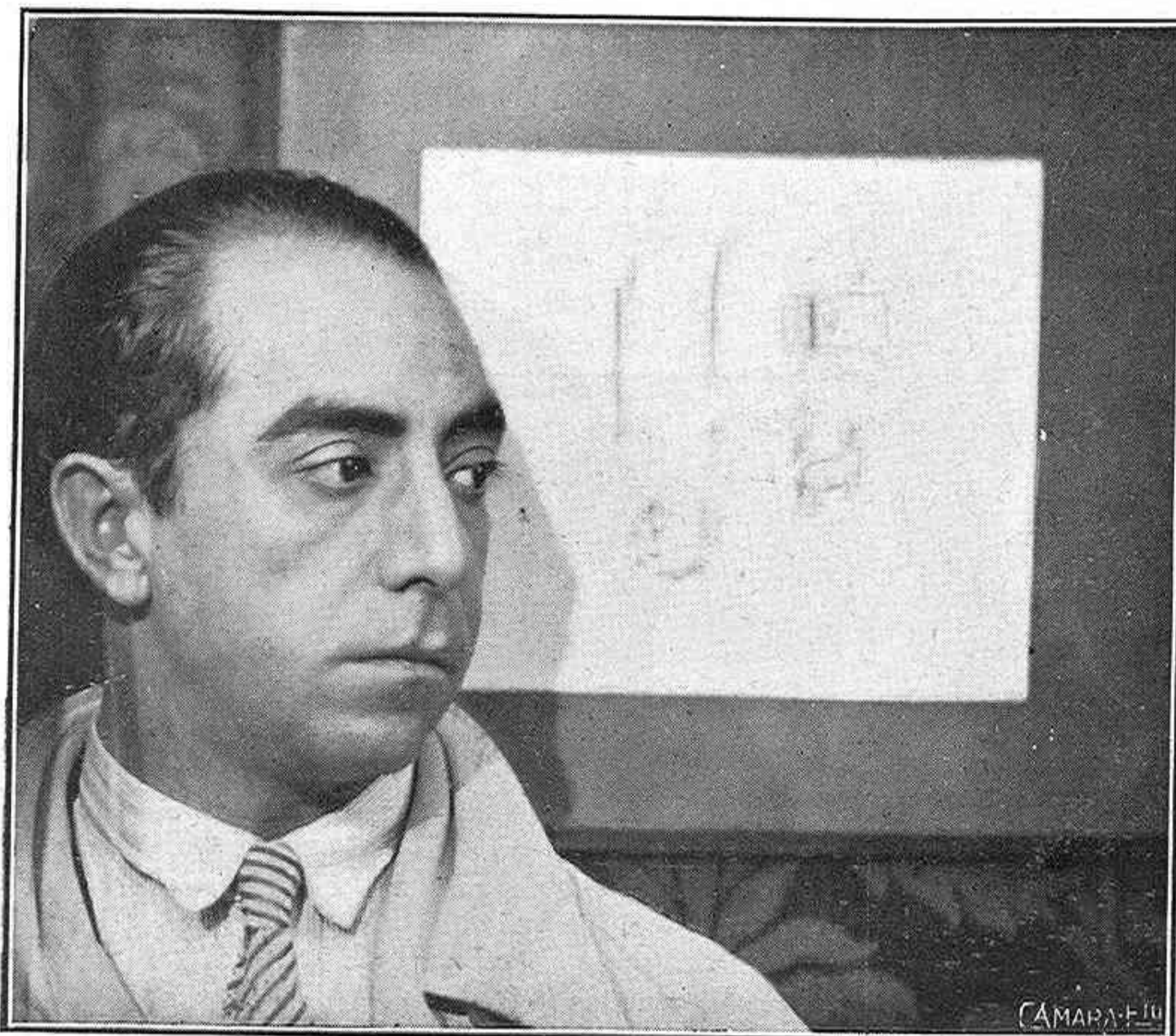
EXPOSICION ESPLANDIU

Lo que ha dado París á un dibujante

El caso del dibujante mozo que emigra á París «buscando mayor espacio para sus hazañas», logra hacerse un lugar y vivir de su arte, y retorna á España para mostrarnos en una Exposición cómo ha depurado su arte para conseguir hacerle triunfador, no es completamente nuevo; pero tampoco es de todos los días, y los que tal hacen y tanto logran, bien merecen ser señalados á la consideración pública.

Así ahora Juanito Esplandiu, que en el Salón de *Heraldo de Madrid* nos da en 61 dibujos una interpretación absolutamente personal de aspectos muy diversos de la vida y el paisaje de París: el hecho de que dibujos semejantes, con la misma firma al pie, sean favorablemente acogidos por la Prensa de la capital de Francia, demuestra que esa interpretación, además de ser muy artística, es muy real. Así como Esplandiu ve á París, le ven, aunque á veces no logran interpretarle del mismo modo, los grandes dibujantes franceses, mejor afamados actualmente.

París está bien visto en los dibujos de Esplandiu. Sus tipos reflejan exactamente modalidades distintas de aquellas gentes á que la imaginación suele adornar con indumentos y empaques de figurines de modas, y que en los medios pintorescos frecuentados por el lápiz de Esplandiu suelen ser todo lo contrario, poco elegantes, desgarradotes, sin «línea», pero muy concordantes con los fondos en que se mueven, que tampoco suelen ser lugares de suprema elegancia. El Bishot, la feria de Italia, Courbevoie, Grenelle, y aun el mismo Bosque en domingo, para ser un poco satírico, de Esplandiu nos ha



JUAN ESPLANDIU

traído á su Exposición, para desencanto de los que sueñan un París ideal, modelo de toda suerte de perfecciones estéticas y espirituales.

¿Es igualmente acertado el modo de expresión? En otros términos, ¿ha ganado ó ha perdido el arte de Esplandiu con esa prolongada estancia en las cercanías del Sena?

Evidentemente ha ganado. Eran antes los dibujos del joven artista más apretados de línea, buceaban con exactitud el natural minuciosamente detallado con finura de perfecto objetivo; eran, por eso mismo, dibujos perfectos; pero perfectos de un modo vulgar, mostraban exactamente el personaje externo íntegro, pero no sabía de él lo que tenía dentro.

Ahora la línea es más suelta, menos ajustada, en apariencia al menos; pero infinitamente más expresiva, da no sólo lo externo, sino lo interno de la persona ó de la cosa, lo indefinible, que sólo

percibe el que adquirió la mirada penetrante, que, convertidas sus visuales en rayos X, descubre lo íntimo de personas y cosas.

Es la diferencia fundamental entre los dibujos depurados de artista, á la manera de Esplandiu, y los dibujos infantiles á que un ignaro ingenuo siente la tentación de compararlos, sobre todo si sólo vió las limpias aguadas á través de la fotografía. Cada trozo en los dibujos expresivos tiene un fuerte valor de expresión, halla y cuenta una modalidad del personaje; en los dibujos infantiles son ensayos perdidos que, á veces, cuando se trata de una cualidad, que es toda la figura, son expresivos también, pero sin hondura, sin penetración, sin arte; en suma: son como los polos antitéticos.

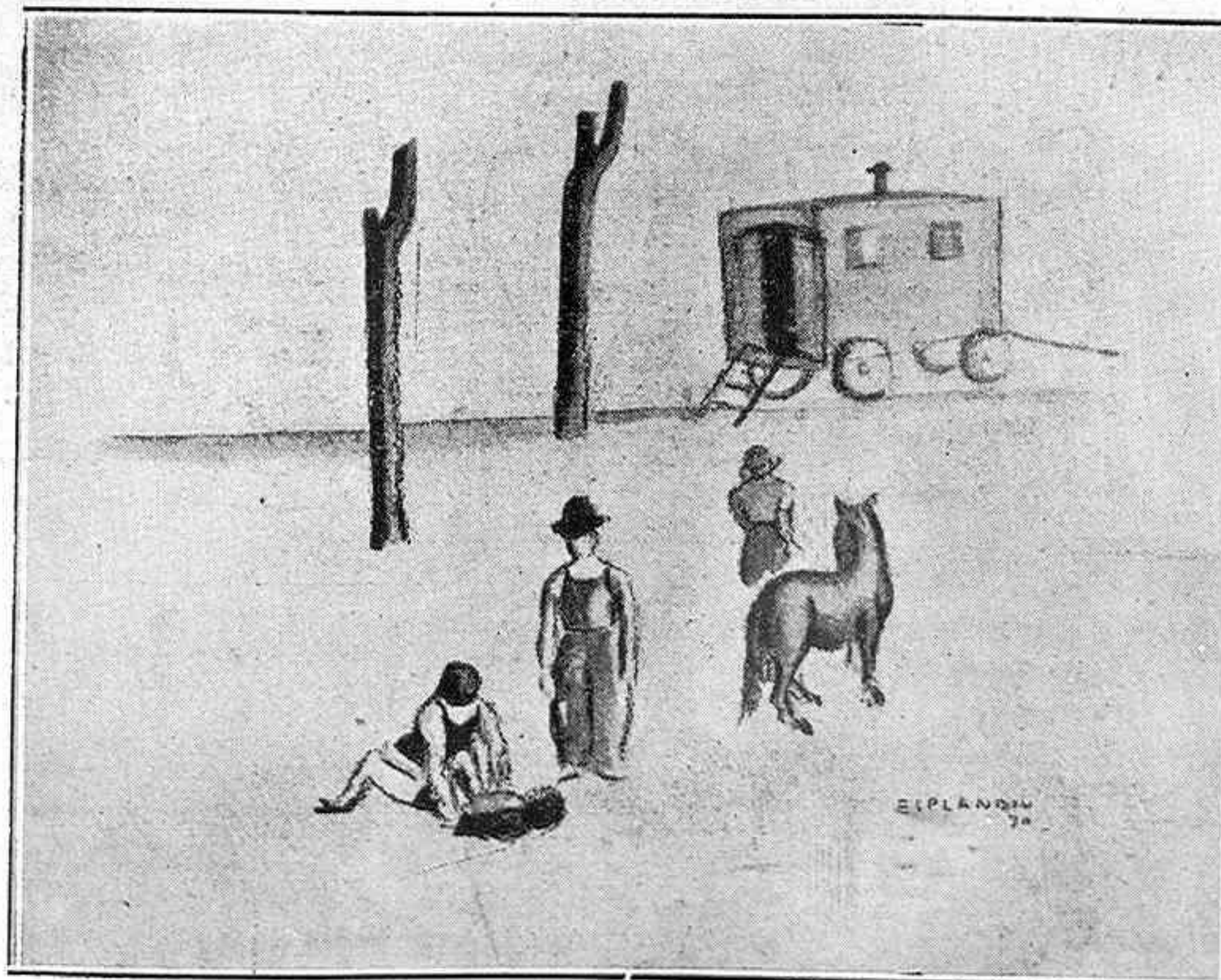
En definitiva, la suprema sencillez de los dibujos de Esplandiu, en que líneas y superficies, tenuemente coloreadas, tienen valores de relación imposibles de traducir, por su finura, en imagen fotográfica, son aparentemente sencillos; pero con la sencillez sintética que consideraba como ideal supremo de arte el crítico que predicaba: «Para pintar un bigote de un brochazo es necesario haber pintado muchos bigotes pelo á pelo.»

Esto es lo que ha ganado en París el arte de Esplandiu: antes dibujaba las figuras y los lugares línea á línea; ahora los pinta de un brochazo, si vale hablar así; pero de un brochazo que, gracias á la labor analítica anterior, puede ser realmente sintético y expresivo.

SANTIAGO HERRERA



«Promenade»



«Circo ambulante»



Capelina de paja, con adorno de seda en forma de grandes flores (Modelo Marcelle Roze)

Elegancias



Sombrero de paja, cubierto con crespón de seda estampado (Modelo Marcelle Roze)

Las carreras de caballos en el lindo Hipódromo de Aranjuez son esperadas siempre con verdadera impaciencia por parte de las mujeres, que encuentran allí una ocasión más donde exhibir su belleza y su elegancia.

Las últimamente celebradas vieron favorecidas por una espléndida multitud aristocrática, entre la cual destacaban las más bellas mujeres, ataviadas con un lujo verdaderamente inusitado.

Deportivamente, el programa no llegó á interesarnos; pero la tarde magnífica, ideal; el ambiente perfumado de flores silvestres, y la temperatura cálida, fueron alicientes sobrados para que el espectáculo nos deslumbrase.

de la moda, nunca hubiéramos podido pensar que la transformación iba á ser tan radical como lo es en esta ocasión.

Aquí, en Madrid, durante las carreras celebradas en nuestro Hipódromo, desde que comenzó la Primavera, íbamos poco á poco observando la evolución de la moda; pero como los días eran aún frescos, las mujeres acudían ataviadas con trajes esencialmente deportivos, inspirados — eso sí — en las nuevas tendencias, pero que diferían tan sólo de los del invierno en que el *pull-over* era substituído por una blusa blanca ó de tonos pálidos, y la falda era unos centímetros más larga. Ahora vemos que la transformación de la línea es absoluta.



Abrigo de noche en fulgurante blanco, guarnecido de «renard» negro (Modelo Renée.—Fot. Hugelmann)



Vestido de «crêpe georgette» negro (Modelos Maginon)

Abrigo de verano en «crêpe» romano

La impresión que hemos recibido respecto á los modelos exhibidos en estas carreras ha sido realmente desconcertante, pues casi todas las mujeres se han presentado ataviadas con trajes de faldas largas, casi hasta los pies, con amplios volos; cuerpos ceñidos, con el talle en su sitio normal, y sin mangas, y cubiertos los brazos hasta el codo con guantes de cabritilla, blancos ó negros.

Por mucho que hubiésemos fantaseado respecto al cambio



Vestido de «crêpe» de China estampado (Modelos Martial et Armand)

Vestido de crespón verde seco



Capelina en «bankok» negro, guarnecida de pequeños bieses, en «taffetas» del mismo tono
(Modelo Norder)



Sombrerito con la copa de seda negra y el ala de paja labrada, evantada sobre la frente
(Modelo Alphonsine)

(Fots. Hugelmann)

La boga de las telas sutiles favorece á la de las faldas exageradamente largas, y la tendencia nos parece acertada, después de haber admirado tantos y tan varios modelos así inspirados.

Sería absurdo pretender que para la calle se llevaran algunos de los modelos exhibidos en las carreras de Aranjuez; pero para mucho vestir están perfectamente aplicados estos vestidos inspirados en los temas clásicos, de líneas puras y exquisitas.

Entre todos los modelos vistos destaca en nuestra memoria, por habernos llamado poderosamente la atención, uno de organdí blanco con el cuerpo breve, tan ceñido al busto que se adivinaba la estatua viva de la maniquí. La falda larga, casi hasta los pies, se desenvolvía en un conjunto alado de armoniosas líneas flotantes, conseguidas por medio de cortes sabiamente logrados, y el brazo, aun cuando no llevaba manga alguna, iba cubierto hasta el codo con guantes de gamuza negra combinada con blanco. Por último, la cabeza tocábase con una capelina de paja blanca, tan fina, que casi parecía etérea.

Hemos visto multitud de modelos en museli-



Vestido de noche en tul negro, con adorno de «strass»

nas lisas y estampadas, que se inspiraban en las mismas tendencias de amplitud y largura de las faldas. Algunos de ellos se acompañaban de una capa ó casaca de la misma tela, sin forro y sin cuello, por la que aún aparecían más vaporosas.

Las telas de pesada caída han inspirado muy lindas creaciones en trajes de mucho vestir, y de aquí que en este concurso hípico se hayan visto en profusión, especialmente en los modelos de un solo tono, bien fuera negro ó blanco. Los cortes complicados son la característica más destacada de estos vestidos, en los que también se ven mucho los lazos y los volantes en forma, cruzando todo el cuerpo, desde la espalda hasta el borde de la falda.

Nuestra impresión, en conjunto, ha sido agradable. Nos han sorprendido las carreras de Aranjuez por su novedad y su belleza. Ello nos ha dado la sensación de que las mujeres de España han llegado, en esto de vestir bien, á un refinamiento y una elegancia que nada tienen que envidiar á las de otros países, incluso el mismo París.

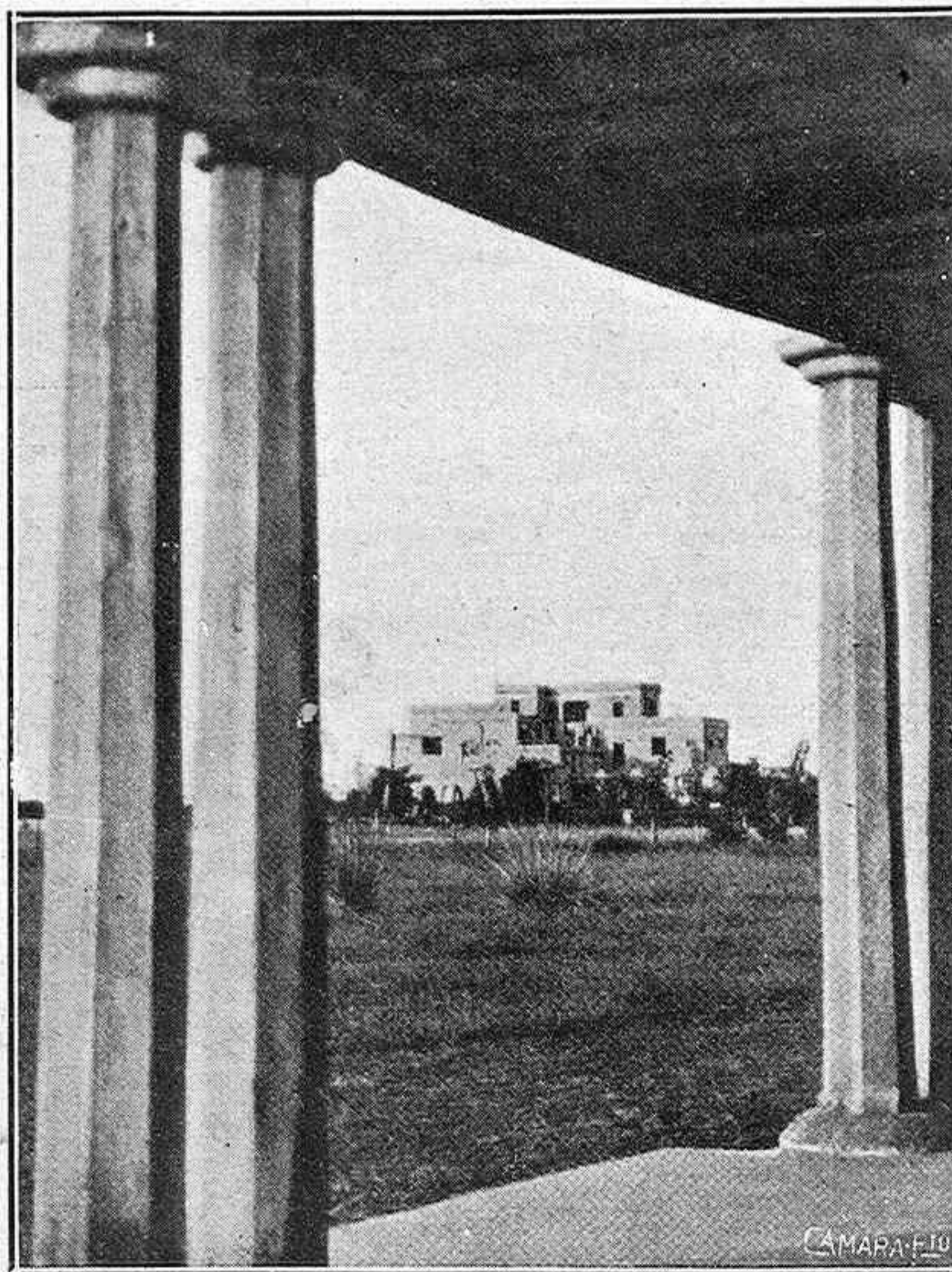
ANGELITA NARDI

A TRAVÉS DEL MUNDO

Unos ciento cincuenta kilómetros de Calcuta yérguese solitaria y austera, en el campo, la *Escuela Santiniketan*, fundada hará cosa de treinta años por el gran poeta y pensador indio Sir Rabindranath Tagore. La *Escuela Santiniketan* es un establecimiento sin par en el mundo docente. Tangible evidencia del sueño de un poeta, es al mismo tiempo algo tan práctico en su aplicación que su nombre promete ser tan familiar á la posteridad culta como los de Oxford, Heidelberg ó Salamanca.

No nació de improviso la Universidad india de referencia. Poseía ya una gran tradición escolástica, cuyas raíces se adentraban en el pasado milenar del país, cuando verdaderas colonias de sabios se retiraban á los bosques impenetrables para meditar en monacal aislamiento sobre el significado de la vida y el lugar que el hombre ocupa en ella. Según palabras del mismo Rabindranath Tagore, la *Escuela Santiniketan* es como una materialización del intenso deseo, experimentado en su propia niñez, de escapar de las prisiones escolásticas y de las cadenas de la enseñanza reglamentada, para entregarse á la libre comunión con la Naturaleza y derivar profundos conocimientos de ese íntimo contacto.

Planeada por Rabindranath Tagore la fundación de su escuela naturalista, eligió para su más propicio emplazamiento la vasta propiedad rústica que heredara de su padre, en la parte menos frecuentada de Bengala, y en la que los diversos cuerpos de edificios se hallan rodeados de frondoso parque y de verdes praderías, donde abundan las fuentes y estanques, á los que dan fresca sombra grupos de palmeras y cocoteros. Un sitio ideal, en suma, por su belleza y apartamiento, para quienes ansían vivir meditando sobre temas espirituales. El desarrollo de la Escuela ha sido gradual, pero regular, incorporándose á la fundación primitiva nuevos pabellones á medida que la afluencia de alumnos ó las visitas de estudios de Rabindranath Tagore al Extranjero, imponían su necesidad. Al departamento de estudiantes jóvenes se añadió, primero, un centro de cultura oriental, y posteriormente, una institución llamada de enlace, donde el Oriente y el Occidente vivieran en perfecta cooperación intelectual y amistosa, al margen de toda diferencia de raza ó de creencia religiosa.



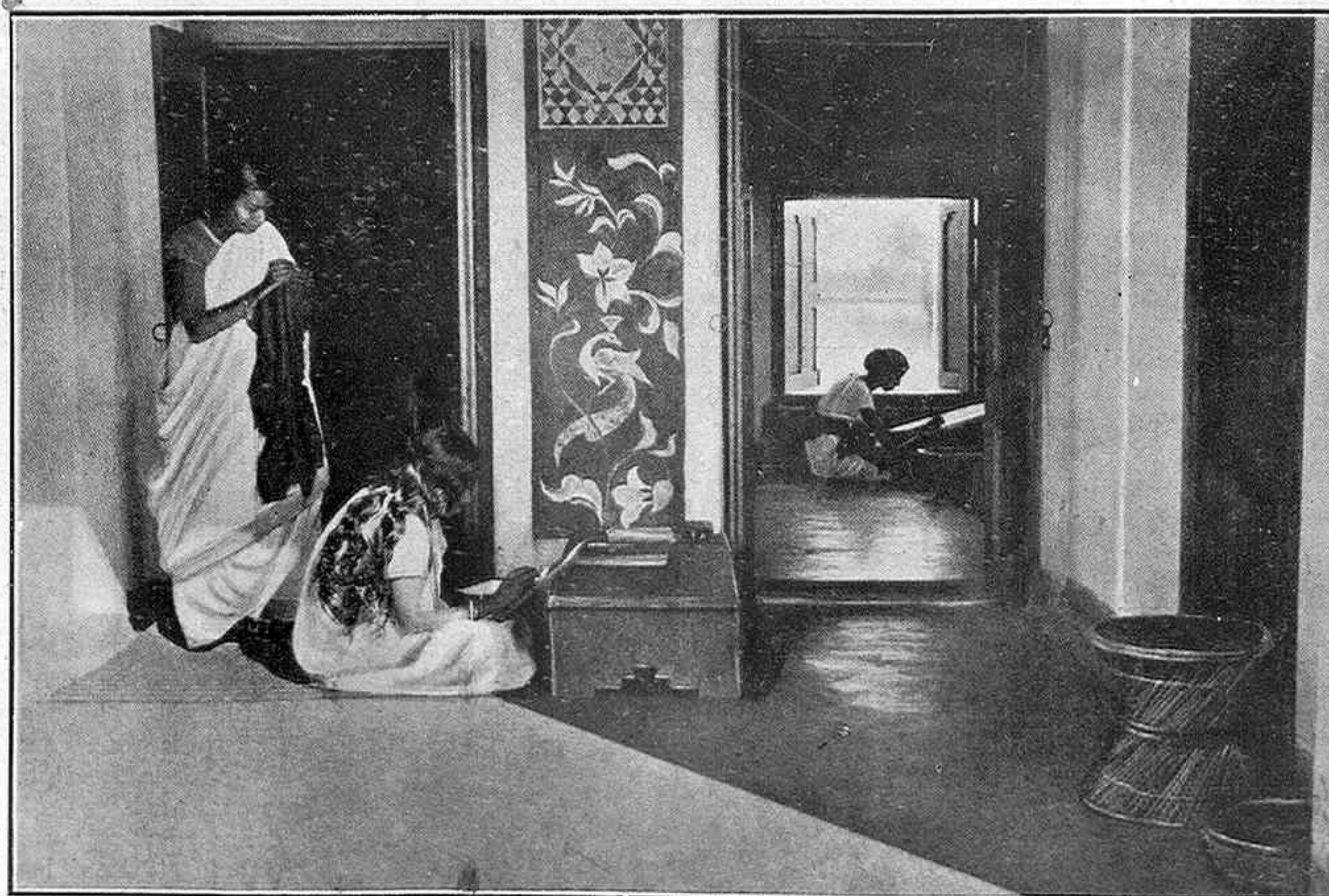
Parte del pórtico de la «Escuela de Santiniketan», en las cercanías de Bengala

Las clases se celebran en pequeños grupos, bajo la sombra de los árboles, y á distintas horas de la mañana y la tarde. Dos veces al día, al amanecer y á la puesta del Sol, profesores y alumnos se reúnen y dedican diez minutos á la meditación, concentrando el pensamiento sobre cualquier punto preferido por el escolar, ya sea éste derivar enseñanzas de alguno de los poemas de Rabindranath Tagore ó reflexionar sobre los pensamientos de los grandes filósofos. El traje obligatorio para los matriculados es el gracioso *saree* indio en las muchachas, y la túnica ó el traje europeo blanco en la población escolar masculina. Durante el curso de 1929 figuraban entre el elemento extranjero un pe-

riodista norteamericano, una maestra superior alemana, una estudiante francesa, pensionada con el premio Albert Kahn, y varios universitarios rusos, japoneses é ingleses.

Las altas especulaciones filosóficas de la *Escuela Santiniketan* no deben oponerse de un modo rotundo á las aproximaciones sentimentales, sin duda favorecidas por el ambiente enervador de la India, y la vida en constante contacto con la Naturaleza, por cuanto ya se han registrado varios matrimonios entre los escolares: dulce terminación de arduos estudios y profundas meditaciones. Así, por ejemplo, el sabio profesor Chahratvarty, secretario del fundador y director de la institución, se casó no ha mucho con una linda muchacha danesa, llegada á la Escuela algunos meses antes. El amor, siempre, naturalmente, que sea lícito, no está incluido entre las restricciones del reglamento. Dichas restricciones se limitan á dos en la Universidad de Tagore: abstención de alimentarse con carne y prohibición absoluta de propaganda religiosa, respetándose, por parte de los profesores y alumnos, las creencias particulares. En cuanto á lo demás, se deja al estudiante plena libertad de exposición de ideas en todas las direcciones, desde el Arte á la Agricultura, desde la Literatura á la albañilería casera, el decorado de habitaciones ó á la reparación de carreteras.

La Universidad está dividida en cuatro secciones, una de ellas especialmente dedicada á entresacar de los antiguos textos chinos y tibetanos los de puro origen sánscrito. Otras secciones se ocupan de indología y de literatura budista y jaina, y de estudios islámicos y zoroástricos. Cuenta la institución con una cátedra de Arte en general y de Música, bajo la dirección de Abindranath y Dimendranath Tagore, hijos del célebre poeta. Por último, dispone la Universidad de las secciones especiales tituladas *College and Junior Schools*, que dirige personalmente el fundador, y á las que dedica todo su cariño. En ese colegio, que pudiera llamarse preparatorio, y al que sólo asisten los estudiantes menores de catorce años, son instruídos en la antigua cultura india, sin perjuicio de familiarizarlos con todas las modernas orientaciones del pensamiento, sobre todo de las encaminadas á la mejora de las condiciones sociales. Desde los primeros cursos se procu-



Alumnas de la «Escuela Santiniketan», fundada por Rabindranath Tagore, en Bengala, practicando libremente las enseñanzas de dibujo y arte decorativo hindú



El gran poeta y pensador indio Rabindranath Tagore, explicando á una de sus nietas, en el hermoso parque de la «Escuela Santiniketan», de Bengala, las hermosuras de la Naturaleza

ra inclinar las aficiones de los escolares al estudio de las organizaciones sociales internacionales, con objeto de hacer fructificar la idea de la paz universal por el perfecto conocimiento de las necesidades materiales y espirituales de los pueblos. Por lo que se refiere al estudio de la Historia, éste se efectúa atendiéndose principalmente al desenvolvimiento cultural de las naciones, y relegando á términos secundarios la narración de guerras y la historia de las dinastías.

Por lo demás, ninguna traba escolástica, ningún precepto estrecho de escuelas ó sistemas para el estudiante de la *Santiniketan* tagoriana. El ilustre fundador lo proclamó desde

el mismo día en que inauguró las enseñanzas, diciendo así: «Para educar ha de dejarse al espíritu en completa libertad; aunque la mayoría de los educadores parecen haberlo olvidado, los niños son seres vivientes—aún más vivientes que los adultos—que se han construído en torno de ellos su caparazón de hábitos y costumbres. De ahí la absoluta necesidad, para su salud y su desarrollo mental, prescindir de las escuelas rutinarias, mostrándoles un mundo cuya fuerza directriz sea el Amor humano, la pura y santa fraternidad entre los hombres. Es lo que justifica la fundación de esta Escuela, donde un grupo humano se congregará para realizar el más alto y más noble fin de la vida

en la paz de la Naturaleza, sin que ello suponga el quietismo místico, la existencia puramente meditativa, sino, por el contrario, la vida plena de acción y de fuerza, de posibilidades y de realizaciones por el esfuerzo humano. Y ese aprendizaje se ha de lograr suavemente, placenteramente, deleitándonos con la fiesta espléndida y eterna que nos ofrece la Naturaleza en sus flores y en sus frutos, mientras jóvenes y ancianos, maestros y discípulos, sentados en torno de la misma mesa, comparten el substento cotidiano y el alimento de lo que todos tenemos de inmortal.»

D. R.

FRENTE A FOUJITA, EL PINTOR MÁS CÉLEBRE DEL MUNDO

ENTREVISTA SENSACIONAL POR EL PERIODISTA DEMETRIO KORSI

CLARO cielo primaveral sobre la urbe babilónica. Domingüero, el sol flecha su oro antiguo sobre el paisaje aristocrático del parque Mont-Souris. Los gorriones se dan un festín de mendrugos sobre la hierba liliputiense. Una glorieta rústica alberga el beso misterioso de dos enamorados, frente a la inocencia de los niños que juegan... París que ama, París que ríe... A la derecha, el Square Mont-Souris. El número tres del pasaje es la villa de Foujita, el más parisiense de los artistas. Paradoja sin complicaciones cuando se conoce al medio y al hombre.

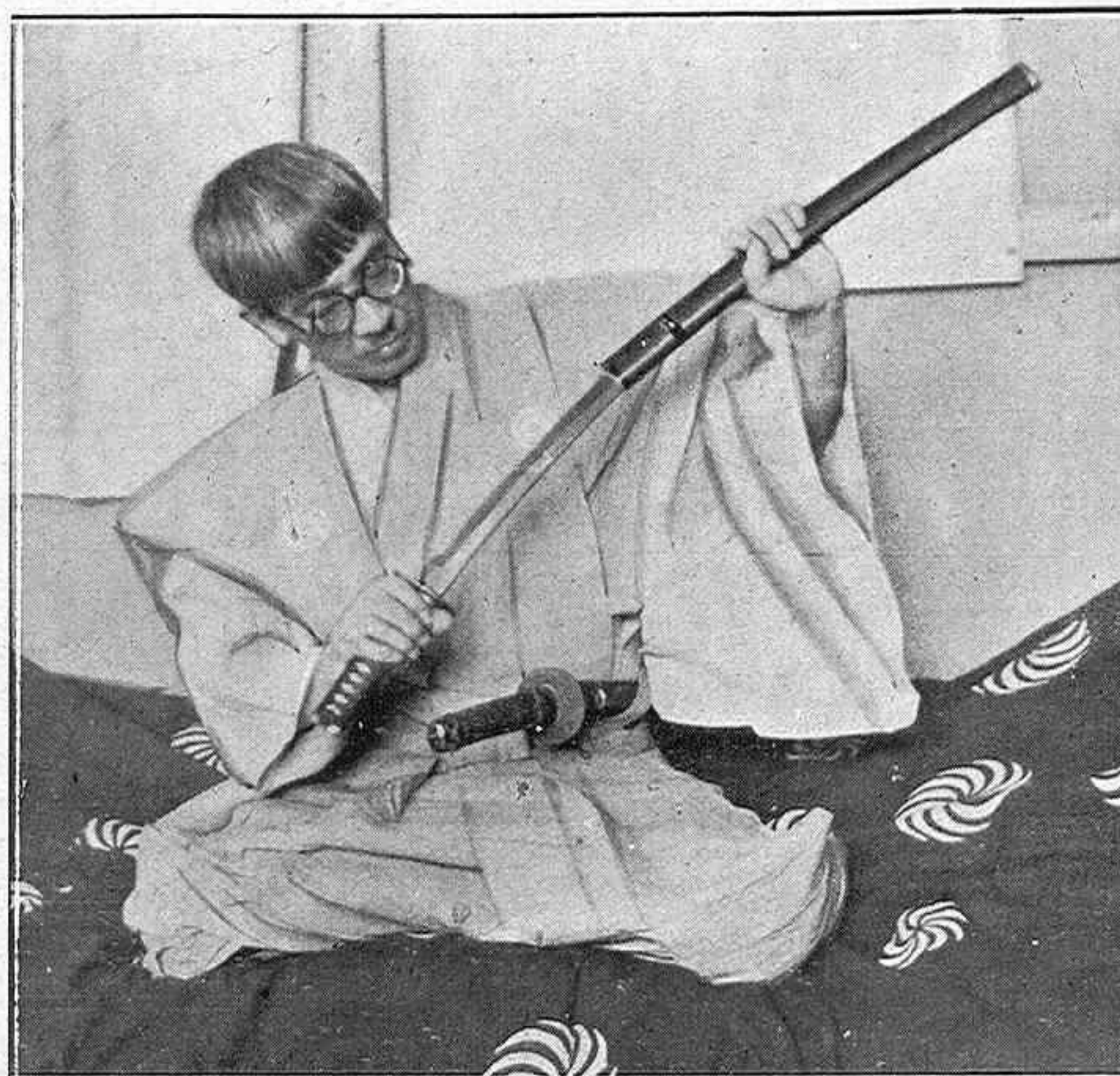
El estudio del pintor. Entro. Foujita yace por tierra, en cuclillas, sobre un cojín. Tiene enfrente, en una de las indolentes posiciones de sus dibujos más característicos, una mujer desnuda, una modelo encantadora. A mi llegada, la modelo, pudibunda, huye a vestirse tras un biombo bordado de arrozales de oro.

Foujita, que ostenta la exquisita cortesía que encantara a Blasco Ibáñez, me indica un asiento con un gesto de no estudiada nobleza. Y después va a preparar el te en el *bar* nipón, erguido en un rincón de la pieza. Esta escena se repite y se repetirá siempre que entréis en la casa de Foujita. Yo mismo, que cultivo con él una amistad que data de viejos tiempos, y como yo, Van Dongen, ó Picasso, ó André Gide, que son como de su casa, siempre encontraremos allí la misma perfecta cortesía, que mantiene las distancias y halaga el respeto a la personalidad. Desde el *bar* nipón me dice, con el paréntesis de su más agradable sonrisa:

—The de Kobe, The sagrado. Mi señora lo ha comprado ella misma. Desdichadamente, la señora de Foujita ha salido—tal vez desde antier—y no podrá acompañarnos a tomarlo.

El japonés lo sirve. La modelo, esbelta y linda, sale detrás del biombo, ya vestida, orgullosa de ser bonita y modelo de Foujita. Este le desliza en la mano un billete, y la chica hace mutis por una puerta.

Foujita, que tiene en la actualidad cuarenta y cuatro años y ha llegado al apogeo de la fama mundial, es un hombre de escasa estatura. Viste ahora a la inglesa. Tiene el cabello recortado en línea recta sobre los ojos, y usa lentes de carey. Le conoce todo París. Ha casado y divorciado tres veces. Ha obtenido los más altos premios por sus obras y es caballero de la Legión de Honor. Su alma, semioccidental, con todos los atavismos del Japón antiguo y los esnobismos del París moderno, es compleja é ingenua. La vida le ha sonreído, y él sonríe, reflejamente, contento de sí mismo y de su lápiz, que le entregó la fama con unos



Foujita, vestido de samuray

cuantos trazos sobre una tela blanca. Este artista acaba de llegar de un viaje circun-terrestre. Fué a visitar a su padre al Japón. Noble romería. Tenía diez y siete años de haber abandonado su país, y, a su regreso, su patria lo acogió magníficamente. Pero París lo reclamaba con su voz de sirena, y la expedición sólo duró seis meses.

—No puedo vivir fuera de París—me explica—. No me divertí bastante en Tokio. No hay vida comparable a la de París. Además, mi señora se aburría en el Japón...



Foujita, vestido de comerciante japonés

Al hablar del acogimiento que su país le hiciera, se exalta:

—Hice dos exposiciones. Una en Tokio, otra en Osaka. Las visitaron treinta mil personas. Cada persona pagaba seis francos cincuenta céntimos por entrada. Mucho dinero... ¿Comprende? Y luego fueron a ver mis telas ocho príncipes de la familia real y el hermano del Emperador. El Emperador no va nunca a ninguna Exposición. ¿Comprende?

Este artista tiene la manía de la meticulosidad en los detalles de cuentas. Así fué que me hizo una explicación técnica de lo que gastó en su viaje—trescientos mil francos—, desde lo que costaron los pasajes hasta lo que pagaba en el Hotel Imperial de Tokio, donde asombró a la ciudad con su equipaje de sesenta baúles, sus propinas principescas y su mujer francesa.

—Además—me dice—di diez y siete conferencias sobre arte.

Y cigarrillo tras cigarrillo, continúa hablando de su viaje al Japón, de los precios de boletos de trenes, de la fatiga de su señora en un medio ambiente donde la vida social no existe. De vez en cuando, indolentemente, con la yema de sus dedos amarillos, acaricia una tarjeta postal clavada sobre el muro, una tarjeta que dice: «Nos deux coeurs sont unis par la pensée». Nuestros corazones están unidos por el pensamiento. Mientras me conversa, lo observo profundamente. No hay duda que un desencanto, tal vez sentimental, desgarró esta pobre alma de artista célebre: el dolor de saber que siempre será un oriental, un incomprendido de esta civilización, tan cercana y tan lejana... La tristeza de la inferioridad racial, la repulsa para con el hombre amarillo, que «viene de lejos y va al porvenir». Porque, a pesar de sus diez y siete años en París, a pesar de ser el más parisiense de los artistas, Foujita vive solo. Dentro de un rato le oiréis explicarse acerca del amor, y sobre todo del amor conyugal.

—¿Su religión, Foujita?

—Budista, siempre budista.

—¿Ha vendido muchas telas en los Estados Unidos?

—Los Estados Unidos no me interesan. Exprofeso no he querido vender casi nada en ese país. En cambio, México es una tierra que me encanta, y adonde iría de buena gana. Conocí un mexicano, un gran pintor; se llama Diego Rivera.

Se recoge un instante y me dice:

—¿Sabe? No pagué aduana ni en Francia ni en el Japón. Y eso que traía regalos importantes de la familia real: servicios de argentería.

Mientras tanto el fotógrafo lo ejecuta una, dos, diez, veinte veces. Foujita va amoldándose a las diferentes poses exigidas, y a veces abre un gran bulto de ropa y saca ves-

tidos exóticos, maravillosos, que se complace en ponerse para que le fotografien así. Bien el traje soberbio de samuray, que perteneció á su bisabuelo, un Foujita de mucho rango, ó bien el traje de gala de teatro, que data del siglo XVIII, ó el humilde traje negro de los obreros japoneses. Al ponerse una banda sobre la cabeza para completar el tocado de este traje, me dice:

—Hay cincuenta maneras de hacer el lazo que sostiene esta banda. Observe que casi todos los vestidos tienen bordados el nombre de la familia Foujita. Así, la servidumbre tiene que comportarse correctamente en la calle, porque se reconocería en seguida á qué familia pertenece el doméstico mal criado.

No puedo dejar de hacerle notar que sabe posar de una manera admirable.

—En París—responde—, Mistinguett y yo somos los que mejor posamos. Soy muy amigo de Mistinguett. ¿Comprende?

Por algún incidente de la conversación, volvemos á hablar de su viaje de vuelta al mundo, y añade:

—A mi llegada á New York me esperaban diez fotógrafos, veinte en San Francisco y cincuenta en Tokio.

—Y á su regreso, Foujita, ¿cuál fué su mayor sorpresa?

—¿Mi mayor sorpresa? Me la causó mi cocinero. Este hombre jugó al *baccarat* ocho mil francos del dinero que le había dejado para gastos de mi casa, y los perdió.

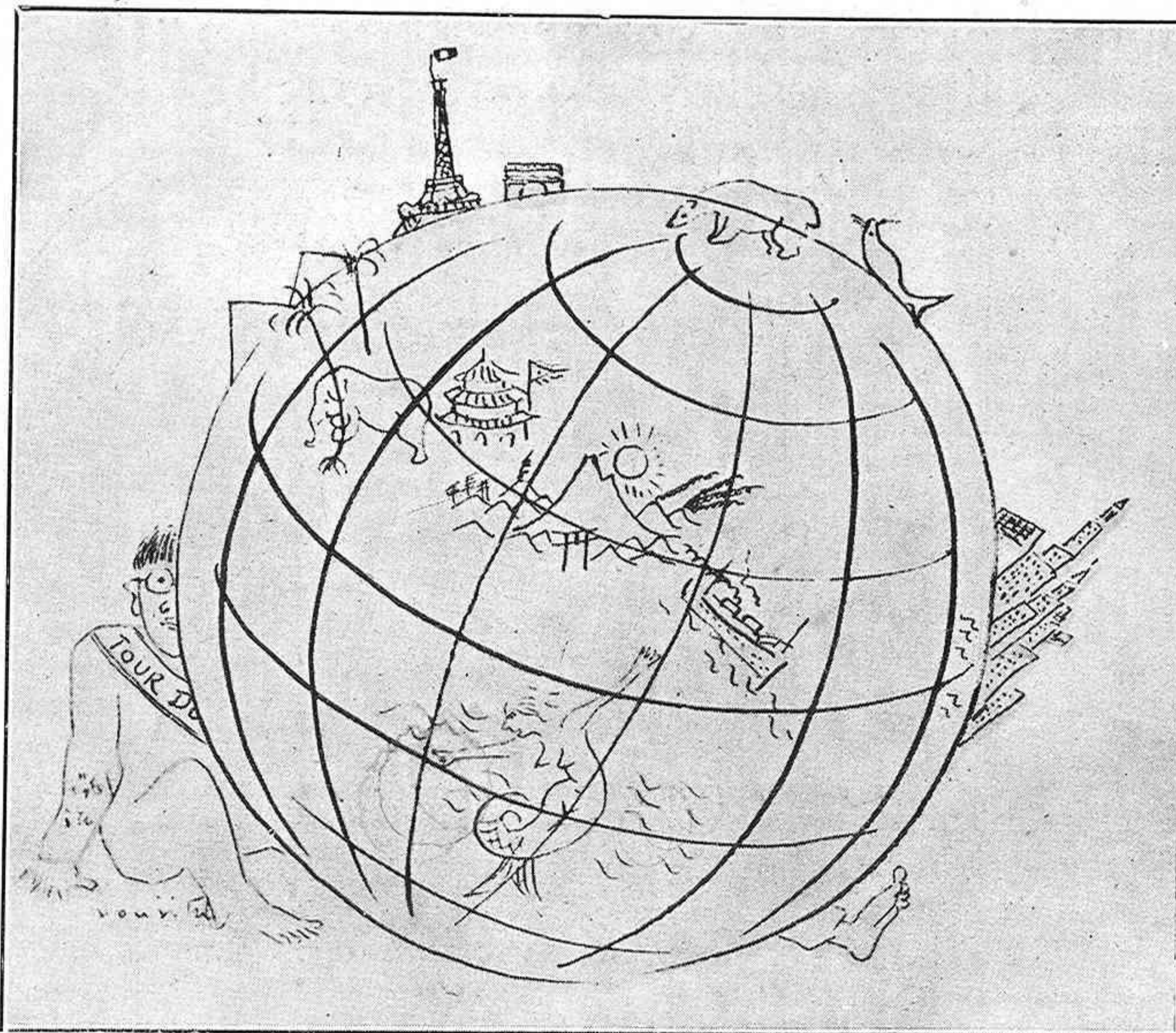
Hablando del juego me dice:

—No amo el juego, porque no hay relación entre el tiempo que necesito para ganar el dinero y el tiempo en que lo perdería. Hay mucha lentitud en lo primero y demasiada rapidez en lo segundo. Detesto al juego, y ahora detesto á mi cocinero.

Y me dice, cuando le pregunto acerca de sus días iniciales en París:

—Pasé momentos atroces. Días de hambre y de miseria, noches sin tener donde dormir. Yo era un concurrente á la vieja «Rotonde». Allí conocí á André Salmon y á Modigliani. A menudo hice yo mismo de modelo. En las academias ganaba tres francos por día como modelo. Fueron aquéllos los momentos de mis excentricidades: usaba collar á la garganta y aretes.

—Y su primer dinero, ¿cómo lo ganó?



Viaje de vuelta al mundo, por Foujita

—Es muy curioso. Mi primer dinero me lo dió á ganar un camarero de la «Rotonde». Estaba para casar, y me entregó su retrato y el de su novia. Por todo me pagó ciento cincuenta francos. Aquella inverosímil cantidad por poco me fué fatal: casi me vuelvo loco de alegría.

—Y su primer matrimonio, ¿cómo fué aquello?

—El día que Fernande Barrey y yo casamos, la situación no era muy floreciente. ¿Comprende? Teníamos entre los dos tres francos.

Esta mujer, Fernande Barrey, fué, y

derno y muy parisién: cada cual hace lo que quiere. Ella sale, se está en la calle todo el tiempo que quiere, y yo no digo nada. ¿Comprende? Y yo hago por mi parte lo mismo; ella tampoco dice nada.

Foujita es un filósofo. Oídle:

—Sin amor, la vida no vale nada. Antes era celoso; ya no lo soy. Antes tomaba cocaína. Ya no la tomo. Hay que hacer de todo en la vida, para amar la vida á fondo.

—¿Cuántos grandes amores ha tenido usted en su vida?

—Cinco. Pero hubiera querido ser como... Ese les pega á las mujeres, y ellas están contentas con él. Los celos han sido en mí á veces tan fuertes, que he querido matar; pero el hombre que mata no vuelve á ser más el mismo, sino su fantasma. ¿Comprende?

Y las yemas amarillas de sus dedos acarician la postal, donde se lee: «*Nos deux coeurs sont unis par la pensée.*»

Quando salgo de la casa de Foujita, la noche ha caído. El parque Mont-Souris está desierto. Suena á lo lejos el ruido sordo de París. En el ómnibus abro el álbum de los dibujos y pinturas de la Exposición que Foujita celebrará en Tokio, y contemplo su auto-retrato. Allí se refleja una vez más su mirada misteriosa, tras de los grandes lentes de carey, á lo Harold Lloyd, inventados y usados por Foujita antes que Harold Lloyd.

DEMETRIO KORSI

«Copyright», por Sindicato Internacional de Periodismo, París 1930.



Foujita sostiene la cabeza legendaria de dragón, vestido de obrero japonés

Una bella capitana de gendarmería

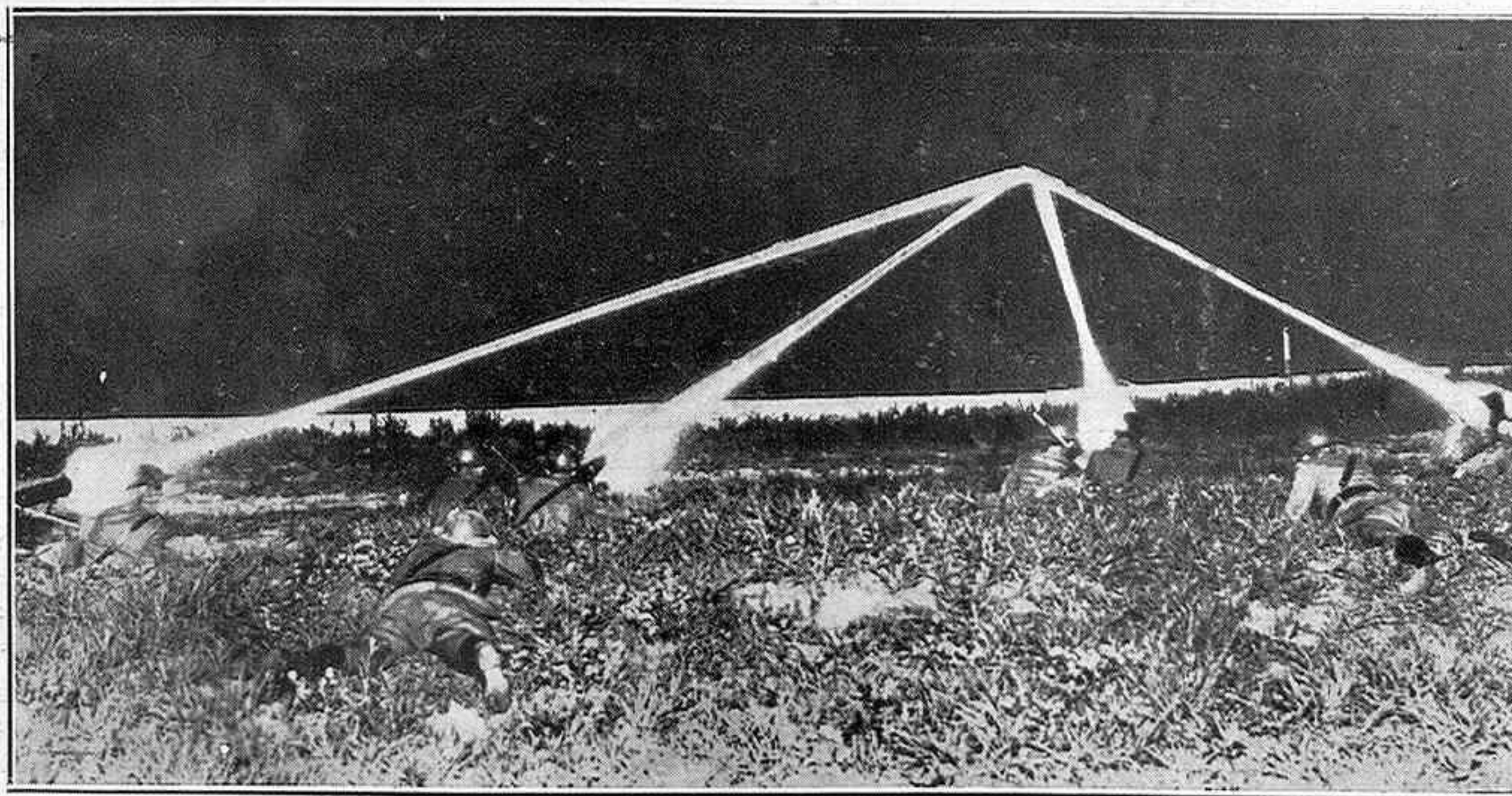


La pequeña ciudad norteamericana de Cache-Country, en el Utah, eligió no ha mucho para desempeñar el cargo de juez de paz a una bella muchacha de la localidad, miss Jewell S. Allen, distinguida alumna universitaria especializada en jurisprudencia.

Es evidente que a ocupar en cualquier localidad rural española ese grave cargo una criatura tan linda como miss Jewell y con una caída de ojos como los que muestra la adjunta fotografía, no habría paz posible entre el vecindario. Pero en el país del Tío Sam, donde la mujer ha acostumbrado al hombre desde la etapa escolar a la contemplación libre y continua de los atractivos físicos, el peligro señalado es más remoto. Sobre todo cuando al gran saber jurídico de miss Jewell se unen un ánimo esforzado y unos bíceps capaces de desnarigar de un puñetazo al más forzado campeón de boxeo. Porque miss Jewell es, además de graduada en Derecho, vencedora en varios concursos de atletismo, natación y tiro de fusil. No es, pues, de extrañar que vacante ahora en Cache-Country la plaza de capitán de la gendarmería, los munícipes de la villa se

hayan conferido a la gentil y bizarra muchacha, en cuanto ofrece toda clase de garantías para la conservación del orden público. Conflicto que no resuelva miss Jewell con las armas de Temis ó con las del parque de la gendarmería, sin duda los solucionará con sus ojos gitanos y su seductora sonrisa, capaces de enternecer al criminal más empedernido.

Una aplicación bélica de las balas luminosas



Durante las últimas maniobras del Ejército norteamericano se han verificado interesantes ensayos de aplicación del proyectil luminoso en los combates nocturnos. En nuestra fotografía puede verse el efecto de dichos proyectiles, lanza-

dos por fusiles y ametralladoras, y concentrados sobre un punto conveniente para fijar el tiro de la artillería. Las balas luminosas, que trazan una trayectoria de luz vivísima, perceptible á gran distancia, tienen un alcance efectivo de 1.200 metros.

inmediatamente



me decidi por la Cafiaspirina y a tal efecto mandé a comprar un tubo original. Grato y sorprendente fué el efecto, no sólo para mí, sino también para toda la familia que poco o nada esperaba de la eficacia de la Cafiaspirina.

Mi familia y yo, somos ahora grandes propagadores y consumidores. Todos tenemos fé absoluta y somos devotos de la Cafiaspirina.

Así opina uno entre tantos otros. Convéngase Vd. mismo con una prueba puesto que la

CAFIASPIRINA

además de poseer el efecto estimulante de la Cafeína, despeja el cerebro, trae el bienestar y no afecta al corazón ni a los riñones.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Veraneo en la línea del Oeste y Baños de Montemayor y el Sanlugal

La Compañía Nacional de los Ferrocarriles del Oeste de España establecerá este año, como en los anteriores, un servicio especial de billetes de ida y vuelta, á precios reducidos, valederos por 90 días, con destino á Béjar y Hervás, con facultad para detenerse en las estaciones de Plasencia ciudad, **Baños de Montemayor** y Puerto de Béjar.

Los billetes para dicho servicio especial pueden adquirirse en todas las estaciones de su red y en el Despacho Central de Madrid (Calle de la Salud, 3) en el mismo día ó un día antes del que haya de emprenderse el viaje.

Tanto en el Despacho Central como en las estaciones de la Compañía se facilitan prospectos con los precios y demás detalles.

Colección usted

LA NOVELA POLITICA

que publicará en su próximo número, el sábado 31 del actual,

Heroísmo, martirio y muerte de "El Empecinado"

Por Isaac Abeytúa. La vida novelesca de aquel gran caudillo de la Libertad. Sus luchas, sus amores, sus triunfos, sus arrogancias. La emoción liberal de la resistencia al absolutismo de Fernando VII. El vigor trágico de su suplicio y su muerte, que forman una de las páginas más sombrías de la historia política española.

LA NOVELA POLITICA

ha publicado en sus números anteriores:

La noche de San Daniel

Relato interesantísimo de los dramáticos sucesos estudiantiles que precedieron a la Revolución que destronó a Isabel II.

El complot de la noche de San Juan

Evocación novelesca de aquella famosa conspiración, que comprometió seriamente la vida de la Dictadura.

La sublevación del cuartel del Carmen

Relato veraz y emocionante de uno de los más dolorosos episodios de la España actual. Unas horas de gobierno soviético en Zaragoza. Páginas en que la verdad desnuda de aquellos sucesos aparece con todo su horror trágico, con toda su angustiosa intensidad.

**30 CÉNTIMOS
EJEMPLAR**

Pedidos a Prensa Gráfica
Apartado 571.- MADRID

AVISO

A todos los señores abonados á "LA ESFERA" que con motivo del veraneo se ausenten de Madrid, les serviremos los ejemplares correspondientes—sin aumento alguno de precio—al punto donde se trasladen, bastando para ello con que nos indiquen la dirección á que hemos de consignar los envíos



(Oberland Bernés). 1.100 m. alt.
Desfiladeros, ventisqueros, selvas.
Estación veraniega por excelencia. 1.500 camas
Ascensión por ferrocarril y con automóvil. Centro de excursiones. Alpinismo. Cura de aires y reposo. Lista de los Hoteles en el Kurve-rein Grindelwald.



PUBLICITAS, S.A.
ORGANIZACION MODERNA DE PUBLICIDAD
MADRID
AVENIDA CONDE PEÑALVER, 13
APARTADO 911-TELEFONOS 16375 Y 14208
SECCION TECNICA
LOS MEJORES DIBUJOS
LOS TEXTOS MAS CONVINCENTES

LEA UD. TODOS LOS DOMINGOS

crónica

REVISTA GRÁFICA DE LA SEMANA
20 cént. ejemplar en toda España

CAZADORES



Escopetas garantizadas desde 15 pesetas al mes. Hammerles finísimas de gran alcance y plomeo. Además, al contado, desde 180 pesetas en adelante. Regalo 12 utensilios por valor de 20 pesetas. Modelos económicos, de gatillos á la vista, desde 25, 40, 55, 65, 90 y 125 pesetas. Descuentos especiales á los intermediarios. 150

José Cruz Múgica, Eibar



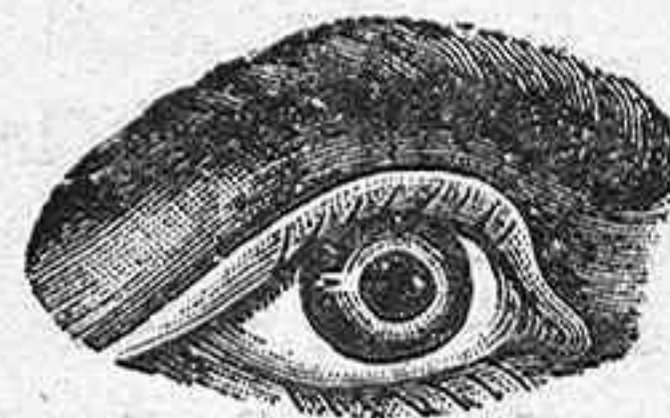
Saco guardarropa

de papel, impregnado contra la polilla, pesetas 1,50 saco; tamaño 160 por 70 centímetros. Peso, 110 gramos. De venta en bazares. Los depositarios Muller y Cia., Barcelona, Fernando, 32, indicarán los puntos de venta, ó lo remitirán por correo, libre de franqueo.

SE VENDEN los clichés usados en esta revista :-: Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

Enfermos de la vista

NO MAS miopes, presbítes ni vistas débiles.



Con sólo friccionarse en las sienas con el maravilloso producto italiano de fama mundial **LOIDU**, evitaréis el uso de las lentes y adquiriréis una envidiable vista, incluso las personas septuagenarias. Pedid hoy mismo el interesante libro gratis. Depósito general: U. Marone A. Falcone N. 1. (Vome-ro), **NAPOLI** (Italia).

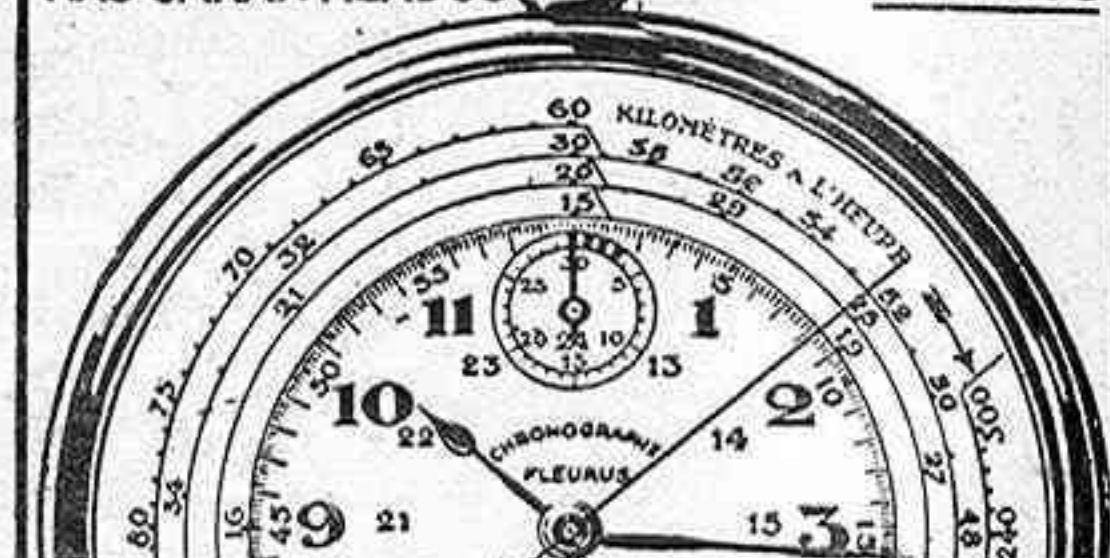
ROLDÁN

Camisería
Encajes
Equipos para novias
Ropa blanca
Canastillas
Bordados
FUENCARRAL, 85
Teléfono 13443
MADRID

CRONÓMETROS Y TAQUÍMETROS SUIZOS

FLEURUS

LOS MEJORES QUE SE FABRICAN Y LOS MAS GARANTIZADOS
GENÈVE
AL CONTADO Y A PLAZOS GRANDES FACILIDADES DE PAGO



PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO GRATUITO Y BOLETIN DE COMPRA SIN COMPROMISO PARA Vd. a DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA
SESE APARTADO III-SAN SEBASTIAN

INGENIERIA Y CONSTRUCCION

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que habia vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
LARRA, 6 MADRID

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

EN LA
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

PRENSA GRAFICA

(S. A.)

Hermosilla, 57. - Madrid

Apartado de Correos 571. - Teléfonos 50009 y 51017



EDITORA DE

Mundo Gráfico * Nuevo Mundo

La Esfera * Crónica

PRECIOS DE SUSCRIPCION (Pago anticipado)

Mundo Gráfico

(APARECE TODOS LOS MIÉRCOLES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 15
Seis meses..... 8
Trimestre..... 5

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 18
Seis meses..... 10
Trimestre..... 6

Francia y Alemania:

Un año..... 24
Seis meses..... 13
Trimestre..... 7

Para los demás Países:

Un año..... 32
Seis meses..... 18
Trimestre..... 10

Nuevo Mundo

(APARECE TODOS LOS VIERNES)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 25
Seis meses..... 15
Trimestre..... 8

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 28
Seis meses..... 15
Trimestre..... 9

Francia y Alemania:

Un año..... 40
Seis meses..... 25
Trimestre..... 13

Para los demás Países:

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

La Esfera

(APARECE TODOS LOS SÁBADOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 50
Seis meses..... 30
Trimestre..... 16

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 55
Seis meses..... 35
Trimestre..... 18

Francia y Alemania:

Un año..... 70
Seis meses..... 40
Trimestre..... 21

Para los demás Países:

Un año..... 85
Seis meses..... 45
Trimestre..... 23

Crónica

(APARECE TODOS LOS DOMINGOS)

Madrid, Provincias y Posesiones Españolas: Ptas.

Un año..... 10
Seis meses..... 6
Trimestre..... 3

América, Filipinas y Portugal:

Un año..... 11
Seis meses..... 6,50
Trimestre..... 3,25

Francia y Alemania:

Un año..... 15
Seis meses..... 8,50
Trimestre..... 4,25

Para los demás Países:

Un año..... 21
Seis meses..... 11
Trimestre..... 5,50

Oficinas y salón de lectura de Prensa Gráfica en New-York:
HOTEL ANSONIA, Dep. 1.502. - BROADWAY

NOTA

La tarifa especial para Francia y Alemania es aplicable también para los Países siguientes:

Argelia, Marruecos (zona francesa), Austria, Etiopía, Costa de Marfil, Mauritania, Niger, Reunión, Senegal, Sudán, Grecia, Letonia, Luxemburgo, Persia, Polonia, Colonias Portuguesas, Rumania, Terranova, Yugoestavia, Checoslovaquia, Túnez y Rusia.

ESCUELA BERLITZ Arenal, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de Inglés, Francés, Alemán é Italiano

CLASES GENERALES E INDIVIDUALES * TRADUCCIONES

ALFONSO FOTÓGRAFO

Fuencarral, 6 MADRID

CASA VILCHES

GRABADOS
MARCOS
LIBRERÍA DE ARTE
OBJETOS PARA
REGALOS

Avenida del Conde de Peñalver, 5
(Gran Vía) MADRID

Cooperativa de la Asociación de la Prensa

MADRID

Grandes establecimientos de ultramarinos en la calle de la Libertad, núm. 13, y Goya, núm. 9 (esquina á Serrano)

GÉNEROS DEL PAÍS Y DEL EXTRANJERO

EMBUTIDOS - CONSERVAS - QUESOS - MANTECAS - POSTRES

VINOS DE LAS PRINCIPALES MARCAS

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Todo comprador tiene un descuento de cuatro por ciento



CCC

**ROGAMOS
UNA PESETA
AL MES, PARA LA**

**CRUZADA
CONTRA EL
CANCER**

FERNANDO-VI-6-MADRID

CONCERTADO APARTADO

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curacion radical de
**GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS**

De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN los clichés usa-
dos en esta Re-
vista - Hermosilla, 57

CANA

Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxigeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones

De venta en todas partes.

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

ANUNCIO V. PEREZ.

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS DE **PEDRO CLOSAS**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRAFICAS
Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21 **BARCELONA**

La transformación de Europa y el problema de las minorías

Mapa de Europa en colores, en el que con ocasión de lo debatido en las reuniones del Consejo de la Sociedad de Naciones celebrado en Madrid el pasado mes de Junio, se detallan las transformaciones por pérdida, aumento ó cambio de territorio de las naciones europeas y la delimitación de las nuevas nacionalidades.

Precio del ejemplar: **55 céntimos**, franco Correo y certificado.

Pídase á **Prensa Gráfica**, Hermosilla, 57, Madrid



ANTES DE COMPRAR BISUTERIA, PERFUMES Y ARTICULOS DE LIMPIEZA, PREGUNTEN PRECIOS EN **PUEBLA, 1-PERFUMERIA**

Los mejores retratos y ampliaciones

DIAZ CASARIEGO

Fernando VI, 5, planta baja **MADRID**